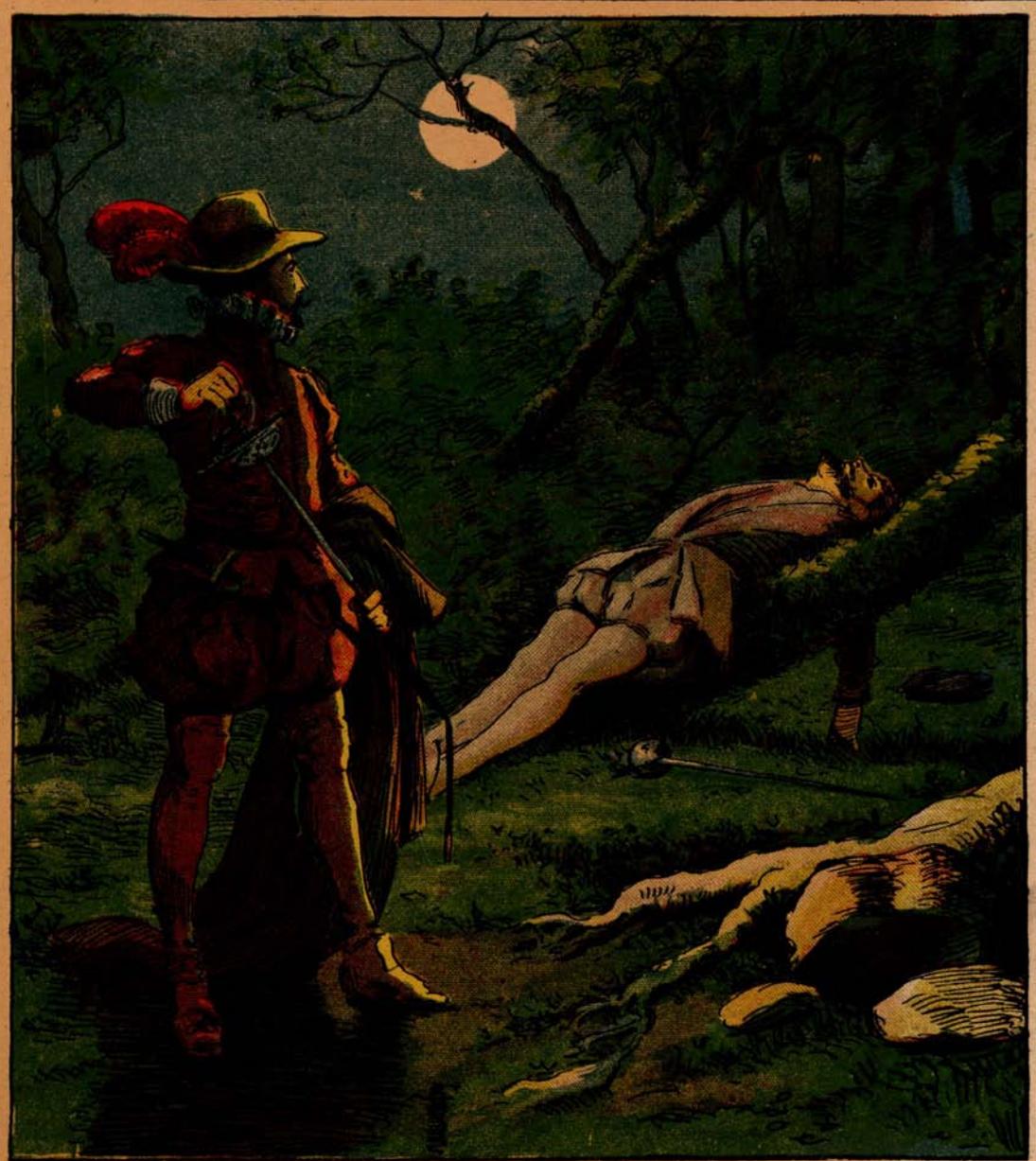


14

LA MALDICION DE DIOS

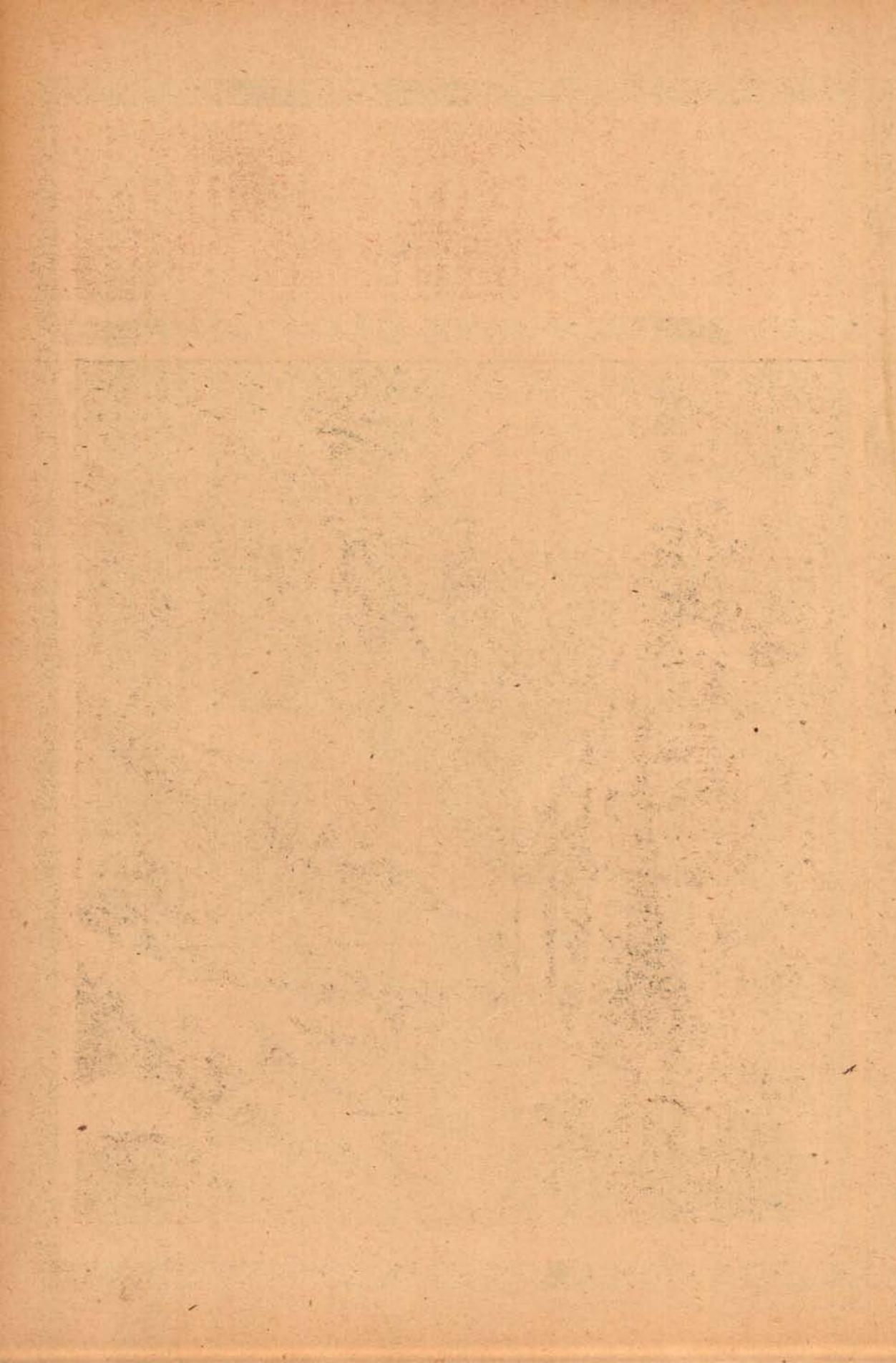
TOMO CUARTO

POR M. FERNANDEZ Y GONZALEZ



Don Juan le había atravesado el corazón.

35 CTS.



OBRAS PUBLICADAS POR LA NOVELA LUSTRADA

- 1.—Renata Maupérin, por J. Y. E. Gascourt.
- 2.—Una niña alerta, por Matilde Sorel.
- 3.—Los mil y un fantasmas, por A. Damas.
- 4.—El hijo de la viroqueta, por O. Dickens.
- 5.—Ovarna, por Próspero Mérimé, y Ovarna de acero, por Tuffillo Gautier.
- 6.—Hércules el atrevido, por A. Damas.
- 7.—El doctor Ramau, por Jorge Olinet.
- 8.—El pescador de Islandia, por Pierre Loti.
- 9.—El filósofo elegante, por E. W. Hornog.
- 10.—La Savelli, por G. Agustín Thierry.
- 11.—Amor de espada, por J. E. d'Auroville.
- 12.—Fueco como la muerte, por G. Manpassant.
- 13.—La dama vestida de blanco, por W. Ollivat.
- 14.—Orman y castigo, por F. Dostoyewsky.
- 15.—Miser Méfiatofelo, por Fegut Ham.
- 16.—El sombrero del cura Orlieb, por M. Marohl.
- 17.—Tiempo difícoles, por Octavio Dickens.
- 18.—Las aguas del marais Orlol, por Guy de Maupassant.
- 19.—El hombre del antifa negro, por E. W. Hornog.
- 20.—Vougenne cura, por Próspero Mérimé.
- 21.—Padre y hijo, por Francisco Oplis.
- 22.—El huérfano Ouatiroua, por E. W. Hornog.
- 23.—El fiolo de los ojos verdes, por P. Bichard.
- 24.—Los buscadores de oro, por E. Ouatiroua.
- 25.—La bohemia, por Enrique Marger.
- 26.—La pella del muerdo, por Quiller Conek.
- 27.—Los saltadores del bosque, por Jorge Sand.
- 28.—El hijo de Artaganza, por Paul de Foyal (3 tomos).
- 29.—La 172.—La cabellera de Mataricabla, por Oardo Sibis (3 tomos).
- 30.—El oro sangriento y flor de alegría, por Daniel Lessout.
- 31.—Niveles ejemplares, por Ovarnatos dos tomos.
- 32.—Egeoni, G. Anisak Los avaros de provincias, por H. B. Ixaz.

COLECCION COMAN-DOYLE

- 1.—Zabli en mano.
- 2.—El galope.
- 3.—La bandera verde.
- 4.—La tragedia del Kerak.
- 5.—El millón de la heredera.
- 6.—El volador de oskiviera.
- 7.—El robo del diemanta azul.
- 8.—Bog-Jagá.
- 9.—Sea de Islandia.
- 10.—El hombre que ris (3 tomos).
- 11.—Un irabakidres del mar.
- 12.—Nastira Sedora de Paris.
- 13.—Los misteriosos (3 tomos).

COLECCION TOLSTOI

- 1.—La guerra y la paz.
- 2.—La Guerra de Kroatia.
- 3.—Los Karolita (3 tomos).
- 4.—El Orlol de los Vainicastro.
- 5.—El Rival de Baccarat.
- 6.—La estocada de los diez ladrones.
- 7.—El juramento de la gitana.

COLECCION ROBAROLE FOR FORNO DU TERRAIL

- 1.—La herencia de los diez millones.
- 2.—El Orlol del mar.
- 3.—El Orlol de los Vainicastro.
- 4.—El Rival de Baccarat.
- 5.—La estocada de los diez ladrones.
- 6.—El juramento de la gitana.

- 83.—Las dos Condensas.
- 84.—El tritono del mal.
- 85.—Recambio diez misdo.
- 86.—El espectro de la gallosita.
- 87.—Los Caballeros del Claro de Bana.
- 88.—La sombra de Diana.
- 89.—El pacto de las tres mujeres.
- 90.—El hombre de las gafas azules.
- 91.—El número ciento y diez y siete.
- 92.—La lobos de la nieta.
- 93.—El telegrama falso.
- 94.—Las garras de color de rosa.
- 95.—La taberna de la maritá.
- 96.—El fantasma de las escimas.
- 97.—Los cazadores del circo.
- 98.—El cadáver de cera.
- 99.—La villa de los tres maridos.
- 100.—Las fieras de la selva.
- 101.—El barril de pólvora.
- 102.—Los tres verdagos.
- 103.—El molino sin agua.
- 104.—El plan del hombre gris.
- 105.—El comentario de los ajustados.
- 106.—Una día de amor.
- 107.—Los dos detectives.
- 108.—El río de muerte.
- 109.—La niña muerta.
- 110.—El secreto de la cartera.
- 111.—La casa de las rosas.
- 112.—Los papales del asolino.
- 113.—El rapto de una marabá.
- 114.—El hijo rojo.

COLECCION DUMAS

- 1.—Los tres monqueteros (3 tomos)
- 2.—Veinte años después (3 tomos).
- 3.—El Visconde de Bragloune (6 tomos)
- 4.—El Conde de Montaricabla (4 tomos)
- 5.—Assalio (3 tomos).
- 6.—Las dos Dianas (3 tomos).
- 7.—El hijo del Duque de Saboya (3 tomos)
- 8.—El Hércules.
- 9.—La reina Margerita (3 tomos).
- 10.—La dama de Mataricabla (3 tomos).
- 11.—Los sucesos y días (3 tomos).
- 12.—Mujeres de un millón (6 tomos).
- 13.—El collar de la Reina (4 tomos).
- 14.—Angel Pizar (3 tomos).
- 15.—La Ovarna de Ovarna (4 tomos).
- 16.—El Oballero de Ovarna (3 tomos).
- 17.—Los compañeros de Jehú.
- 18.—Los Matabanos de Paris (11 tomos)
- 19.—Las lobas de Mataricabla (3 tomos)

ORTEGA Y FRIAS

- 1.—El tribunal de la sangre (3 tomos).
- 2.—El hijo de la tiablaba (6 tomos).

MAYNE REID

- 1.—La venganza del Anidillo.
- 2.—El botín suavigid.
- 3.—El barco negro.
- 4.—Los sucesos de la Padra.
- 5.—Las dos hijas del botán.
- 6.—Mino Ryla.
- 7.—Los bellencos.
- 8.—El pabellón de escorzo.
- 9.—La orfolla de Jaminia (2 tomos)
- 10.—Don Juan Teodoro (4 tomos).
- 11.—La maldición de Dios (5 tomos).



LA MALDICIÓN DE DIOS

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO CUARTO



LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Blasco Ibañez.
Oficinas: Mesoneros Romanos, 42.
MADRID

LA MALLDICIÓN DE DIOS

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO CUARTO



LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Risco
Oficina: Mesoneros Romanos, 43.

LA MALDICIÓN DE DIOS

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

El traje del burgrave era un hábito blanco benedictino, cuyo ancho capuz le cubría el rostro.

Adelantó hacia Lutgarda, que se había puesto de pie y ayanzaba á su encuentro.

—¡Padre! ¡padre mio! — exclamó, arrojándose en sus brazos.

—¡Hija de mi alma! — exclamó el burgrave, abrazándola y besándola en la boca; y retirándola luego de sí, y contemplándola á la luz de la luna, añadió: — ¡La imagen viva de Humberta, de mi pobre Humberta!

—Aquí tenéis, padre mio — dijo Lutgarda —, al famoso caballero español de quien os había dicho pensaba valerme para que nos vengase: el excelentísimo señor don Juan Tenorio, marqués de Marana, grande de España de la orden Teutónica del Toisón de Oro, capitán general de la guardia española y gentilhombre de su majestad el emperador nuestro señor don Carlos V.

—Yo os saludo, caballero — dijo el burgrave, extendiendo su mano hacia don Juan —, y os doy las gracias por el amparo que nos otorgáis.

Don Juan notó que la mano del burgrave, así como todo su cuerpo, temblaba con el temblor peculiar de los parláticos.

—¡Oh! ¿qué es esto, señor? — dijo don Juan.

—¡Ah! ¡un temblor! ¡os extraña mi temblor! es el efecto de un veneno que me fué dado hace treinta años: ¡ah! yo vi tres veces los ojos verdes del gato negro fijos en mí.

—Yo los he visto en el mismo lugar por donde vos habéis aparecido — dijo tranquilamente don Juan.

—Eso significa, caballero, que más ó menos tarde vais á sufrir una gran desgracia.

—El diablo no puede nada contra mí, burgrave — contestó don Juan.

—Yo también lo creía; yo también dije cada vez que vi esos malditos ojos: ¡No importa!

y sin embargo... venid, venid, caballero, sentémonos, y oid una extraña historia.

—Conozco ya esa historia, señor Ludovico de Van-Deosten, hasta el punto en que vos os casasteis con Humberta de Austria; me la ha referido vuestra hermosa hija.

Y los tres se sentaron en el mismo lugar donde habían estado sentados antes Ludgarda y don Juan, quedando en medio del burgrave.

Este se echó atrás su capuz, y dejó ver su cabeza completamente blanca á don Juan, que sintió una conmiseración infinita.

Aquella venerable cabeza se agitaba en una convulsión continua.

El semblante del burgrave, rodeado por una barba blanca larga y macilenta, estaba demacrado, rugoso; parecía más bien un cráneo cubierto de piel árida, apergamizada y blanca, con la blancura mate y repugnante de la palidez del cadáver, que el semblante de un vivo.

Sus ojos profundamente hundidos en sus órbitas, tenían un brillo fosforescente, y su nariz estaba horriblemente afilada.

—¿Sois un ser vivo, burgrave — dijo don Juan —, ó un espectro que se levanta á la media noche de su tumba para pedir venganza á los vivos? si es así, hablad: don Juan Tenorio está muy acostumbrado á tratar con muertos, y no hay nada que le espante.

—Vuestra historia, que llena la faz de la tierra — dijo el burgrave —, es terrible, don Juan, y el ser vos terrible es una de las causas de que yo haya aconsejado á mi hija que se ampare de vos: no habláis con un espectro; aunque tal está mi espíritu, que bien pudiera decir que soy un cadáver insepulto, que sienta y vive por un milagro de Dios.

—¿Y cuáles son las otras causas que os han impelido á aconsejar á vuestra hija que se valga de mí?

—Vos gozáis de todo el favor del emperador: sois un gran personaje; estáis alzado á la alta dignidad de caballero del Toisón de Oro, y podéis obrar en justicia, y hasta cierto punto en nombre del emperador: oid, pues, el crimen;

antes de que vayamos á encontrar al culpable; está allí, en aquel castillo iluminado para una boda que no se efectuará.

Y el burgrave señaló con un dedo seco y tembloroso el castillo de Van-Deosten.

—Os escucho—dijo don Juan—, y al escucharos yo, os escucha el emperador.

El burgrave dijo con voz trémula después de algunos momentos de silencio:

—El día siguiente á la noche en que nos unimos Humberta y yo, nos presentamos en Colonia al emperador, y le pedimos perdón por habernos unido sin su consentimiento.

Según la costumbre tradicional, el emperador nos tuvo presos tres días en su palacio, después de los cuales se celebraron las bodas.

Mi hermano Miguel de Van-Deosten asistió á ellas, y yo noté con sumo disgusto que se había enamorado de Humberta.

Las bodas concluyeron lúgubramente.

En el festín del tercer día mi hermano me había brindado su copa.

Yo había bebido, y al beber había notado que el vino tenía un sabor nauseabundo.

No creí, sin embargo, que mi hermano hubiese cometido un crimen horrible, y seguí aceptando los brindis de los otros convidados.

Una hora después sentí un malestar penoso, vaguedad en los ojos, pesadez en la cabeza.

Quise hablar, quise pedir socorro, quise acusar, y no pude.

Las palabras se habían helado en mi boca.

No me acuerdo, después de esto, de nada, hasta que volví en mí.

Entonces me encontré en una habitación que no conocía.

En un lecho con colgaduras amarillas.

Frente al lecho, de espaldas hacia mí, sentado junto á una mesa, y al parecer leyendo, había un hombre vestido de negro, con los cabellos canos, y calva la parte superior de la cabeza.

Una lámpara de hierro puesta sobre la mesa alumbraba la habitación, que sin ser pobre, era muy sencilla.

Quise llamar la atención de aquel hombre para preguntarle, y me encontré tan débil, que no pude hablar.

Temblaba como ahora, y como ahora, de tiempo en tiempo, sentía un frío leve que penetraba hasta la medula de mis huesos.

Me incorporé con sumo trabajo, y al fin pude producir algunos sonidos inarticulados.

El hombre que leía se volvió y me miró.

—¡Ah! — dijo por fin —: ya han pasado los seis días, y era necesario que esto sucediese.

Le indiqué más por señas que por palabras, me explicase lo que me sucedía.

—Se os ha tenido por muerto—me dijo aquel hombre—, y vuestra esposa se cree viuda: se os han hecho unos ostentosos funerales, y se os ha enterrado en el cementerio de Santa Eduvigis: yo, el único que sabía que no habíais muerto, el único que sabe que vivís, compré vuestro cuerpo al guardián del panteón, que os desenterró, y en lugar vuestro puso el ataúd vacío: dentro de poco, sobre vuestra sepultura, se levantará un sarcófago de mármol blanco, sobre el cual pondrán tendida vuestra estatua: si abren la sepultura y ven que el ataúd está vacío, lo creerán todo, hasta que el diablo ha robado vuestro cuerpo, antes que creer que no habéis muerto; las cerraduras no han sido forzadas, porque yo las he abierto con llaves maestras, y como el ataúd está cerrado y las llaves en poder de vuestro hermano, que os ha heredado, nadie creará que ha podido salir vuestro cuerpo del ataúd sino por arte del diablo: estáis, pues, muerto para todos, burgrave, y yo me guardaré muy bien de revelar que no habéis muerto.

Quise hablar y no pude: quise lanzarme del lecho y me encontré débil.

Me parecía recordar, pero de una manera muy confusa, que yo había oído otras veces la voz de aquel hombre.

Que otras veces había visto su semblante.

—Yo soy el médico Claudio Wanzak: ¿te acuerdas de Emelina, de mi hija?

La voz de aquel hombre tronaba, y era á la par amenazadora y lúgubre.

El espanto me cubrió de sudor frío cuando reconocí al doctor Claudio Wanzak.

—Emelina era una pobre y cándida flor—continuó aquel hombre—: tú la encontraste en mal hora, y aspiraste su primer perfume; pero para aspirarle la cortaste de su tallo, y cuando la viste marchita la arrojaste sin piedad al lodo.

Emelina había desaparecido de mi jardín, de mi casa, sin que yo supiese quién me la había robado ni adónde había ido.

La busqué y no la encontré.

Pasaron días, meses, un año, otro año, sin que yo pudiese saber lo que había sido de Emelina.

Una noche, era una Nochebuena muy mala, es decir, una noche de la Natividad de Jesús, cerrada, fría, lluviosa.

Nadie transitaba por las calles.

Dentro de cada casa se oía el ruido de la fiesta con que cada familia celebraba el nacimiento del Hombre Dios.

Me habían llamado para ir á ver á un enfermo, y cuando volví á mi casa, oí alegres voces, risas, son de instrumentos.

Eran unos estudiantes que andaban por la calle, á pesar de lo horreado de la noche.

Venían hacia mí, y de repente se detuvieron junto al hueco de una puerta.

—¡Calla! — dijo uno—: ¿qué haces aquí muchacha? si un burgomaestre te encuentra á estas horas pegada al quicio de una puerta, te va á llevar á la cárcel; si eres hermosa, levántate y vente con nosotros, que te daremos hospitalidad; pero si eres fea, quédate ahí, y que el diablo te lleve.

En aquel momento llegaba yo adonde estaban los estudiantes, y oí una débil y dolorida voz de mujer que dijo llenándome de espanto:

—¡Pasad y dejadme morir en paz!

—¡Ah! — dijo uno de los estudiantes—, es una bribona moribunda; una prostituta que han echado á la calle para quitársela de encima antes de que se muriera.

Y los estudiantes siguieron riendo, cantando y tocando sus instrumentos.

Yo había quedado inmóvil en el mismo sitio donde había oído la voz de mi hija.

Porque aquella desdichada, burgrave, era Emelina.

No podía verla.

Apenas se distinguía su bulto, porque la noche era muy oscura; pero la llamé por su nombre, y la infeliz, al oír mi voz, lanzó un grito de terror, se levantó como pretendiendo huir; pero le faltaron las fuerzas y vaciló.

Yo la tomé en mis brazos, y di á correr con ella hacia mi casa, que estaba próxima.

Pesaba tanto como una pluma, jella que había sido tan robusta y tan hermosa!

Al sentirse asida por mí, se había desmayado.

Yo abrí la puerta de mi casa, subí con ella las escaleras, entré en este aposento y la puse en este mismo lecho.

La desventurada moría.

Estaba casi desnuda, temblando de frío, con una fiebre horrible, demacrada, desfigurada.

De tiempo en tiempo rasgaba su pecho una tos seca, y su boca lívida arrojaba un borbotón de sangre.

Pude, gracias á mi ciencia, detener algunos días su muerte, y Emelina me lo refirió todo: que tú, burgrave, Ludovico de Van-Deosten la habías seducido, que se había sentido madre, que temerosa de que yo la matase si conocía su deshonra, había escapado de mi casa, había vagado de noche por la ciudad, había sentido frío y hambre, y se había sentido abatida en una puerta, después ya de la media noche.

Ella no se atrevió á venir á su hogar, que había abandonado, á pedirme el perdón de su falta.

Pasó un caballero, y al verla tan joven, tan hermosa y tan dolorida, la dispensó una protección infame.

Emelina descendió rápidamente todos los escalones de la infamia: enflaqueció, enfermó, no pudo ganar su pan, y fué arrojada á la calle moribunda aquella misma noche en que yo la encontré.

El exceso del dolor la había hecho valiente, y había venido á buscarme.

Pero antes de llegar á mi casa le faltaron las fuerzas, y cayó en el dintel de la puerta donde habían tropezado con ella los estudiantes.

Emelina murió pocos días después, perdonándote, porque nada hay tan insensato como una mujer en amor.

Pero yo no te he perdonado, burgrave: si yo no me he vengado antes de ti, ha sido porque eras poderoso y fuerte, y yo quería asegurar mi venganza.

Juzga tú cuál sería mi placer cuando hace ocho días se me presentó tu hermano Miguel de Van-Deosten y me dijo:

—Doctor, me he enamorado mortalmente de una mujer, y hace mucho tiempo que estoy enamorado del patrimonio de mi hermano el burgrave Ludovico: se dice que las riquezas que posees las has ganado más como envenenador que como médico: ¿cuánto quieres por la muerte de mi hermano?

—Nada quiero—le dije—, sino que lo matéis: yo aborrezco á vuestro hermano, le hubiera matado por mí mismo si hubiera podido, y no vendo mi venganza: volved mañana, y os daré algo que echado en el vino ó en el agua que vuestro hermano beba le matará al poco tiempo.

Toda aquella noche estuve preparando un narcótico que debía causar un efecto semejante á la muerte, y que debía producirte una debilidad incurable.

He aquí el resultado, burgrave: todos te creen muerto, y yo te tengo en mi poder.

—¿Y sabes por qué no di á tu hermano un veneno que te hubiera matado?

Porque con matarte no satisfacía yo mi venganza.

La muerte es un solo momento.

No se puede resucitar un cadáver mil y mil veces para hacerle sufrir mil y mil veces el terror de la agonía.

Tú no habías matado á Emelina de una vez, de un solo golpe.

Su agonía duró dos horribles años: dos años tan largos como una eternidad; y yo, yo tengo el corazón desgarrado, sufriendo el hambre horrible de una venganza que no puedo satisfacer, porque yo quisiera poder sentenciar-te á todas las penas del infierno, devorarte sin matarte, hacer crujir tus huesos y volverte á devorar.

¡Oh! haré todo lo que pueda: te traeré noticias de la hermosa Humberta, de tu hermano.

Te martirizaré de la manera más horrible que pueda: retorceré entre mis manos tu corazón; arrojaré sin cesar hiel sobre tu alma; te insultaré; te reduciré á la condición del esclavo más envilecido; serás mi Prometeo encadenado á la roca de mi venganza, y yo seré tu buitre, que continuamente devorará tus entrañas.

Calló el burgrave, como dominado por aquel terrible recuerdo.

Su temblor se hizo más convulsivo.

—La venganza—dijo don Juan—llega á hacer demonios á los hombres.

—¡Padre! ¡padre mío! — dijo Ludgarda—; sobrepones á vuestro terror: no podéis recordar á ese miserable Claudio Wanzak sin helaros de miedo, sin creer que va á resucitar y á sujetaros de nuevo á aquellos terribles tormentos.

—Veinte años—dijo el burgrave—, veinte años sepultado en un subterráneo, sufriendo á aquel hombre que se había convertido en mi juez y mi verdugo: veinte años amando cada día con más violencia á Humberta, recordando cada día con más amargura á Emelina; viendo siempre que me dejaba á obscuras el implacable padre, allá en un punto fijó la mirada de demonio verde y luciente del gato negro. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Calló de nuevo el anciano, y don Juan meditó hondo y sombrío, guardó silencio.

El también había visto los ojos verdes del gato negro luciendo en la obscuridad, entre los abetos, y el recuerdo de Estrella ardía en su alma con más fuerza que nunca, llenándole de una ansiedad fría é insoportable.

¿Vendría á ser Estrella su expiación, la venganza de tantas víctimas sacrificadas por él?

A don Juan le tardaba volver á Gante, ponerse al lado de Estrella, no separarse de ella más en toda su vida, librarse de una gran desgracia guardándola de todo peligro.

—Acabad, acabad, burgrave—dijo con impaciencia don Juan Tenorio—; la noche avanza, y es necesario concluir; es necesario hacer justicia en nombre del emperador.

—¡Ah! esperad y oid — dijo el burgrave—, esperad para que comprendáis hasta qué punto pido con razón justicia contra mi hermano.

—Continuad—dijo don Juan.

—A los pocos días de haberse apoderado de mí Claudio Wanzak—me dijo:

—Puesto que amas tanto á Humberta, alégrate: Humberta no sufre por tu muerte.

—¡Mentira!—dije—, Humberta no dejará jamás de amarme.

—Humberta—replicó Claudio — es mujer, y como mujer mudable; Humberta te ha conocido muy poco tiempo, y conoce más ya á tu hermano Miguel, que es más hermoso que tú, que es un hipócrita perfecto, y sabe hacerse amable: Humberta no es todavía la amante de tu hermano, pero lo será pronto; el burgrave Miguel va todas las noches á ver á tu esposa á su castillo del Rhin: yo he dado á tu hermano

filtros amatorios que envenenan la sangre de las mujeres y las vuelven locas.

Quise lanzarme sobre aquel infame; pero la debilidad que en mí había causado me lo impidió: en cambio él me golpeaba y me sujetaba á los tratamientos más humillantes.

Yo había perdido la medida del tiempo.

Creía que llevaba ya una eternidad en el subterráneo, cuando mi verdugo me dijo:

—Alégrate, burgrave, puesto que tanto amas á Humberta; porque es completamente feliz: ha resistido como una heroína dos meses; pero al fin, mis filtros han podido más que ella, y es ya la amante dichosa de tu hermano: cuando se haya cumplido el luto por tu muerte, tendrán ya la dispensación del papa y se casarán; de modo, que el único recuerdo que de ti tiene Humberta, es un recuerdo enojoso; el recuerdo de tu muerte, que no la contraria sino porque la obliga á guardar luto y no puede casarse con el hombre á quien ama hasta que el luto termine.

Pasó mucho tiempo, mucho.

Al fin, Claudio me dijo:

—Alégrate, burgrave: has tenido una hija, una hermosísima niña en Humberta; tu hermano cree que es hija suya; pero sólo han pasado siete meses desde que Humberta es amante de Miguel de Van Deosten, y estos alumbramientos de siete meses, aunque suelen acontecer, son muy raros: el perfecto desarrollo de tu hija Lutgarda, prueba que es hija tuya: alégrate, pues, porque tu hija tiene padre.

Esta noticia fué el tormento mayor que yo debí á aquel malvado. Pasó algún tiempo, y me dijo:

—Alégrate burgrave; tu esposa es esposa de tu hermano.

Y después de esto pasó una eternidad.

—Burgrave—me dijo un día Claudio Wanzak—, tu esposa ha muerto, alégrate, porque ha acabado de sufrir.

—¿Pues qué—dije desesperado—, no ha sido feliz con mi hermano, Humberta?

—No—me dijo—: Humberta nunca ha dejado de amarte; yo mentía cuando te decía que amaba á tu hermano: hubiera sido para ti un gran consuelo saber que Humberta continuaba amándote después de muerto.

Dos meses después de tu muerte aparente, tu hermano Miguel, cada día más enamorado de tu esposa, fué de noche con algunas barcas en que iban cien hombres de armas al castillo de Humberta, defendido sólo por doce hombres.

Se acercó á él silenciosamente, le escaló, sorprendió á los defensores, se apoderó de Humberta, y se la llevó á su castillo de Van-Deosten.

El emperador castigó duramente á tu hermano; pero como Humberta estaba bajo su protección, le obligó á casarse con tu hermano Miguel para cubrir su honra.

Cuando Humberta dió á luz á Lutgarda, temió



que si declaraba que era hija suya, matasen á la pobre niña los celos horribles de Miguel, que creía que Humberta no había sido tuya.

He aquí de qué modo Miguel se cree padre de tu hija.

—¿Pues qué—dijo don Juan—, no se os dió por muerto, burgrave, seis días después de haberos casado secretamente con Humberta de Austria?

—Sí, pero cuando yo me presenté con ella al emperador para pedirle nos perdonase, se creyó por el emperador y por todos que Humberta era mi desposada, no mi mujer; que lo que hacíamos era llenar una fórmula, y que el matrimonio no podía darse por completamente autorizado, sino después de que saliésemos del palacio imperial, terminadas las bodas y las fiestas.

Así á lo menos había sucedido ó se había creído respecto á las otras abuelas de Humberta: nada, pues tenía de extraño que se creyese viuda y virgen á Humberta.

—Continuad—dijo don Juan, con el acento del que no comprende bien una cosa.

—Después... once años de tumba con un escaso y miserable alimento, con la venganza del viejísimo Claudio Wanzak, á quien parecía que el infierno prolongaba la vida para que me atormentase, cada vez más terrible sobre mí.

Un día (yo contaba los días de una manera imperfecta, por la exigencia periódica de mi estómago), un día á la hora en que Claudio debía aparecer con mi miserable comida, no apareció.

Pasó mucho tiempo y nadie se acercó á la puerta de mi calabozo.

El hambre se me hizo insoportable, creciendo durante algún tiempo, y decreciendo después.

Empezaba á desfallecer.

A sentir fiebre.

Al fin, cuando ya no sentía necesidad alguna, sentí pasos de muchos hombres en las escaleras, se abrió la puerta, y apareció un burgomaestre, á quien acompañaban algunos vecinos.

Luego supe que Claudio Wanzak había muerto de repente, que habían bajado allí en busca de los tesoros que se suponía tenía encerrados Claudio, y sólo me habían encontrado á mí casi moribundo.

Cuando me restablecí, me preguntaron mi nombre.

Yo no me atreví á revelarle.

Se me creía muerto.

Habían pasado veinte años, estaba completamente desfigurado, si hubiera dicho quién era, á más de serme casi imposible probarlo, me exponía á que mi hermano se valiese de un nuevo asesino para librarse de mí.

No contesté.

Aparenté una imbecilidad que todos creyeron,

y los monjes benedictinos blancos de Jesús Nazareno me recogieron por caridad.

Diez años he estado en ese monasterio, cerca de Colonia, cerca del castillo de Van-Deosten, anhelando ver á mi hija, y sin atreverme á preguntar por ella, por temor de dejar de parecer imbécil, de descubrirme.

Yo no quería la vida sino por la esperanza de ver un momento, un solo momento antes de morir á Ludgarda.

Yo esperaba que Dios me concediera esta única ventura antes de morir.

Y Dios me la ha concedido.

Un día, hace poco tiempo, estaba sentado yo al sol, en la puerta del monasterio, abalido, trémulo y silencioso como siempre, cuando paró delante de mí una litera que acompañaban algunos escuderos á caballo, y salió de ella una dama.

Al verla di un grito, y me pareció que recobraba todo el brío de mi juventud.

Había visto á Humberta tal como la conocí treinta años antes.

Había visto, en fin, á Ludgarda, á mi hija.

Y no dudé de que era mi hija, porque no podía ser otra.

Tan maravillosa es la semejanza de Ludgarda á Humberta.

Me precipité tras ella, y cuando entré en el claustro la detuve.

—Necesito, señora—la dije—, que me escuchéis durante un largo espacio.

—Hermano Juan—me dijo el portero—; dejad en paz á la noble hija del burgrave Miguel de Van-Deosten.

—No, no; os escucharé, anciano—dijo Ludgarda, mirándome afablemente—, en el momento en que me haya escuchado el superior de esta santa casa.

—Cabalmente delante de él quisiera yo hablaros; porque lo que voy á revelar, es de la mayor importancia para vos.

—No hagáis caso del hermano Juan, señora—dijo el portero—; el pobre está loco.

—No importa; venid conmigo, anciano—dijo Ludgarda—; vos—añadió dirigiéndose al portero—, haced que avisen á don fray Ernesto que yo deseo hablarle.

Y se entró conmigo en el gran salón de la hospedería.

—¿Qué tenéis que decirme, anciano—me dijo Ludgarda—: por qué tembláis de ese modo, por qué me miráis de una manera tan ansiosa?

—Me parece que estoy viendo á vuestra madre—contesté.

—¿Conocisteis á mi madre?—me dijo conmovida—; yo no la conocí; murió cuando yo era aún muy niña.

—Sí—dije—, murió desesperada, amando á su primer esposo.

—¿Conocisteis vos al burgrave Ludovico de Van-Deosten? — me preguntó Ludgarda alentando apenas.

—¿Por qué os conmovéis tanto al pronunciar el nombre de aquel desventurado?

—Porque le amaba mucho mi madre — dijo Ludgarda.

—¿Y por nada más?

—¿Por qué me hacéis esa pregunta?— dijo con una viva ansiedad Ludgarda.

—Porque yo sé—la respondí—que el burgrave Ludovico de Van-Deosten no ha muerto.

En aquel momento entraba el superior.

Ludgarda había quedado muda de sorpresa.

—¿Quién dice que el burgrave Ludovico de Van-Deosten no ha muerto?—dijo don fray Ernesto—: ¡ah! ¿sois vos, hermano Juan?

—Sí—dije con calor—; que se registre la tumba de Ludovico de Van-Deosten, en el panteón de Santa Eduvigis de Colonia, y se encontrará el ataúd vacío.

—¿Quién os lo ha dicho?—preguntó con un grave interés don fray Ernesto.

—El miserable que para saciar una venganza arrancó de su ataúd sumido en un letargo que se parecía á la muerte, al burgrave Ludovico de Van-Deosten, para tenerle veinte años encerrado en un subterráneo de su casa.

—Hermano Juan—dijo el superior—, vos habéis sido encontrado casi moribundo en el subterráneo de la casa del médico Claudio Wanzak.

—Sí—dije olvidándome de todo—; porque yo soy el burgrave Ludovico de Van-Deosten.

—¡Oh, Dios mío! — exclamó Ludgarda—; ¡entonces, vos, señor, sois mi padre!

—¿Cómo! ¿quién os ha dicho—exclamó el superior—que sois hija del burgrave Ludovico de Van-Deosten, y no de su hermano Miguel?

—Me lo ha dicho hoy mi anciana nodriza, á quien mi madre hizo esta revelación al morir, dándola este pliego sellado que yo no he querido abrir sino en vuestra presencia, padre mío.

Y Ludgarda dió á don fray Ernesto un pliego.

—En una palabra, caballero — añadió Ludovico —, se hicieron todas las pruebas necesarias, y ni Ludgarda puede dudar de que yo soy su padre, ni el prior de los Benitos, aunque estas indagaciones se han hecho de una manera secreta.

Mi hermano es poderoso, el emperador que no

le conoce le protege, y nadie más que vos que sois valiente y noble ante todo, sería bastante para protegernos á mi hija y á mí.

Una tiranía que mi hermano Miguel pretende ejercer sobre mi hija, es la causa de que ésta haya sabido por revelación de su nodriza que era hija mía.

—Marta—había dicho Humberta al morir á la nodriza de Ludgarda—: si alguna vez Miguel de Van-Deosten pretende hacer infeliz á mi hija, dadla este pliego cerrado, que es una declaración mía de que no es hija de Miguel de Van-Deosten, sino de mi primer esposo Ludovico, á quien muero amando: el único hombre á quien he amado, el único á quien he pertenecido; porque sólo por violencia he pertenecido á Miguel antes del matrimonio á que me obligó el emperador; después Miguel y yo hemos sido extraños.

Lo que motivó esta revelación de la nodriza fué el violento empeño de Miguel de casar á Ludgarda con Mr. Pierres de Beaufort, barón de Beaufort, hereje hugonote que pretende aliarse con el poderoso burgrave de Van-Deosten para ayudar la propagación de la herejía luterana en Alemania; por lo tanto, Mr. Pierres de Beaufort es enemigo del emperador, que defiende el catolicismo; Ludgarda es católica, la repugna fuertemente Mr. de Beaufort, y nada importa que os lo diga, porque os veo á su lado, don Juan, porque os ama.

Ludgarda que estaba distraída volvió en sí de su distracción, y dió un grito al escuchar estas palabras de su padre.

Don Juan ni aun se sorprendió.

Sabía demasiado, porque don Juan no se engañaba acerca de las mujeres, que le amaba Ludgarda, que por amor le había buscado, y que por vanidad le había ocultado su amor.

—Podéis contar completamente conmigo—dijo don Juan, cortando aquella situación—, y como es ya tarde, como nada tenéis que añadir á la revelación que me habéis hecho, marchemos.

—Sí—dijo Ludgarda que estaba vivamente preocupada—, marchemos.

—En buen hora — dijo Ludovico de Van-Deosten.

—¡Hola! — gritó don Juan volviéndose hacia el sitio por donde se había perdido entre los árboles Gabilán con Dolores.

A poco apareció Gabilán, y tras él la doncella de Ludgarda.

—Antón—le dijo don Juan—, di al señor Jorge Vanloo que monte á caballo y avance; tráeme mi caballo, y pronto.

Jorge Vanloo apareció poco después al frente de sus cincuenta aventureros.

—A las órdenes de vuecencia, mi general— dijo saludando militarmente á Tenorio.

Ya se había enterado el capitán Vanloo de quién era don Juan Tenorio, y de los títulos y preeminencias que gozaba, por medio de Gabilán, á quien incomodando mucho se había acercado, interrumpiéndole un interesante diálogo con Dolores.

—Antón—dijo don Juan—, ayuda á este buen monje á subir á la grupa del caballo del capitán Vanloo.

Esto fué hecho al momento.

Don Juan montó, y Gabilán ayudó á Ludgarda á subir sobre el caballo de don Juan.

Después, Gabilán montó y acomodó en el suyo á Dolores.

—¿Cuántas campañas habéis hecho, capitán Vanloo?—dijo don Juan.

—Todas las del emperador en Italia, mi general.

—Estaréis, pues, acostumbrado á bravas cosas; porque el emperador no se mete nunca en cosas pequeñas, ni acostumbra llevar mucha gente para vencer.

—Puede vuecencia confiar en mí—dijo Vanloo—; con estos cincuenta bravos muchachos, soy yo capaz de sostener una campaña en el Milanésado ó en cualquier parte.

—Pues mirad, capitán Vanloo—dijo don Juan—, ¿veis aquel castillo en cuyas ventanas y galerías reflejan luces?

—Sí, sí señor; aquél es el castillo de Van Deosten — dijo el capitán de aventuras.

—Pues allá vamos—añadió don Juan—: cuando lleguemos, cercáis á la redonda el castillo, y no dejéis pasar, sin prenderla, á ninguna persona que del castillo salga: todos los que en él se encuentran están presos por el emperador.

—Advierto á vuecencia, señor marqués, que el castillo no puede cercarse á la redonda: sus muros, por la parte de allá, se hunden en el Rhin, y por aquel sitio va muy ancho.

—Observo que vuestra gente lleva arcabuces—dijo don Juan.

—Sí, sí señor; mi gente está preparada para combatir tanto á pie como á caballo.

—¿Y está en puntería vuestra gente?

—Hombre á quien ellos apunten—dijo Vanloo—, es hombre muerto.

—Pues bien, capitán, la noche está muy clara, y puede verse perfectamente una barca que salga del castillo y atraviese el río: si esto sucede, disparad sobre la gente que vaya en la barca.

—Muy bien, mi general — dijo Vanloo inclinándose.

—En marcha — dijo don Juan, rompiéndola el primero hacia el castillo de Van Deosten.

Todos le siguieron.

—¿Conque me amáis? — dijo don Juan á Ludgarda, estrechándola contra su pecho—; no podéis negármelo; lo habéis confesado á vuestro padre, y vuestro padre, que ignora en la situación en que nos encontramos, me lo ha revelado á mí.

—Os amaba, don Juan, os amaba, por haberos visto en Colonia en las fiestas que se hicieron en celebridad del cumpleaños del emperador, en las que justasteis admirablemente; os vi algunas otras veces en la catedral, adonde ibais con los burgomaestres á misa mayor los días de fiesta: os amé, porque ignoraba que fueseis casado: hoy lo sé, don Juan, y he dejado de amaros.

—Es decir, que vos podéis amar ó no amar, á vuestro albedrío.

—Era tan pequeño mi amor, don Juan, tan de poco tiempo, que le ha herido de muerte la noticia de que pertenecéis á otra.

—¿Y la herida no ha alcanzado á vuestro corazón?

—Os aseguro que no, don Juan.

—Tenéis, pues, el corazón muy fuerte.

—Más de lo que podéis creer.

—Lo veremos.

—Lo veremos.

Y ambos callaron, porque estaban ya muy cerca del castillo de Van-Deosten.

II

A cierta distancia echaron pie á tierra don Juan, Ludgarda, Ludovico de Van-Deosten y Dolores.

—Venid por aquí — dijo Ludgarda á don Juan, asiéndole de la mano.

—Me lleváis sin duda hacia un postigo—dijo don Juan—, porque la puerta está allí.

—No, don Juan—dijo Ludgarda—, os llevo hacia una ventana.

—¿Y hemos de entrar por una ventana, señora?

—Sí; necesito que salgáis conmigo de mi aposento, acompañándonos mi padre, sin que nadie sepa cómo habéis entrado.

—¿Y de qué medio nos vamos á valer para subir?

—Del medio de que nos hemos valido Dolores y yo para bajar: de una cuerda y de una garrucha.

—¡ Ah ! convenido — dijo don Juan — ; adelante.

Llegaron á una torre, debajo de un gran ajimez que estaba abierto sobre un fondo oscuro, y Dolores buscó y encontró una cuerda que pendía de aquel ajimez, y en uno de cuyos extremos había un gran lazo.

—Vamos — dijo Ludgarda, metiendo la cabeza por aquel lazo, pasándolo por el cuerpo, y sentándose en él—: subidme, don Juan; luego yo os ayudaré á subir á los otros; por último, Dolores y yo os subiremos, aunque podéis subir vos mismo.

Don Juan tiró de la cuerda, subió con gran facilidad á Ludgarda, aunque pesaba mucho, y ésta desapareció dentro del ajimez.

Después fué subido Ludovico de Van Deosten, y por último Dolores.

Mientras duraba cada uno de estos ascensos, la garrucha, que era de hierro, chillaba de una manera aguda y desapacible.

Por último, don Juan subió ayudado por las dos mujeres.

Dolores cerró la ventana y trajo luz.

Don Juan se encontró en una magnífica cámara, en que había algunas puertas.

Otra doncella esperaba dentro de la cámara.

Apenas habían penetrado en ella nuestros personajes, sonaron tres golpes impacientes á la puerta de una de las cámaras inmediatas.

—Así están, señora—dijo la doncella que había esperado—, desde hace cinco horas, llaman de diez en diez minutos.

—¿Y quién llama?—preguntó Ludgarda.

—Unas veces—contestó la doncella—, vuestro padre; otras veces el barón de Beaufort: yo les contesto siempre que aun no habéis acabado de rezar vuestras oraciones, y ellos se van renegando: ved, ved, señora, con qué furia llaman.

—Abrid—dijo Ludgarda.

La doncella salió, y poco después entraron con ella dos hombres en la cámara.

El uno, que parecía contar como treinta y cinco años, era buen mozo, pero de expresión insolente, y estaba ricamente vestido á lo Francisco I, con un traje de raso blanco acuchillado, calzas blancas, zapatos de raso blanco, acuchillado también, y gorra de raso blanco, que tenía en la marro.

Llevaba al cinto espada y puñal; y á haber tenido los cabellos blancos y blanco el semblante hubiera parecido una estatua de mármol vivificada.

Este hombre era M. Pierres de Beaufort, barón de Beaufort.

El otro hombre podía contar como sesenta años; tenía los cabellos canos, el rostro pálido y sombrío, y estaba completamente vestido de negro, y llevando sobre el traje una loba estrecha de mangas anchas y de terciopelo negro, larga hasta los pies.

Este hombre era Miguel de Van-Deosten, el hermano fratricida del burgrave Ludovico.

Este, envuelto en su hábito benedictino, calada la capucha de tal manera, que no se le veía el semblante, estaba en medio de la cámara, dominado siempre por el temblor de su perlesía.

Don Juan, completamente vestido de negro, con altas botas de montar de gamuza, armadas de espuelas de plata, derribada al hombro izquierdo la capa, en cuyos extremos tocaba por detrás el suelo, y con su pequeño sombrero en la mano, teniendo junto á sí á Ludgarda, miraba sereno y grave, pero con una gravedad sombría, á Pierres de Beaufort y á Miguel de Van-Deosten, que al ver á Ludgarda acompañada de tal modo, se habían detenido á poca distancia de la puerta de entrada.

El asombro no lo dejaba hablar.

M. de Beaufort fijaba una mirada atónita en don Juan, á quien había reconocido: Miguel de Van-Deosten abarcaba el grupo que tenía delante en una mirada colérica.

—¿Quienes sois vosotros?—dijo al fin con la voz ronca y trémula—; vosotros, á quienes encuentro aquí en compañía de mi hija?

—Yo soy—contestó nuestro héroe—, don Juan Tenorio, marqués de Marana, caballero de Toisón de Oro, gentilhombre de su majestad el emperador don Carlos, que Dios guarde, y capitán general de su guardia española.

—Y bien, señor marqués de Marana, ¿qué queréis en mi casa?—dijo Miguel de Van-Deosten.

—He venido á prenderos en nombre del emperador—dijo don Juan—, y á matar por mi cuenta á M. Pierres de Beaufort.

—¡A prenderme!—dijo colérico Miguel de Van-Deosten.

—¡A matarme!—exclamó soltando una carcajada insolente, una carcajada audaz, M. Pierres de Beaufort.

—Sí, á prenderos, Miguel de Van-Deosten, para que respondáis ante la justicia del emperador del asesinato de vuestro hermano el burgrave Ludovico de Van-Deosten: á mataros, M. de Beaufort, porque yo mato á los reptiles que encuentro al paso, y está de Dios que yo os mate.

Miguel de Van-Deosten se había desconcertado al escuchar la acusación de don Juan Tenorio.

Pierres de Beaufort se había puesto algo pálido al sentir sobre sí la sombría mirada de don Juan; al escuchar su acento, que amenazaba de una manera terrible, fría y despreciativa.

—¿Quién se atreverá á sostener la terrible acusación que acabáis de lanzarme, marqués de Marana?—dijo Miguel de Van-Deosten, pretendiendo en vano dar á su acento la indignación

de la inocencia, y fijando su mirada cobarde en el monje, que dejaba notar el temblor de su perlesía.

—Esa acusación la sostendré yo—dijo Ludgarda—; la sostendrá mi padre, que no ha muerto, como creíais, mi buen tío, mi excelente tío.

—Yo no entiendo eso, no puedo entenderlo—dijo don Miguel de Van-Deosten—; tú me hablas del asesinato de tu padre, y me llamas tu tío.

—Vas á comprendernos—dijo con energía Ludgarda.

Y se dirigió á Ludovico, le quitó la capucha de sobre la cabeza, y Miguel de Van-Deosten retrocedió aterrado y vacilante.

A pesar del estado de demacración en que se encontraba Ludovico, de lo que le habían desfigurado las penas y los años, Miguel le había reconocido.

Don Juan entre tanto, había cerrado la puerta de la cámara, había guardado la llave, y se había dirigido al ajimez.

—Gabilán—dijo—, ve y avisa al capitán Vanloo que venga aquí con su gente.

Después don Juan volvió junto á Ludgarda.

Miguel de Van-Deosten tenía los brazos extendidos hacia su hermano Ludovico y le miraba pálido, convulso, sin poder articular una sola palabra.

Pierres de Beaufort miraba de una manera vaga en torno suyo: se encontraba allí muy mal.

La conmoción había hecho vacilar á Ludovico y Ludgarda le sostenía en su brazo.

—¡Eres tú, eres tú!—dijo al fin con una voz indefinible Miguel de Van-Deosten—: ¡te has levantado de la tumba, Ludovico!

—En mi tumba—dijo Ludovico con una voz débil, trémula, llena de espanto, que parecía provenir de la eternidad—, en la que tú has creído mi tumba, nunca ha habido más que un ataúd vacío.

—Yo te vi muerto: tus funerales se celebraron en la catedral de Colonia.

—El infame Claudio Wanzak te engañó—dijo Ludovico—: la copa que tú me diste á beber en el festín de mis bodas con Humberta, no contenía un veneno, sino un narcótico terrible que me hizo parecer muerto.

—¡Ah!—exclamó Miguel—: ¡no fui yo! ¡no fui yo! ¡yo no sabía que aquella copa estaba envenenada!

Y el terror vibraba en la voz del burgrave.

—Os ahorcarán como á un villano envenenador—dijo friamente don Juan.

—No, no—dijo Ludovico de Van-Deosten con la voz más débil—; yo perdono á mi hermano, yo no quiero pedir justicia contra él, porque no quiero que su sangre caiga sobre mi cabeza, aunque sea vertida por la justicia.

Miguel cayó de rodillas.

Hermano, hermano!—exclamó—; la hermosura de Humberta me había enloquecido: era tu esposa, iba á ser tuya, y Satanás se apoderó de mi alma: ¡hermano, hermano! yo te reconoceré, yo te devolveré tu título y tus estados; pero que no se me acuse, que no caiga la horrible mancha de mi delito sobre el honor de nuestra ilustre familia: déjame que yo desaparezca, que yo me oculte como tú te has ocultado, dame tu hábito de monje, y recobra tu man'o de burgrave.

—Es ya tarde—dijo Ludgarda en cuyos brazos se había desplomado Ludovico—: mi padre se muere, no ha podido resistir á esta conmoción que le mata.

—¡Tu padre!—exclamó Miguel—: ¿pues qué no soy yo tu padre?

—No; ¡toma y mira!—dijo Ludgarda dando la declaración de Humberta á Miguel de Van-Deosten, y consagrándose á cuidar de Ludovico.

—¡Ah!—exclamó Miguel, leyendo la declaración que le había dado Ludgarda—: ¡Humberta había pertenecido antes de mi casamiento á mi hermano!

—Sí, á tu hermano que ya no existe—dijo Ludgarda, dejando el cadáver de Ludovico de Van-Deosten sobre un sillón.

El anciano no había podido resistir á aquella terrible escena, y enfermo, débil, acabado por el sufrimiento, había sucumbido.

Sucedió un sombrío silencio á las lúgubres palabras de Ludgarda, y Miguel, que aun permanecía de rodillas, se doblegó.

Oyóse entonces ruido de muchos hombres al pié del ajimez.

Don Juan fué á él.

—Capitán Vanloo—dijo—, ¿estáis ahí?

—Sí, mi general—contestó el aventurero.

—Buscad al pie del muro un lazo y el extremo de una cuerda: ¿los habéis encontrado?

—Sí, mi general.

—Pues irme subiendo acá vuestros hombres y mi mayordomo Antón Gabilán; que se queden solos los que sean necesario; para guardar los caballos: ¡ea! empezad al momento.

Poco después empezó á chillar la garrucha, y apareció en el ajimez y saltó dentro Gabilán.

Después unos tras otros, cuarenta hombres.

Por último el capitán Vanloo.

Ludgarda estaba arrodillada junto al cadáver de su padre y llorando.

Miguel de Van-Deosten arrodillado, doblegado, en medio de la cámara.

Pierres de Beaufort, inmóvil, cabizbajo, dominado por un terror frío.

Dolores, la andaluza, y Enma, la otra doncella alemana, estaban pálidas, asombradas, aterradas, entre los cortinajes de la puerta de una de

las habitaciones interiores del departamento destinado á Ludgarda.

—Id—dijo don Juan Tenorio, que con su terrible serenidad lo dominaba todo, á las doncellas—; id y mandad venir aquí, de orden de vuestro señor el burgrave Miguel de Van-Deosten, á todas las personas que se encuentren en este castillo.

Y fué á la puerta que había cerrado y la abrió.

Las dos doncellas salieron cabizbajas.

Don Juan quería aprovechar la situación de pavor, de remordimiento, de Miguel de Van-Deosten.

Quería impedir sobreviniese la reacción del ánimo de Miguel.

La prueba de la existencia de Ludovico, de su asesinato intentado sobre él por su hermano y del origen de Ludgarda, hubiera sido muy difícil á desvanecerse el pavor de Miguel de Van-Deosten, dando lugar á la reflexión.

Don Juan quería concluir pronto.

A través de la situación terrible que le rodeaba su pensamiento estaba fijo en Gante, en Estrella, en su amor.

Sentía por estrella una ansiedad infinita.

Le tardaba por lo mismo abandonar la Alemania para volver á Flandes.

Poco después de la salida de las dos doncellas volvieron éstas seguidas de una veintena de personas.

Víase en primer lugar un clérigo, rechoncho, mofletudo, sonrosado, como de cincuenta años, que respiraba salud y tranquilidad por todos los poros de su semblante.

Aquel buen señor respondió á don Juan cuando le preguntó quién era:

—Soy el capellán del ilustre burgrave de Van-Deosten.

—¿Y vos quién sois?—preguntó don Juan á un hombre como de cincuenta años, cejijunto, pálido, mago, vestido de negro, con infusas de hombre decente, que venía detrás del capellán.

—Yo soy—contestó secamente aquel hombre—, el mayordomo del noble burgrave de Van-Deosten; ¿pero qué sucede aquí?

—¿Quiénes son esos otros?—preguntó don Juan sin responder á la pregunta que había añadido á su respuesta, el cejijunto mayordomo.

—Son el secretario, los ayudas de cámara, los criados y los escuderos de mi señor—respondió el mayordomo.

—¿Hay alguien más que vosotros en el castillo?—dijo don Juan.

—No señor—contestó con energía el mayordomo—: pero insisto en preguntar, ¿por qué me

preguntáis vos? ¿qué sucede aquí? ¿por qué veo en el castillo de mi amo gentes extrañas y armadas, y á mi amo abatido y como dominado por una violencia?

—¡Vive Dios, don necio impertinente—dijo don Juan—, que os mando dar de azotes hasta que echéis el alma por la boca si insistís en hablar-me de esa insolente manera: callad y oid!

Y dirigiéndose á Miguel de Van-Deosten, le alzó de una manera ruda y le llevó junto al cadáver de su hermano Ludovico.

—Aquí luc s—dijo don Juan.

Vencio y Cabilán tomaron los candelabros que estaban sobre una mesa, se acercaron con ellos al cadáver, y le inundaron de luz.

—Bu gr v Miguel de Van-Deosten—dijo don Juan—, asid con vuestra mano derecha la mano derecha de ese cadáver.

—¡No!—exclamó Miguel retrocediendo y pugnando por desasirse de don Juan, que le tenía sujeto por la mano izquierda.

—¡Asid en nombre de Dios la mano de ese cadáver!—dijo don Juan, cuya voz se hacía más terrible.

Miguel, dominado, aterrado, asió la mano de Ludovico y se estremeció.

La frialdad del cadáver se había transmitido á su sangre, la había helado.

Miguel sentía una ansiedad horrible, agonizaba.

Ludgarda se alzó de los pies de su padre rígida y sombría.

—Responded en nombre de Dios, ¿quién era en la vida ese cadáver cuya mano tenéis en vuestra mano, burgrave Miguel de Van-Deosten? preguntó con una espantosa solemnidad don Juan.

Miguel se agitó en una convulsión poderosa, quiso despegarse del cadáver, pero no pudo.

Parecía como si la mano helada del muerto le hubiese sujetado con una fuerza invencible.

Luchó, y dijo al fin con un acento que nos atrevemos á llamar mortal.

—Sí, es mi hermano, el burgrave Ludovico de Van-Deosten.

—¡Su hermano!—dijeron lúgubramente todos los que allí estaban, como obedeciendo de una manera uniforme al magnetismo de la situación.

—¿Afirmáis que ese es el cadáver de vuestro hermano el burgrave Ludovico de Van-Deosten.

—¡Sí, sí! ¡es mi hermano!—repitió con una voz espantosa Miguel.

—Jurad por Dios, por Santa María, por vuestra vida, por la salvación de vuestra alma, que este es el cadáver de vuestro hermano Ludovico.

—Lo juro por la salvación de mi alma—contestó roncamente Miguel.

—¿Hay alguno que dude de que el cadáver aquí presente es el del burgrave Ludovico de



Van-Deosten?—dijo con voz tonante don Juan.

—No, no—contestaron todos á una vez, y con la energía de la convicción.

—Secretario del burgrave Miguel de Van-Deosten, escribid lo que habéis oído—dijo don Juan.

Dolores sacó del secreter de su señora papel y recado de escribir, y el secretario escribió.

—¡Ah! ¡por piedad, acabemos pronto!—dijo Miguel—; yo siento la mano de Dios sobre mi cabeza; este cadáver me arrastra consigo á la eternidad, sí, yo le di una copa envenenada hace treinta años en el festín de sus bodas, con la burgravesa Humberta de Austria, por quien había contraído al verla un amor del infierno; Ludovico murió, sí, murió, y Dios ha hecho que su cadáver se levante de su sepultura para acusarme, para traer sobre mi cabeza la justicia de los hombres: yo me casé haciéndolo necesario el casamiento por una violencia con la viuda de mi hermano; pero la burgravesa Ludgarda de Van-Deosten y de Austria no es mi hija; es hija de mi hermano Ludovico y de su esposa Humberta.

—Repetid todo lo que habéis dicho—dijo don Juan cada vez más amenazador, cada vez más terrible.

Miguel repitió casi con las mismas palabras y completamente aterrado su declaración.

—Repetid otra vez eso mismo—dijo don Juan.

Miguel, con la voz apagada, temblorosa, doblegado al remordimiento, repitió su declaración.

Don Juan implacable, le obligó á jurar tres veces de una manera solemne la verdad de lo que había declarado.

El secretario escribía con la mano convulsa.

Todos los que allí estaban sentían el efecto terrible de aquella situación pavorosa.

Todos, hasta el desalmado capitán Vanloo, tenían los cabellos, como suele decirse, de punta.

—Venid—dijo don Juan separando de una manera violenta la mano del hermano vivo, de la mano del hermano muerto, y llevando á Miguel á la mesa donde estaba el secretario—: oíd lo que este hombre va á leer; oídlo todos.

El secretario leyó con voz insegura lo que había escrito.

—¿Estáis conforme con lo que vuestro secretario acaba de leer?—dijo don Juan.

—Sí, esa es la verdad—dijo Miguel.

—Declaradlo así y firmadlo al pie de ese escrito—dijo don Juan.

Miguel de Van-Deosten escribió de una manera nerviosa al pie de aquel escrito lo siguiente:

«Lo que en este papel se contiene, ha sido declarado por mí en presencia de testigos; juro por Dios y por la salvación de mi alma la verdad de lo que en este papel se declara, y

mando que mi secretario autorice este papel con el sello de mis armas.»

Después firmó.

—Autorizad como secretario esta declaración—dijo don Juan—, y tomad después de la mía las firmas de los testigos que supieren escribir, y que éstos firmen por los que no sepan.

El sello de armas del burgrave fué traído y puesto al lado de su firma.

Después del testimonio del secretario, don Juan escribió y firmó la siguiente:

«Yo, marqués de Marana, grande de España, caballero de la nobilísima orden teutónica del toisón de oro, gentilhombre de su majestad el señor don Carlos V emperador de Alemania, rey de España, de romanos y de Lombardía, señor de Flandes, etc., á quien Dios guarde, y capitán general de su guardia española, afirmo haber tomado en nombre de la justicia de su majestad, la declaración que antecede al burgrave Miguel de Van-Deosten.—El marqués de Marana.»

Después firmaron como testigos, el capellán, el barón de Beaufort, que no se atrevió á negarse, el capitán Vanloo, Gabilán, algunos de la servidumbre de Miguel, y algunos de los aventureros de Vanloo que sabían escribir, y por los que no sabían el secretario.

—Por lo que habéis oído—dijo don Juan á las gentes del castillo de Van-Deosten—, este hombre, (y señalaba á Miguel) es un fraticida usurpador del título y de los estados de su hermano: sabéis que la burgravesa Ludgarda de Van-Deosten no es hija suya, sino del burgrave Ludovico de Van-Deosten; tenedla, pues por vuestra señora: capitán Vanloo, apoderaos de este hombre y seguidme: vos, seguidme también M. Pierres de Beaufort: adiós, Ludgarda: os dejo en posesión de vuestra casa: mañana volveré de Colonia y os veré.

Ludgarda apretó fuertemente la mano de don Juan, y éste, llevando consigo el terrible papel en que se probaban los crímenes de Miguel de Van-Deosten, salió del castillo, en el que había entrado por una ventana, por su puerta principal.

—Capitán Vanloo—dijo don Juan—, que se queden aquí á las órdenes de la burgravesa Ludgarda de Van-Deosten diez de los hombres que os inspiren más confianza, con sus caballos, menos dos que necesito para que monten en

ellos Miguel de Van-Deosten y Mr. Pierres de Beaufort.

Se hizo lo que mandó don Juan, montaron á caballo cuarenta hombres de los de Vanloo, que tomaron en medio á Miguel de Van-Deosten que había montado maquinalmente á caballo, se quedaron en el castillo diez hombres, y se emprendió la marcha yendo delante don Juan, que llevaba á su izquierda al barón de Beaufort.

III

Don Juan y Mr. Pierres iban algo delante del capitán Vanloo y de los cuarenta jinetes que llevaban en medio á Miguel de Van-Deosten.

Ni Mr. Pierres ni don Juan hablaban una sola palabra.

A media legua del castillo de Van-Deosten, al llegar cerca de un bosque, por medio del cual se prolongaba el camino, don Juan se detuvo y dijo á Mr. Pierres.

—Detengámonos un momento si os place; señor de Beaufort; tengo que dar algunas órdenes á mi gente.

Mr. Pierres detuvo su caballo; cuando llegaron Vanloo y su gente, don Juan dijo al primero:

—Seguid adelante, capitán; el barón de Beaufort y yo nos quedamos aquí; yo os alcanzaré antes de mucho.

—Muy bien, mi general—dijo Vanloo.

Y siguió adelante con su gente y con Miguel de Van-Deosten.

—Dirijámonos si gustáis á aquella espesura, barón—dijo don Juan.

—En buen hora—contestó Mr. Pierres.

Y entrambos se encaminaron á los árboles.

—¿Os parece que echemos pie á tierra, atemos nuestros caballos á un arbusto y nos internemos en el bosque?—dijo don Juan.

—Como queráis—contestó el barón.

Echaron pie á tierra, ataron sus caballos, y don Juan asiendo del brazo á Mr. de Beaufort, se aventuró con él por un sendero que se internaba en el bosque.

—¿Qué os parece de lo que sucede, Mr. Pierres?—dijo don Juan.

—No me parece nada, sino que el diablo os ha arrojado delante de mí cuando menos os esperaba.

—¿Qué queréis, vive Dios—dijo don Juan Te-

norio—, puesto que así ha sucedido, estaría escrito; ¿y os habéis vestido cuando yo había de sobrevenir junto á vos de una manera que me ha excitado Mr. de Beaufort: de blanco; con ese traje os parecís á mi convidado de piedra: á cierto comendador á quien yo maté en Sevilla, ¿no os parece esto muy significativo.

—Es decir, que os habéis propuesto matarme don Juan—dijo el barón.

—Sí; me he propuesto daros de estocadas con vos.

—¿Y por qué, si gustáis, don Juan? siempre es conveniente saber por qué se riñe con un hombre.

—Me habéis burlado; Mr. de Beaufort, y yo no consiento que nadie me burle impunemente.

—¿Y de qué modo he podido yo burlaros, marqués?—dijo Mr. de Beaufort.

—Debéis haber perdido la memoria—dijo don Juan.

—No, marqués no—contestó Mr. de Beaufort—; gracias á Dios la conservo en toda su actividad.

—No por cierto, puesto que os habéis olvidado del lance que tuvimos en París una noche en un casuco del puente de San Miguel y por una buena moza: por una mademoiselle de Potpleine, que me había citado allí, y con la que os habíais atrevido á encerraros contra su voluntad: ¿no recordáis lo que sucedió?

—Me arrojasteis por una ventana del aposento al Sena.

—Pues entonces fué cuando me burlasteis, Mr. de Beaufort.

—No os comprendo: ¿os burlé siendo arrojado por vos al río?

—No; pero me burlasteis saliendo vivo del río, adonde yo os arrojé con la plena intención de que os ahogaseis.

—No fué mía la culpa, don Juan...

—Yo hago todas las cosas de una manera seria, y me gusta hacerlas de una vez: si entonces os hubierais ahogado, no hubierais podido ofenderme segunda vez y obligarme á castigaros de nuevo.

—¿Y en qué os he ofendido?

—Pretendiendo casaros con una amiga mía, aprovechando la tiranía de su padre, y con la torcida intención de hacerlos con esta alianza una poderosa influencia para combatir con ella en favor de la protesta herética de Lutero á Roma, y por lo tanto al emperador, que defende con todas sus fuerzas la Iglesia católica.

—Yo soy hugonote—dijo Mr. Pierres—, y el protestantismo, sin que yo le ayude, sin que le ayuden los hugonotes franceses, hace cada día más prosélitos en Alemania: yo, pues, no he pretendido, por lo que creéis, enlazarme con Ludgarda de Van-Deosten, sino porque la ama y la amo.

—Es verdad: Ludgarda es una riquísima heredera.

—Me ofendéis, marqués.

—A vos no puede ofenderos nadie—dijo con desdén don Juan—, porque sois completamente despreciable.

—Esas palabras...

—Esas palabras os importan muy poco, porque no tenéis ni valor ni vergüenza, Pierres de Beaufort: si tuviérais un asomo de valor y de dignidad, vuestra conversación hubiera acabado en su principio, y las espadas hubieran substituído á las palabras.

—Vos abusáis del poder que os da el infierno—dijo con acento cobarde Pierres de Beaufort.

—¡Ah!—dijo don Juan soltando una carcajada de desprecio—¡vos sois de aquellos que creen que el diablo me ayuda!

—Lo que creo es que no seréis caballero si desnudáis la espada contra mí: porque yo, que no he temido á nadie, os temo, don Juan: no podré defenderme de vos, y cometeréis un asesinato.

—No es cometer un asesinato aplastar la cabeza de un reptil inundo y venenoso—dijo don Juan—; se le encuentra, se le pone el pie encima y se continúa tranquilamente la marcha.

—Vos no haréis eso, don Juan — dijo completamente aterrado Pierres de Beaufort—: si queréis castigarme porque me he atrevido á pretender la mano de Ludgarda de Van-Deosten, llevadme al convento de los monjes Blancos de Jesús de la Penitencia, y delante de vos pronunciaré unos votos tan solemnes, tan irrevocables, que me veré obligado á permanecer en el monasterio durante mi vida.

—¡Cómo se conoce lo villano de vuestra sangre!

—Mi padre...

—Vuestro pobre padre era un honrado vendedor de imágenes benditas y de preservativos contra el diablo y contra las enfermedades malignas, que andaba voceando y arrastrando sus harapos por las calles de París, mientras vos, descalzo y desnudo os arrastrabais entre otros pilluelos por las sucias callejas del arrabal Montmartre: más crecídó, fuisteis criado de unas bribonas: á los quince años una de ellas os acomodó de mozo de limpieza en el Louvre; allí empezasteis á desplegar vuestro ingenio y llegasteis á ser pinche de la cocina del rey: más adelante Francisco I aprovechó vuestras buenas cualidades para bajos oficios, y le servisteis tan bien en sus galanteos, que llegó á ennobleceros, y más adelante os creó barón, y permitió la superchería de que usaseis un apellido que no os corresponde y os atribuyeseis padres que jamás han existido.

—Mis enemigos os han engañado don Juan—dijo Pierres de Beaufort.

—Entonces es enemigo vuestro todo París, que cuenta vuestra historia con pelos y señales; de otro modo yo no lo sabría, porque no se me hubiera ocurrido nunca preguntar quien erais y de donde veníais: habéis hecho fechorias de bulto abusando del favor incomprensible que os

concede el rey Francisco, y durante algunos años habéis tenido la no pequeña fortuna de no tropezar con un hombre como yo, con un tal caballero; por lo de mademoiselle de Potpleine os hice tomar un gran susto y un buen baño, de que escapasteis por milagro; por lo de la burgravesa Ludgarda y por vuestros malos intentos futeranos, voy á mataros: estamos en un claro del bosque y sobre un buen terreno iluminado por la luna: ¡ea! mi nobilísimo barón de Beaufort, veamos como mantenéis el brillo de vuestro ilustre apellido robado.

Y don Juan lanzó de sí de un empujón á Mr. Pierres y tiró de la pesada espada que le había dado el capitán Vanloo á falta de la suya, que había roto, como sabemos, contra el coselete del aventurero. ¶

Pierres de Beaufort, que estaba transido de miedo, vaciló, dió algunos traspies y estuvo á punto de caer á causa del empujón de don Juan.

—Os declaro—dijo Mr. Pierres—, que yo no tiraré de mi espada; sería inútil: acabad conmigo, puesto que lo queréis; pero tendré al menos la venganza de que carguéis sobre vuestra conciencia la memoria de un asesinato.

—No—dijo don Juan—: sois un gran esgrimidor, y el miedo, deseo natural de conservar vuestra vida, os ayudará tanto ó más que lo que pudiera ayudaros el valor.

—Estoy seguro de ser muerto por vos en cuanto cruce mi espada con la vuestra, y no me defenderé.

—¡Ah, miserable! ¿porque sabes que soy tan caballero crees que yo no me atreveré á acometerte mientras tengas la espada en la vaina?—dijo colérico don Juan—: pues bien: veamos si te defiendes ó no.

Y se fué de una manera tan decidida sobre Pierres de Beaufort, que éste se vió obligado á dar un tremendo salto atrás para no ser atravesado de parte á parte.

A seguida tiró de la espada.

—Bravo—dijo don Juan—: ya lo sabía yo; me han dicho que riñes valiéndote de todas las malas artes y de todas las tretas como un «lazzaroni»: veamos.

Y don Juan se tendió en una estocada baja: Pierres paró y contestó rápidamente á don Juan que se vió obligado á saltar para evitar el golpe.

—¡Ah, bien!—dijo don Juan—: eres una buena espada: así, pues, puedo matarte sin escrúpulo; mucha atención, Pierres, mucho cuidado, porque me voy á meter dentro de un instante por donde menos crees: allá va esa: una, dos, tres.

Al pronunciar don Juan esta última palabra su espada se entró en el costado de Mr. Pierres hasta la empuñadura.

Don Juan había amagado un tajo á la cabeza,

al acudir á él Pierres, había marcado una estocada al vientre, y al quererla parar, don Juan se había ido á fondo sobre el costado de Pierres de Beaufort.

Cuando don Juan sacó la espada de la herida, Mr. Pierres cayó de espaldas y no se movió.

Don Juan le había atravesado el corazón.

Envainó su espada, se envolvió en su capa, porque la madrugada era fría, y á buen paso volvió al sitio donde habían quedado atados los caballos, desató el suyo, montó, entró en el camino y partió al galope para alcanzar al capitán Vanloo y á su gente.

IV

Don Juan tenía una cualidad terrible.

Le preocupaba poco la muerte de un hombre; porque don Juan nunca desenvainaba su espada sin razón y sin lealtad.

Muchas veces la razón que hacía matar á don Juan, como ya lo hemos visto, no era otra cosa que una razón de amor propio.

Pero atendida la época en que vivía don Juan, lo caballeresco de su espíritu, que hacía que una herida en el amor propio de un caballero hiriese á la par su honor, obligándole á desnudar su espada para no pasar por cobarde, ni aun por sufrido, se comprenderá que don Juan Tenorio, atendida su época, hubiese matado siempre con razón.

No tenía él la culpa de que abundasen en el mundo los pícaros, los vanidosos y los tontos imprudentes.

—¿No me conocen?—decía don Juan cuando pensaba alguna vez en esto—¿por qué me provocan? la culpa es suya, no mía.

Y sin embargo, el ser de don Juan se había modificado en fuerza de la sangre que había vertido, haciendo de él una especie de hombre terrible, que no podía sentir el remordimiento de matar, dominado por una especie de locura de exterminio.

Todos los hombres bravos de la España del siglo XVI eran tan formidables desde el punto de vista del honor y del amor propio, como lo era don Juan.

Así es, que no se puede delinear un español valiente, enérgico, audaz, aventurero, sin que se parezca por esta faz á lo menos á don Juan Tenorio.

Porque en último resultado, don Juan Tenorio no es otra cosa, considerado por sus diversas fases, que la personificación neta de la España del siglo XVI, como Bernardo del Carpio es el mismo de la España bizantina, por decirlo

así, como Mudarra es la personificación de la España mozárabe, como el Cid es la representación de Castilla en plena edad media; como Gonzalo de Córdoba es el héroe real y efectivo de la España del Renacimiento.

Cada uno de estos personajes, incluso don Juan Tenorio, incluyendo también á Hernán Cortés, son sujetos, cada uno de por sí, de un gran poema épico, y todos estos poemas juntos, la encarnación del carácter, de la historia, de las creencias, de las costumbres, de la gloria, del ser entero de España.

Todos ellos tienen un romancero, menos Gonzalo de Córdoba, Hernán Cortés y don Juan Tenorio.

Dos de estos últimos, pertenecen á la historia; el otro, don Juan, pertenece exclusivamente á la tradición.

Y don Juan ha existido, no hay que dudar de ello, por más que su nombre no se encuentre consignado en ninguna crónica, en ningún documento incontestable.

Un pueblo, cuando crea un mito, cuando personifica en un hombre su carácter, sus tendencias, sus creencias; cuando hace de un ser fantástico un héroe, para dar nombre á aquel ser fantástico, busca un nombre conocido, ilustrado por la grandeza del ser real que ha llevado aquel nombre.

Así es, que la España de la edad media al personificarse de una manera involuntaria, y rindiendo un homenaje de admiración á un héroe conocido, atribuyéndole todas las poéticas cualidades de sus creencias, de su valor y de su entusiasmo, hizo de Rodrigo Díaz de Vivar, el Campeador, su gran nieto, el héroe de su gran poema.

Sí, don Juan Tenorio ha existido, no hay que tener duda de ello; don Juan Tenorio, personificación de la España de Carlos V, era como aquella España, audaz, terrible, conquistador, aventurero, indomable, fanático del honor y del valor; duro de corazón, buscador de lo imposible, incansable, insaciable, lanzado en el camino del deseo, sin satisfacer jamás su deseo, impulsado por la fatalidad ciega, arrollando todo lo que se oponía á su formidable paso.

Don Juan Tenorio no tenía remordimiento de lo que hacía, como no le tenía España de sus sangrientas campañas, de sus lúgubres conquistas.

España marchaba impasible y brava sobre el camino de la victoria, dejando tras sí un río de sangre, sin volver jamás el rostro para mirarle, sin medir nunca las dificultades de las sucesivas empresas que acometía.

De la misma manera don Juan no volvía la cara para mirar á su pasado, conmoviéndole muy poco la sangre ó la desgracia que dejaba tras sí.

Lo que tenía delante en el momento en que

alopaba para alcanzar á Vanloo, era su empuje no vencido, su amor no saciado, su deseo hambriento, Estrella.

Sentía una dolorosa ansiedad.

Temía que aquella niña, la mujer á quien había creído amar más, iba á desvanecerse como una sombra, á perderse para él en medio de un misterio, á pasar como un bello sueño, cuya mentira se recuerda con dolor al despertarse.

—Es necesario que esto concluya—decía don Juan, apretando las espuelas á los flancos de su caballo—; es necesario que me detenga yo al fin, en la fatigosa carrera de mi vida, y repose bajo el amparo del amor y de la felicidad.

Es necesario que Estrella sea mía.

Tal vez Dios me dará en ella lo que no me ha dado en otras mujeres, hijos.

¡Hijos yo! las plantas malditas no producen fruto.

Los hijos serían para mí la ligadura fortísima que me retendría en la familia; el amor que me haría temer la muerte; la ansiedad, que dominaría todas mis otras ansiedades; la familia que me rodearía amorosa, llenando mi corazón, satisfaciendo mis deseos.

Se llega á una edad en que se hace necesario para llenar el corazón, un amor puro, inmenso, incomparable; el amor del padre al hijo.

Se llega á una edad en que empieza á afligirnos tristemente la idea de que nuestro hombre va á morir con nosotros.

De que nuestras riquezas, nuestros títulos, van á pasar á gentes extrañas que nos miran con ansia, esperando ver en nuestro semblante las señales de la enfermedad que ha de matarnos.

¡Qué diferencia entre lo que yo era cuando entré en el mundo y lo que soy ahora!

Sólo han pasado catorce años, y mi vida, antes tan fácil, tan amplia, tan fresca, tan llena de ilusiones y de esperanzas, tan rica de deseos, se ha convertido en una agonía insostenible, en una sed ardiente que nada satisface, en una desesperación pesada, fría.

El sol de mis veinte años era dorado, espléndido, puro; la luna argentada y poética.

Hoy, aun el sol del invierno es para mí caliginoso y triste; y la luna me parece una lámpara funeral suspendida de un pabellón de luto sobre un cementerio.

Mi vida crece; mi pensamiento se dilata; mi corazón se engrandece; pero como si todo esto fuese una señal de muerte, y á causa del tóxico que me corroe las entrañas.

Mi semblante ha tomado algo del otro mundo.

La sangre ha huido por completo de mis mejillas, y en mis ojos luce un fuego sombrío.

La mujer me desea y el hombre tiembla delante de mí como nunca me han deseado ó han temblado ante mi vista otros hombres y otras mujeres.

Mi espada mata ya por sí misma; parece que alienta dentro de ella un ser maldito, que lleva su punta al corazón del hombre que se atreve á medirse conmigo.

No, no es mi mano la que impulsa mi espada; es mi espada, la que arrastra consigo mi mano calenturienta; es mi destino que me arrastra en pos de sí.

¿Y por qué he de dejarme yo arrastrar sin voluntad por mi destino?—dijo don Juan después de una ligera pausa, levantando con fiera altivez su frente pálida y lanzando una mirada candente á lo alto del espacio—; nunca he pensado en combatir con mi destino; porque, acaso ¿no voy yo siempre en busca del vencimiento de lo invencible, de la realización de lo imposible? ¿no dicen que el hombre tiene el precioso don del libre albedrío, y la razón y el precepto divino para seguir el bien y apartarse del mal?

Si yo logro dejar de ser lo que soy, hacer callar mi corazón indómito, detener el vuelo de mi pensamiento, insaciable, ¿no habré logrado el mayor de mis triunfos?

Apartarme de ese camino de fuego, vivir tranquilo al lado de Estrella, sobreponerme á las tentaciones de la gloria y de la soberbia, vencer los impulsos de la cólera, colgar de un clavo la espada y las espuelas, y vivir tranquilo con mi familia en mi castillo de Marana, sobre el encantado jardín de las Alpujarras, viendo allá en lo profundo del horizonte la línea azul del mar... ¡oh! esto sería haber triunfado de mí mismo, haberme transformado, haber descansado, haber cortado mis relaciones con mi vida anterior.

Hubo un momento en que don Juan con la portentosa fuerza de su imaginación creyó ver realizado su buen propósito.

Un momento en que se sintió otro hombre, en que respiró con facilidad, en que dejó de abrasarle su aliento, en que se repuso de la continua fatiga que le oprimía.

—¡Oh sí!—dijo—: si hay Dios, que Dios aproveche mis deseos de conversión; que me ayude á vencer mi destino, porque si á pesar de mis esfuerzos no lo consigo, creeré que no hay otro Dios más que la fatalidad muda é invencible.

En aquel momento, don Juan alcanzó á ver á lo lejos á la gente de Vanloo que estaba parada en medio del camino.

V

Antes de que don Juan llegase, un jinete vino á su encuentro á rienda suelta.

Aquel jinete era Vanloo.

—¿Por qué os habéis detenido?—le dijo don Juan — ¿no os había dicho que siguiérais adelante?

—Ha sucedido una desgracia irremediable, señor, que vuecencia no hubiera podido evitar aunque hubiera venido con nosotros.

—¿Qué desgracia ha sido esa, capitán?

—La persona que nos habíais entregado ha sido arrojada por su caballo, y ha muerto en el acto.

—¿Tan mal jinete era el burgrave Miguel de Van-Deosten?—dijo friamente Tenorio.

—Por el contrario, señor; era un gran jinete; es que se ha empeñado en morir, y como nuestros caballos son excelentes, lo ha conseguido.

—¡Ah! ¡ya! — dijo don Juan—: ha procurado que el caballo le mate, y lo ha conseguido; pues mirad, capitán Vanloo, ha hecho bien; porque de no, le hubiera matado el verdugo.

En aquel momento llegaban adonde estaban pie á tierra los aventureros, en medio de los cuales se veía el cadáver del burgrave.

—Ha sido imposible salvarle; había hostigado, había irritado de tal manera al caballo, que no podíamos acercarnos á él—dijo Vanloo—: desgraciadamente la caída ha sido de espaldas, y ha quedado muerto en el acto.

—Mejor—dijo para sí don Juan—; esto me ahorra algún tiempo, y me evita el tener que habérmelas con gentes de justicia: poned ese cadáver en un caballo—añadió en voz alta—, y retrocedamos.

El cadáver de Miguel de Van-Deosten fué atravesado en el mismo caballo que le había lanzado de sí, y don Juan, Vanloo y sus cuarenta hombres, volvieron bridas y se encaminaron de nuevo al castillo de Van-Deosten.

Al llegar al sitio donde Mr. Pierres de Beaufort y don Juan habían dejado sus caballos, recogieron el del primero, que permanecía aún atado al arbusto.

—¿Y aquel señor vestido de blanco con quien se quedó atrás vuecencia, mi general?—dijo el capitán Vanloo.

—Os advierto — dijo don Juan — que no gusto de que se me interrogue.

—Perdonad, mi general—se apresuró á decir Vanloo.

Siguieron adelante, y Vanloo no se atrevió á dirigir la palabra á don Juan, y éste continuó silencioso y pensativo hasta que llegaron al castillo de Van-Deosten.

Empezaba entonces á amanecer.

Ludgarda recibió con extrañeza á don Juan.

—¿Qué ha sucedido que volvéis tan pronto?—le dijo—: no habéis tenido tiempo para ir á Colonia y volver.

—Mi ida á Colonia es ya inútil — dijo don Juan.

—¿Pues qué, se os ha escapado el infame Miguel? ¡ah! ¡pues no sabéis cuán terrible enemigo es!

—Sí, Ludgarda, sí; se me ha escapado por donde mismo se me ha ido Mr. Pierres de Beaufort.

—¿Y vos, os vais? — dijo palideciendo Ludgarda.

—Sí, en cuanto descanse algunas horas, para lo que os pido hospitalidad: hoy mismo me pongo en camino para Flandes.

—¿Y me dejáis abandonada, expuesta á las asechanzas de esos miserables, que procurarán vengarse de mí?

—No necesitáis que yo os ampare de ellos, porque no volverán.

—¡Oh! sí, volverán, pero valiéndose de un disfraz, y procurarán tomar venganza de mí.

—¡Ah, no, Ludgarda! cuando se escapa por donde esos dos infames han escapado, no se vuelve, porque las puertas de la muerte se cierran detrás del que las pasa, para no volverse á abrir jamás.

—¡Han muerto! — exclamó Ludgarda con una alegría que podremos llamar lúgubre.

—Sí—dijo don Juan—; yo he casado con la muerte al miserable que había pretendido casarse con vos; y nuestro buen tío ha irritado, procurando que le mate, el caballo que montaba, y lo ha conseguido; al arrojarle de sí el caballo, ha quedado muerto en el acto: abajo tenéis en el patio de vuestro castillo el cadáver de vuestro buen tío: sois libre de todo punto; presentad, sin embargo, al lugarteniente del imperio este documento, que prueba quién era vuestro padre, y los delitos de vuestro tío: esto debéis hacerlo para que no os inquieten por la muerte de Miguel de Van-Deosten, y sobre todo, para no pasar por hija del asesino de vuestro padre, del verdugo de vuestra madre.

—¡Ah, don Juan!—dijo Ludgarda, mirándole de una manera intensa—; habéis sido mi ángel de venganza y de salvación: sin vos yo hubiera huído desesperada, y quién sabe lo que hubiera sido de mí. ¿Por qué os vais?

—Flandes me llama—contestó don Juan.

—¡Ah, sí!—dijo con desaliento Ludgarda—; os

llama vuestra esposa; sí, sí, debéis ir: una mujer hermosa y sola está en peligro, y un marido prudente no debe prolongar demasiado la ausencia que le separa de su mujer.

Don Juan sintió el frío acerado de aquellas palabras, y se estremeció en lo íntimo de su alma.

—Pero no os vayáis al menos tan pronto—dijo Ludgarda—: ¿qué importan quince días más ó menos? acabad la obra que habéis empezado; presentad, robustecida por vuestra autoridad, al lugarteniente del imperio esa prueba

que así lo queréis; quedaos en este aposento; es el mío; descansad, don Juan, y no os vayáis sin verme. Adiós, hasta luego.

Y salió de una manera febril.

—He aquí—dijo don Juan—una hermosísima mujer que perdono: y es que para mí no existe más mujer que Estrella: es que por Estrella he puesto en olvido mis amores pasados, y me son indiferentes todas las mujeres. ¿Consistirá



—¿Quién va?—dijo don Juan con voz segura.

que me entregáis para que yo se la presente; asistid á los funerales que se harán á mi padre en la catedral de Colonia, y después partid en buen hora, seguro de que yo no me olvidaré jamás del bien ni del mal que me habéis hecho.

—No me agradezcáis el bien, y perdonadme el mal que involuntariamente os haya causado, Ludgarda; pero dispensadme; reposaré cuatro horas en vuestro castillo, y esto porque estoy rendido, y partiré.

—¡Para no volver jamás!

—¡Quién sabe!

—¡Cuatro horas! ¡no más que cuatro horas!—dijo como hablando consigo misma Ludgarda—: puse bien; reposad y partid después, puesto

esto en que Estrella, á pesar de su juventud, me haya comprendido, y disputándose á mí haya hecho nacer en mi corazón un empeño mucho mayor que los que hasta ahora he vencido? ¡quién sabe! La verdad es que me desconozco, que la adoro, que ella es mi único pensamiento, mi ángel: ¡oh! si al vencerla, al poseerla, se ha de desvanecer esta dolorosa felicidad, quiera Dios ó el destino que no la venza nunca.

Don Juan se desciñó la espada y el puñal, y se arrojó vestido en el lecho de Ludgarda, que estaba intacto; como que Ludgarda no se había acostado.

Al poco tiempo, don Juan, rendido por la fatiga, se durmió.

VI

Ludgarda salió sobreexcitada, anhelante, poseída por una insoportable agonía, de su aposento, donde había dejado á don Juan.

Se había enamorado de él con toda la terrible fuerza de carácter de que tantas pruebas había dado la noche anterior.

—Daniel — dijo al mayordomo—, vos no dudareis, después de lo que habéis presenciado esta noche, de que yo soy vuestra señora.

—¡Cómo he de dudarlo! aunque nada hubiese sabido de lo terrible que anoche nos reveló el noble burgrave, al ver su cadáver, que está abajo, no podría menos de reconocer por mi señora.

—Vos gozabais de toda la confianza del burgrave.

—Es verdad, señora; he tenido esa honra, y he procurado corresponder á ella sirviendo lealmente á mi señor.

—Espero que del mismo modo procuraréis obtener mi confianza.

—Indudablemente; podéis estar segura de que os serviré hasta perder la vida.

—El burgrave pasaba por hombre que poseía en alhajas y dinero grandes riquezas.

—Voy á entregaros, señora, el tesoro de vuestra familia. Venid conmigo, si queréis, al subterráneo de la gran torre.

—Vamos, pues — dijo Ludgarda.

—Id despacio, señora, hacia la puerta de hierro de la gran torre, mientras yo voy por las llaves.

Y Daniel se alejó rápidamente.

Ludgarda recorrió parte de las galerías del patio, pasó por una pequeña puerta, bajó unas estrechas y empinadas escaleras, y antes de llegar á su pie, sintió los precipitados pasos de un hombre que se acercaba.

Era Daniel, que traía en la mano un aro de acero con algunas gruesas llaves.

Juntos llegaron al pie de las escaleras, entraron por un estrecho y lóbrego pasadizo, y á poco se detuvieron delante de una puerta chapada con gruesas y mohosas planchas de hierro, y asegurada por tres enormes cerrojos afianzados en cerraduras.

Corrió aquellos cerrojos Daniel, empujó la puerta, y el hábito de la humedad del interior estuvo á pique de apagar la luz que Daniel llevaba.

Bajaron cuatro gradas de mármol, atravesaron un corto pasadizo, y Daniel abrió con llave otra puerta de hierro.

Se encontraron en un espacio circular de poca extensión, fuertemente húmedo y muy bajo de

bóveda, alrededor del cual había cuatro arcaas de hierro, una de ellas mucho más pequeña que las tres restantes.

—Aquí están—dijo Daniel—en buenos florines de oro, en estas tres arcaas mayores, las rentas de treinta años de los inmensos y ricos estados de vuestra casa. El burgrave Miguel apenas gastaba la centésima parte de sus rentas: en aquel arca más pequeña están las alhajas de vuestras abueñas paterna y materna.

—Es decir—dijo Ludgarda con el mismo acento sórdido y ansioso que pudiera suponerse á un avaro—, que yo soy muy rica.

—Sí, riquísima, señora: en cada una de estas arcaas hay dos millones de florines de oro, y las alhajas que se encierran en ese arca más pequeña valen tanto como el contenido de las otras tres; pero no lo digáis á nadie, podría ser esto una mala tentación para el lugarteniente del imperio, que podría valerse de cualquier pretexto, ahora que anda recrudescida la reforma, para que os supusiese favorecedora de los luteranos, culpable de alta traición, os encerrase, á buen escapar, para toda vuestra vida en un convento y os confiscase vuestros bienes.

—¡Ah, no!—dijo Ludgarda—: me basta con saber que soy muy rica, y por ello muy poderosa; porque el oro lo vence todo; ¡todo, sí, menos el corazón! —añadió, acordándose de don Juan—: pero abrid, abrid pronto esas arcaas; quiero anegar mis miradas en mi oro, en mis diamantes, en mis perlas; porque ahí habrá perlas y diamantes, ¿no es verdad?

—Y rubíes y esmeraldas—dijo Daniel, abriendo el arca más pequeña—: cada uno de los emperadores de Alemania, desde hace trescientos años, regalaba un rico prendido á una de vuestras abueñas maternas, de la cual, se constituía en tutor al subir al solio imperial, por una disposición del emperador Roberto el Malo ó el Diablo.

—¡Oh! y no eran mezquinos esos emperadores—dijo Ludgarda examinando las diademas, los brazaletes, los collares, los ceñidores, las sortijas, que en estuches de terciopelo ó de piel labrada llenaban el arca.

—En el inventario, señora, consta el nombre del emperador que ha regalado cada uno de esos prendidos; ahí están también, y consta en el inventario, los prendidos de vuestras abueñas maternas.

—Yo me creía rica en alhajas—dijo Ludgarda—, pero cualquiera de estas joyas vale por sí sola, más que todas las otras que tengo.

—Ahí hay—dijo Daniel—una sortija maravillosa, de que dicen se valió el emperador Roberto el Malo para hechizar á Hermesinda, princesa de Dinamarca, progenitora de todas las bastardas de Austria, vuestras abueñas.

—¿Y qué cualidades tiene esa sortija, Daniel?

—Dicen que de ella se valían vuestras abueñas para hacer que las amase con locura el

hombre de quien se enamoraban, y á quien querían hacer su esposo, á pesar de que aquel hombre estuviese cieamente enamorado de otra.

—Buscadme esa sortija, Daniel — dijo con impaciencia Ludgarda.

—Está en una caja de terciopelo negro, muy vieja; como que tiene trescientos años: dicen que el diablo la dió á su ahijado el emperador Roberto; hela aquí, señora.

—¡Oh! ¡hermosísima! — dijo Ludgarda, viendo la sortija, que era pesada, esmaltada de negro, y en la que estaba montada una gruesa perla negra—; pero esta sortija es de hombre, ¿cómo pudo usarla mi primera abuela la princesa de Dinamarca?

—Las mujeres dinamarquesas, señora, son muy altas y muy robustas, y por consecuencia, tienen las manos muy grandes; si la princesa Hermesinda las tenía pequeñas, tan pequeñas como vos, el emperador Roberto la pondría esta sortija en el dedo gordo.

—Pues á mí, Daniel, se me cae de mi dedo pulgar.

Al decir esto Ludgarda, que se había probado la sortija en el pulgar de su mano izquierda, lanzó un ligero grito.

Había sentido una leve punzada é inmediatamente un extraño frío, una especie de languidez.

—¡Ah!—dijo—: sí, sí, esta sortija debe estar hechizada: se hace sentir.

Y la puso en el estuche, le cerró, y le guardó en su seno.

Después tomó una diadema de diamantes, un collar de gruesas perlas, unos riquísimos brazaletes, y un magnífico ceñidor, y los recogió en su falda.

—Cerrad—dijo á Daniel—, y abrid esas otras tres arcas; quiero ver cuanto dinero hay en ellas.

Daniel abrió sucesivamente las tres arcas, y aparecieron llenas de monedas de oro.

—Ahora—dijo Ludgarda—, id á buscar al capitán Vanloo que debe haber vuelto al castillo con el marqués de Marana.

—Está tendido en la hospedería en un escaño durmiendo á pierna suelta.

—Pues bien, despertadle y decidle que venga aquí.

—¡Cómo, señora! ¿vais á dejar que ese hombre sepa las inmensas riquezas que hay en este castillo?

—Un capitán de aventuras, Daniel, no es un ladrón.

—La ocasión y la tentación hacen á los ladrones, señora—dijo Daniel insistiendo.

—Haced, haced que venga aquí el capitán Vanloo—dijo con impaciencia Ludgarda—, y no hagáis que crea que me servís mal.

—Como gustéis, señora—dijo Daniel—; pero esto es una imprudencia.

—Id, id, ¡qué me importa todo lo que hay aquí!—dijo Ludgarda que tenía puesto su pensamiento en don Juan.

Daniel salió murmurando para sí.

—Indudablemente mi señora está loca: ¡dejar ver unas riquezas tales á un capitán de aventuras, á un Vanloo, á un bandido! sí, si está loca: ni aun se acuerda de que están aquí los cadáveres de los dos burgraves, que se ha perdido el barón Pierres de Beaufort, y que el lugarteniente del imperio querrá saber por qué ha sucedido todo esto.

Daniel no se equivocaba.

Ludgarda estaba loca: pero su locura era de amor por don Juan.

No tardó en volver Daniel con el capitán Vanloo, que venía soñoliento, disgustado y como haciéndose una gran violencia.

—Dejadnos solos, Daniel—dijo Ludgarda.

Daniel salió lentamente y como de mala gana.

—Capitán Vanloo—dijo Ludgarda—; mirad lo que tenéis delante.

—¡Ah!—dijo Vanloo viendo las tres arcas llenas de oro y quedándose tan sin sueño como si hubiera estado durmiendo tres días seguidos.

—¿Qué decís de esto?—le preguntó Ludgarda señalándole las tres arcas.

—Qué he de decir, señora—contestó Vanloo cuya mirada se dilataba cada vez más, fijándose en aquella gran masa de oro—, sino que quisiera que todo eso fuese mío.

—Pues gran parte de ello será vuestro si me servís bien.

—Podéis mandarme lo que queráis, señora.

—Ved que podrá ser que no os atreváis á hacer lo que yo os mande.

—Yo, por dinero, soy capaz de todo.

—Se trata del marqués de Marana.

—Aunque se tratara del marqués del infierno.

—Ved que el marqués es terrible.

—No importa; cuando no se puede ir frente á frente contra un hombre, se le buscan las vueltas.

—Es decir que mataríais al marqués á traición si yo os pagase su muerte—dijo profundamente Ludgarda.

—¡Qué diablo! tanto podríais darme, que yo creyera que me pagabais bien el alma, y os la vendiera.

—Es decir, que os repugna el asesinato.

—Francamente señora, puede ser que yo no asesinara á nadie por todo el oro del mundo; es muy duro, muy terrible, verse como se vió anoche el burgrave á quien creís vuestro padre

—Pues estad tranquilo, capitán Vanloo, que yo no quiero que muera el marqués de Marana.

—Ya decía yo—contestó Vanloo sonriendo de

una manera intencionada—¿por qué ha de querer matar esta hermosa señora á un hombre como el marqués?

—Tomad—dijo Ludgarda—, todo el oro con que podáis cargar.

—Ya me lo daréis vos, señora—dijo Vanloo—; sé que puedo fiarme de vos, y comprendo que me daréis por vuestra voluntad más que lo que yo os pudiera pedir: así como así, el marqués no me ha dado todavía los dos mil florines que me ha ofrecido por que le sirva con mi gente seis meses; puede decirse, que aun estoy libre; además, que vos fuisteis la primera que hicisteis trato conmigo, y no me habéis libertado de mi palabra; soy vuestro en cuerpo y en alma; mandad.

—Lo primero que habéis de hacer, es apoderaros del criado que trae consigo el marqués, encerrarle en una torre de este castillo, de cuya puerta se os dará la llave, y haced que algunos de vuestros hombres guarden esa torre, y sean los únicos que se entiendan con el preso.

—El buen hombre está durmiendo como un lirón en la hospedería.

—Os quedaréis con vuestra gente, guardando mi castillo, y no dejaréis salir de él al marqués de Marana.

—Dad por preso al marqués.

—He ahí todo lo que tengo que deciros; id, y apoderaos del criado del marqués: yo os enviaré al momento persona que os entregue las llaves de la torre donde ha de ser encerrado.

Vanloo salió.

—¡Daniel!—dijo Ludgarda.

Daniel entró.

—Cerrad esas arcas—dijo Ludgarda—, y salgamos de aquí.

Daniel cerró, salieron, afianzó Daniel las puertas, y subieron á las galerías.

—Voy á salir por el río—dijo Ludgarda—; que preparen una barca, y entretanto entregad las llaves de la torre del Sol al capitán Vanloo para que encierre en ella á un hombre.

—Mirad, señora—dijo Daniel—, que el marqués de Marana es muy gran personaje, y como caballero del Toisón de Oro un dignatario del imperio, sobre el cual sólo puede ejercer dominio el emperador.

—Nada os importa eso: obedeced lo que os mando, y avisadme en el momento en que esté dispuesta la barca.

Daniel bajó la cabeza y se alejó.

Ludgarda se encaminó rápidamente á su aposento, entró en él sin causar el más leve ruido, y se acercó á su lecho, donde dormía profundamente don Juan.

A transmitir la mirada de Ludgarda, el calor del fuego que ardía en ella, don Juan hubiera despertado.

Pero el fuego de aquella mirada sólo quemaba el corazón de Ludgarda.

—¡Oh, qué hermoso es y qué terrible! ¿por qué desde que vi á este hombre en Colonia no he podido olvidarle? ¿por qué mi corazón tan insensible para todos ha sido tan débil y tan fácil para el amor que por don Juan me abrasa el alma? ¡Oh! ¡y está casado y la adora! ¿será más hermosa que yo? Lo sabré, lo sabré pronto, soy bastante rica para poder atreverme á todo; y, ó perezo, ó será mío don Juan. Y esta sortija...

Y Ludgarda puso su mano trémula sobre el estuche que tenía en su seno, y miró de una manera ansiosa la mano derecha de don Juan, que abandonada pendía fuera del lecho.

—No todavía no: dentro de una hora—exclamó.

Y se separó del lecho, entró en un camarín, puso en un armario las joyas que había traído consigo, menos la sortija negra, tomó un manto, llamó á Emma, la mandó que se cobijase para salir, y por otra puerta salió de sus habitaciones á la galería del patio principal del castillo.

Daniel venía ya á buscarla.

—He entregado—la dijo—, las llaves de la torre del Sol al capitán Vanloo, y la barca con cuatro remeros está ya dispuesta.

—Vamos, pues—dijo Ludgarda.

—Y adelantando seguido de Emma y de Daniel por la galería llegó á la escalera principal, la bajó, atravesó el gran ingreso del castillo y salió al campo, dirigiéndose á la orilla del río.

—Y entretanto, señora—dijo Daniel—¿qué se hace de los cuerpos de los dos burgraves?

—Avisad á los monjes de Jesús de la Penitencia—dijo de una manera impaciente Ludgarda—: que se los lleven y los velen en su abadía mientras se disponen los funerales.

Y llegando á la barca, que estaba atracada á un ribazo del río, dijo á los remeros:

—Bogad: yo os avisaré cuando hayáis de deteneros.

La barca se separó de la ribera para tomar el centro del río, contra su corriente.

—No hay que dudar de ello—dijo Daniel—: está loca, no siente la muerte de su padre ni la de su tío, á pesar de que le ha tenido por padre hasta ahora. ¡Oh, las mujeres! las mujeres cuando el diablo se las mete en el cuerpo, no hay que contar con ellas para nada: apostaría cualquier cosa á que la causa de su locura es el marqués de Marana: ¿y adónde irá? ¿quién sabe adónde va una mujer enamorada?

Y Daniel se volvió cabizbajo y pensativo al castillo.

VII

La barca siguió durante una hora por el río. Al fin, al llegar delante de una pequeña casa, apoyada en el muro ruinoso de una vieja torre rodeada de árboles, Ludgarda dijo á los remeros:

—Atracad á la orilla.

La barca dejó el centro del río, se acercó á la orilla y atracó.

Ludgarda saltó en tierra y se dirigió al edificio que hemos indicado.

Era una casa construída con las piedras de unos muros derruídos y cubierta por un techo de pizarras.

La constituían dos pisos; el bajo y el superior.

En el piso bajo tenía una puerta estrecha y alta, con hoja de roble, claveteada de hierro y con un fuerte y pesado llamador.

En el piso superior había tres ventanas rasgadas, cuyos vanos estaban cubiertos por pequeños vidrios verdosos, emplomados.

Esta casa se apoyaba en una torre de piedra, circular, desmochada, en cuyo muro se abrían algunas estrechas saeteras, y en cuya parte superior se veía una chimenea de hierro que arrojaba una espesa columna de humo denso y negro.

Los barqueros miraban con cierta prevención temerosa el humo, como si aquel humo, según ellos, hubiera provenido de un hornillo del diablo.

Ludgarda, por su parte, adelantó rápida y serena; llegó á la puerta, alzó el llamador y dió un solo golpe, que resonó seco y retumbante en el interior.

—¿Quién llama? dijo en el momento una voz seca, chillona, como viniendo de una profundidad.

—Abrid, padre Josías—contestó Ludgarda dando á su voz toda su extensión.

Algunos minutos después se oyeron tardos y pesados pasos detrás de la puerta, y se oyó muy cerca una voz acre y chillona, que dijo:

—¿Quién sois?

—La burgravesa Ludgarda de Van-Deosten.

Rechinaron inmediatamente no menos que tres cerrojos, y la puerta se abrió, apareciendo detrás de ella, á la entrada de un estrecho pasillo, un hombre viejo, encorvado, de semblante receloso y miserable, pobremente vestido, con un gorro amarillo en la cabeza y un balandrán ó saco de color y de tela indefinibles, sobre el traje interior.

—Mucho os guardáis, padre Josías—dijo Ludgarda.

—Todo es poco desde que anda por aquí ese maldito Vanloo con sus demonios: si todos tu-

viésemos como vos, hermosa señora, un fuerte castillo con foso y puente levadizo, no pasaríamos tanto miedo: esto no es vivir: cada noche que me acuesto temo ser asaltado por esos bandidos, porque en el país me creen rico, y esto no es verdad, no, á fe mía; no hay un hombre más pobre que yo en toda Alemania; pero pasad, señora, pasad, porque vendréis á algo.

Ludgarda pasó y el judío volvió á cerrar la puerta.

—Vengo—dijo Ludgarda—, á que me levantéis figura y me digáis mi horóscopo.

—Eso no puede ser en el momento, pero si venís mañana, la figura estará ya hecha y habré consultado las estrellas.

—Vendré mañana, pero no dejaré de aprovechar la visita que os hago.

—Pues bien, pasad, señora—dijo Josías, dirigiéndose á la entrada de unas escaleras.

Subieron, entraron en una habitación miserable, á la que correspondían las tres ventanas que se veían desde el exterior, habitación sucia, polvorienta, en que había una gran mesa cubierta de librotos en folio y de instrumentos de astrología.

Por el suelo se veían reparcidas fragmentos de crisoles rotos; algunas vasijas de vidrio junto á las paredes, llenas de líquidos de diversos colores; en tres estantes cerrados con alambreras, grandes volúmenes encuadernados en pergamino; en las paredes, sobre tablas, ampollas, frascos, botes de vidrio, arcilla y plomo; algunas sillas viejas, y en un ángulo un camastro, revuelto, pobre, sucio, inaceptable.

Allí olía mal: era aquel una especie de olor, mezcla de las emanaciones de las drogas, y de la suciedad, de la miseria.

—Miserable habéis nacido, Josías—dijo Ludgarda entrando con repugnancia en aquella habitación—, y miserable moriréis; un hombre tan rico como vos debía tener una casa mejor, más limpia, más bella y más cómoda.

—Rico, rico—exclamó Josías mirando recelosamente á Ludgarda—: ciertamente que yo sería muy rico si hubiera encontrado la piedra filosofal: en ese caso, señora, tendría yo un palacio tan bueno como el vuestro y viviría como un gran señor; pero lo poco que yo gano lo gasto en experimentos para encontrar la manera de hacer oro: estoy miserable, pobre y hambriento: ¿habéis visto la columna de humo que se levantaba de mi chimenea? pues bien: es que estoy quemando en el hornillo cabalístico unos polvos mágicos para evocar los espíritus y hablarles, por ver si encuentro uno tan sabio, tan bueno y tan amigo mío que quiera revelarme como se hace el oro.

—Gastándole menos para buscar lo que no se puede obtener: esto es, la creación del oro:

pero á mi me han dicho que habéis encontrado la manera de hacer oro con sangre, y que estáis muy rico.

—¡Ah!—exclamó Josías mirando con doble recelo á la joven—: yo no sé quien tiene interés en decir de mí esas mentiras.

—Tranquilizaos—dijo Ludgarda—: yo no vengo á pedir os dinero, sino á traer oslo.

—Entonces, os envía un ángel, señora, porque mis provisiones se van acabando; no me fían por mi pobreza; soy ya viejo, vivo fuera de la ciudad, viene poca gente á buscarme, y me había resignado á morir de hambre y de miseria dentro de algunos días.

—Yo os daré todo el oro que queráis si me servís bien, padre Josías.

—Veo que estáis mortalmente enamorada, señora—observó el judío.

—¿Y quién os lo ha dicho?—preguntó Ludgarda mirando profundamente á Josías.

—Vuestra palidez, vuestra inquietud, lo ardoroso de vuestro aliento, un no sé qué que encuentro en vuestra mirada, en vuestra actitud, y sobre todo, que una mujer no ofrece todo lo que la pidan por obtener lo que desea, si lo que desea no es el amor de un hombre.

—¿Creéis que se puede obligar á que nos ame á una persona que no estima en nada nuestro amor?—preguntó con ansiedad Ludgarda.

—Cuando una mujer es tan hermosa como vos, señora, la ciencia no tiene que poner mucho de su parte para obligar á un hombre á que ame á una deidad tal como vos.

—Menos lisonjas, padre Josías, menos lisonjas—dijo Ludgarda—, y más resultados positivos; yo amo y no soy amada: ¿podéis hacer vos que lo sea?

—¿Qué edad tiene el hombre á quien amáis?

—De treinta y cuatro á treinta y cinco años.

—Malo, malísimo; á esa edad el hombre tiene el corazón desnaturalizado, viciado, y la cabeza llena de desengaños; á esa edad el hombre no ama ya: codicia, obtiene, y cuando ha obtenido se cansa con facilidad, porque encuentra siempre la misma mujer que tanto conoce, que ya no tiene sobre él otro prestigio que el de la novedad, que pasa muy pronto: no améis á los hombres duros, noble burgravesa, y mucho menos si estos hombres han sido dados al amor y á los galanteos, porque en fuerza de conocer á la mujer habrán llegado á desconocerla, y no podrán estimar bien un tesoro tal como vos: amad á los niños que empiezan á vivir, que aun no conocen el mundo, y para los cuales la mujer es un misterio encantador: así lograréis ser amada algún tiempo más.

—Y decidme, padre Josías, ¿el amor depende de la voluntad?

—En primer lugar, señora, que yo no sé lo que es amor, ni creo que lo sabe nadie; conozco el deseo, el empeño, la vanidad, la fascinación, el dominio de un ser sobre otro, la

influencia de la materia hermosa sobre los sentidos exacerbados; pero el amor sublime, el amor del cielo, yo no lo he visto más que soñado por los poetas, y creído por los locos y por los imbeciles; vos no amáis; queréis, y esto es todo; equivocáis el empeño de la voluntad y las emociones de la materia con el amor del alma; estoy seguro de ello.

—Os engañáis; he llegado á mis treinta años sin que me conmoviese el amor, y le he sentido de repente, inmenso, incontrastable, en el mismo punto en que he conocido á don Juan.

—¡Ah! se llama Juan—dijo el padre Josías.

—¿Y qué os extraña eso?

—Juan es un nombre cabalístico, que tanto causa una gran desventura ó una gran felicidad en quien le tiene; y decidme, ¿ese hombre, es del Norte ó del Mediodía?

—Es español.

—Malo; esos Juanes medio africanos son terribles; os aconsejo que procuréis olvidaros de ese don Juan.

—O muero ó triunfo, padre Josías; ese hombre que no me ama, ama con toda su alma á otra, y es necesario que deje de amarla.

—¿Y dónde está esa otra?

—En Gante.

—¿Es flamenca?

—No; española.

—¿Qué edad tiene?

—Diez y seis años.

—¡Ah! ved ahí el mal; los hombres de treinta y cinco años cansados de la vida, se enamoran de la juventud de la mujer, como si quisieran rejuvenecerse con ella, y difícilmente aman á la mujer que tiene su misma edad; pero veamos, ¿dónde está ese Juan que os enamora?

—En mi poder, padre Josías; encerrado en mi castillo, del cual no puede salir.

—¡Ah! pues eso es distinto; ese hombre no puede comer más que lo que en vuestro castillo se condimenta; ¿no es esto?

—Sí.

—¿Podéis hacer os ver de él cuando queráis?

—Sí.

—¡Bah! pues entonces, ese hombre os amaré ó será lo mismo que si os amara; vos lo creeréis.

—Voy á mostraros una sortija mágica que he encontrado entre las joyas de mi familia—dijo Ludgarda sacando de su seno el estuche, abriéndole y mostrando al padre Josías la sortija negra.

—¡Ah! ¡hermosa alhaja!—dijo el judío tomando con amor la joya—; y qué oriente tan hermoso tiene esta perla negra.

—Dicen que esa sortija la construyó el diablo, á instancias de mi abuelo el emperador Roberto el Diablo, ha más de trescientos años.

—Pues es muy posible que haya perdido su virtud—dijo profundamente el judío, examinando de una manera cuidadosa la sortija.

—¿Conocéis esa sortija?—le preguntó Ludgarda.

—No—dijo Josías—; esta no; no recuerdo haberla tenido nunca en la mano hasta ahora; pero sé cómo estas maravillosas sortijas se fabrican; esto, hablando francamente, señora, esto es la obra del diablo, sino la obra de un hombre; mirad bien por dentro de la sortija; debajo del engaste de la perla hay una pequeña abertura circular, por la que asoma de una manera casi imperceptible una pequeña punta que tiene un orificio que no puede verse á la simple vista; cuando esta sortija viene ajustada á (un dedo, esta pequeña punta, que apenas incomoda, está en contacto continuo con la piel que oprime; el calor, el sudor de la mano reblandece una materia venenosa de que está llena la perla, que ha sido ahuecada para este objeto.

—¿Y ese tósigo mata?—dijo palideciendo Ludgarda.

—No; su dosis no es bastante para causar la muerte; el tósigo sólo se transmite en un átomo, pero por un átomo continuo, y por medio de la transpiración, á la sangre del que tiene puesta la sortija.

—¿Y qué efectos causa ese tósigo transmitido por esa sortija?

—Una gran languidez de cuerpo y de alma; la enervación de la voluntad; una gran propensión á todo lo que afecta inmediatamente los sentidos: se comprende que un hombre que tenga puesta esta sortija, y os vea continuamente, se sienta atraído por vos, dominado, embriagado: las enfermedades del cuerpo se hacen sentir en el alma, como las enfermedades del alma, se hacen sentir en el cuerpo; el hombre es sangre, noble burgavesa; alterad su sangre y habréis alterado su alma; alterad su alma y habréis alterado su sangre; esta sortija es terrible y de gran precio; el que envenena una sortija tal, pide mucho, porque vende la locura de un hombre.

—¿Y por qué me habéis dicho que puede ser que esta sortija sea ya inofensiva?

—Porque toda sustancia se altera con el tiempo, y según habéis dicho, esta sortija fué construida y preparada hace trescientos años; la sustancia que en estas sortijas se pone es vegetal, obtenida de la hoja del laurel, y es muy sensible al aire que la altera y la hace perder sus cualidades; la composición de esta materia, es un secreto que sólo conocemos los médicos hebreos, y que guardamos cuidadosamente; dada la construcción de esta sortija, cuando más, sólo durante seis meses puede contarse con la actividad de la sustancia que llena el hueco de la perla, y que sólo sale en átomos por un imperceptible orificio; si necesitáis usar de esta sortija, es preciso que esperéis á lo menos ocho días que son necesarios para prepararla de nuevo.

—¿Decís que después de seis meses de prepa-

rada esta sortija pierde toda su acción el tósigo que contiene?

—Seis meses ó un año á lo más, y esto último, en el caso en que la sortija haya sido puesta en un dedo en el momento de ser preparada, y según la mayor ó menor presión que determine sobre el dedo.

—Yo me he probado esta sortija hace una hora en mi dedo pulgar, y he sentido instantáneamente un leve frío, que ha corrido con una espantosa rapidez á lo largo de mis venas.

—¿Y habéis tenido mucho tiempo puesta la sortija?

—Un solo instante.

—¡Ah, bien! veamos.

—Y el médico judío se puso la sortija.

—¡Ah, sí!—dijo quitandosela instantáneamente—; esta sortija ha sido preparada hace muy pocos días.

—¿Y no habéis sido vos?

—No; debe haber sido mi pariente Josué, el de Colonia; no conozco en muchas leguas á la redonda otro médico hebreo que pueda haber hecho esta preparación; caro, muy caro debe haber costado.

Ludgarda no respondió; había inclinado pensativa la cabeza.

El difunto Miguel de Van-Deosten era el único que, conociendo la cualidad mágica que se atribuía á aquella sortija, la hubiere llevado al médico Josué, que pasaba también por un grande hechicero.

El objeto era fácil de adivinar.

Se había pretendido sin duda que el barón de Beaufort, después de su boda con Ludgarda, para dominarla, para sujetarla á su voluntad, se valiera de aquella sortija.

El secreto de las intenciones para lo sucesivo de aquellos dos infames, había entrado con ella en la región de la muerte.

—¿Decidme, padre Josías—dijo Ludgarda con interés—; el uso continuo de esa sortija puede producir la muerte?

—Sí, si se continúa mucho el contacto con el tósigo; pero la muerte sobrevendrá de una manera lenta, insensible, durante algunos años, cuyo transcurso era necesario para la completa alteración de la sangre.

—¿Cuántos años, padre Josías?

—Seis, ocho, diez, doce á lo más.

—¿Y me amará durante ese tiempo?

—No os amará, pero vos le creeréis; de la misma manera amará á otra cualquiera mujer, á la más zafia que tuviese á su lado; pero mucho más á vos que sois hermosa como un arcángel.

Y decidme, padre Josías, ¿si sólo durante poco

tiempo tiene puesta don Juan esta sortija, qué sucederá?

—Conservará más energía y morirá más tarde.

—¿Cuántos días podrán determinar lo incurable de la enfermedad que contraiga?

—Con que pasen por él la creciente y la menguante de una luna, el mal no tendrá remedio, pero vivirá algunos años más; quince, veinte; la más leve alteración de la sangre, si no se hace desaparecer, es un principio mortal; la sangre no circula como debe, la vida no es todo lo fácil que debe ser; la armonía del organismo humano está alterada, se resienten de una manera lenta los órganos, se debilitan, producen una multitud de enfermedades, oscuras que extravían y vuelven loco al médico que no acierta con la causa, que no la ve; y cuando no se acomete la causa, cuando no se la destruye, no pueden destruirse los efectos; y nadie, nadie más que Josué ó yo, puede curar la enfermedad que haya causado el uso de esta sortija.

—¿Pero puede curarse?

—Sí; no hay sustancia en la naturaleza que no tenga otra sustancia enemiga, que con su acción no la descomponga destruyendo sus efectos.

—Pues bien, á muerte ó á vida—dijo Ludgarda—; diez años de felicidad, seis, uno, un día, valen el remordimiento de toda la vida; dadme mi sortija, padre Josías; dentro de una hora uno de mis escuderos os traerá mil florines de oro.

—¡Oh! ¡Dios os bendiga, señora! vuestra generosidad me obliga á servirlos mejor; con el escudero os enviaré una cajita de plomo muy cerrada y muy envuelta en papel negro, dentro de la cual encontraréis unos polvos; en el vino que hayáis de beber vos y el hombre á quien amáis, poned cada tres días, durante un mes, la cantidad de polvos que cojáis entre los dedos.

—¿Y esos polvos matan también?

—No; producen una inflamación pasajera de la sangre; tanto os amaréis, señora, durante un mes, habréis contraído la costumbre de amaros de una manera invencible; entonces quitad á vuestro amado la sortija, y... vamos, quiero ser para vos completamente bueno: dentro de un mes os enviaré una medicina y el modo de usarla, y ese don Juan no morirá ni á la corta ni á la larga por efecto del veneno que la sortija contiene, sino cuando Dios fuere servido.

—¡Oh, gracias! padre Josías; no serán ya mil florines los que os envíe, sino diez mil.

—Que Dios os bendiga un millón de veces—dijo Josías, en cuyos ojillos grises brillaba el contento de la avaricia.

—Vamos—dijo Ludgarda.

Y se dirigió á la salida.

—Adiós, padre Josías—dijo Ludgarda, cuando el judío hubo abierto la puerta.

—Que todos los arcángeles del séptimo cielo vayan con Dios, noble burgravesa.

Josías no cerró la puerta hasta que Ludgarda entró en la barca y se separó de la ribera, y se dejó llevar por la corriente hacia el castillo de Van-Deosten.

VIII

Cuando Ludgarda entró en su aposento, con Juan dormía profundamente.

Era el semblante de don Juan uno de esos que no pueden mirar sin conmoción una mujer.

Don Juan, abandonado á su sueño, estaba más hermoso que nunca.

El cansancio, el cuidado por su amor ausente, el ensueño que se reflejaba en la expresión de su semblante, le hacían parecer infinitamente más hermoso.

Ludgarda cogió tímidamente, con gran cuidado, la mano izquierda de don Juan, y puso en su dedo del corazón la sortija; la terrible sortija que había pasado de abuela en abuela hasta Ludgarda, desde Hermesinda, princesa de Dinamarca, víctima del emperador Roberto el Diabolo.

Parecía que aquella negra sortija había sido construida expreso para el dedo de don Juan.

Tan rendido estaba don Juan, tan dominado por su ensueño, que no despertó al ponerle Ludgarda la sortija.

Esta contempló un instante, conmovida, á don Juan, y luego, de una manera silenciosa, dejó la cámara, saliendo de ella por una puerta, tras cuyo tapiz desapareció.

Penetremos en el alma de don Juan.

Soñaba que le arrebatava á Estrella un enemigo que en vano se esforzaba por conocer.

Quería evitar que Estrella fuese arrebatada y no podía.

Aquel espectro, aquel fantasma, aquel enemigo desconocido, se alejaba con Estrella.

Se perdía, se desvanecía.

¿No habéis soñado alguna vez, de una manera incomprensible, con seres monstruosos, extraños, que ninguna relación tienen con los seres de la vida real, que parecen pertenecer á otro orden de cosas y de relaciones? He aquí lo que acontecía en su sueño á don Juan.

Era un caos obscuro, revuelto en que sólo quedaba una idea distinta: la de la pérdida de Estrella.

El espíritu de don Juan se lanzaba tras de aquella idea: arrojaba peligros imaginarios; seguía, seguía, y sentía á Estrella, cada vez más lejos, cada vez más perdida.

Quería continuar y no podía.
Se sentía débil, enervado, dominado por un cansancio invencible.

Se irritaba, y ni aun fuerzas para irritarse tenía.

Aquello era un marasmo, una pesadilla insoportable.

De improviso sintió frío; un frío leve, sutil, que penetraba hasta la medula de sus huesos, que le enlanguidecía, que destruía por completo su voluntad, que le enloquecía en una atmósfera de molicie, que le hacía sentir un placer, un bienestar penosos, un adormecimiento de vo-

en derredor de su garganta, cayendo sobre su seno.

En sus brazos, casi desnudos, y de una forma admirable, brazaletes de diamantes.

Sobre su cuerpo, una ancha túnica de brocado de oro en verde, muy descotada, ceñida en la cintura por un cíngulo de diamantes, y en la mano derecha una ancha copa de oro; la misma copita hereditaria que Humberta había entregado á Ludovico de Van-Deosten la noche en que le conoció.

Aquella copa estaba llena de vino hasta los bordes.



Don Juan se tendió en una estocada baja (pág. 17.)

luptuosidad, un cambio completo, en fin, de su ser.

Lentamente aquel frío fué creciendo, y creciendo con él el extraño estado en que había caído don Juan, hasta que al fin despertó.

O era de noche, ó la gran ventana de la cámara, cerrada, establecía la débil claridad que había en la cámara, proveniente de una lámpara que estaba sobre una mesa.

Al lado del lecho de don Juan había una figura maravillosa, una mujer magnífica.

En su cabeza, sobre sus largas y anchas trenzas de su peinado, se veía una diadema de diamantes; un collar de perlas en anchas vueltas

La magnífica mujer que había encontrado junto á sí don Juan al despertar, era la burgravese Ludgarda de Van-Deosten.

Se había vestido el traje de boda que se la había preparado para su casamiento con el barón de Beaufort, y se había adornado con las ricas joyas que había traído del subterráneo.

Estaba deslumbrante, hermosísima, encendida de amor y de ansiedad, fijando en don Juan una mirada intensa, luciente, enamorada.

—Esperaba que despertáseis, señor mío—dijo Ludgarda—, para ofreceros lo que no he podido ofreceros hasta ahora; paz y bienvenida

en la copa hereditaria de mi familia, antes de que os alejéis de aquí, acaso para no volver.

Don Juan asió una mano de Ludgarda, y se apoyó en ella para levantarse, como hubiera podido hacer un enfermo.

Una vez de pie, don Juan adelantó, asido de la mano de Ludgarda, con un indolente cansancio.

La joven comprendió con placer que no la había engañado Josías, puesto que la sortija que que tenía en su dedo don Juan, producía un efecto visible.

En el vino que llenaba la copa que Ludgarda tenía en la mano, había una pequeña parte de unos polvos amarillos que había enviado á Ludgarda, el médico Josías.

Ludgarda esperaba que al beber don Juan la mitad de aquel vino, y el resto de ella, estaría llevado á cabo el encantamiento que debía dar por resuelto el que la adorase don Juan.

Apoyado en la mano de Ludgarda, don Juan, llegó á una especie de diván formado por almohadones de seda carmesí, que había en uno de los lados de la cámara.

Don Juan se dejó caer indolentemente sobre los almohadones.

—Bebed, señor mío, por vuestra felicidad y por la mía—dijo Ludgarda, presentando la copa á don Juan y sentándose lánguidamente á sus pies.

Don Juan miró con delicia á Ludgarda, como si fuera la primera vez que viese á una mujer tan poderosamente hermosa.

—Tengo frío—dijo con acento débil y cansado.

Ludgarda se estremeció.

Le pareció que la sortija había causado demasiado efecto y demasiado pronto en don Juan.

Temió que se hubiese equivocado el padre Josías, y que don Juan estuviese envenenado de una manera mortal.

Temió que el vino que contenía la copa precipitase la muerte de don Juan, y arrojó de sí la copa, asió la mano en que don Juan tenía la sortija, y se la arrancó.

Don Juan dió un ligero grito.

—Suceda lo que quiera—dijo Ludgarda—; que se vaya; que me deje desesperada; pero su vida ante todo.

Y levantándose rápidamente, se acercó á la lámpara, y puso á su llama la perla negra de la sortija.

Instantáneamente la llama prendió en la perla, y un humo azul, espeso, de olor acre, punzante, terrible, se levantó de ella.

Ludgarda dió un grito y se llevó la mano sobre el corazón.

Había sentido un frío agudo, insostenible, al aspirar el fuerte olor que se había desprendido de la perla quemada.

Luego, vacilante, se acercó al diván y se dejó caer en él.

—¡Ah! tal vez—dijo—, me he asesinado yo al querer destruir lo que podría matarte, don Juan; pero que muera á lo menos sintiendo la alegría, la felicidad de tu amor: no te vayas, don Juan, no me abandones: yo te amo desde que te vi; yo no he amado á nadie; tu amor se ha apoderado de mi alma entera; pero no me digas, por Dios, que no me amas, que amas á otra; no me lo repitas, porque moriría desesperada.

—Este es un sueño—dijo don Juan—, un sueño delicioso; quiero recordar por qué estoy aquí, y no puedo: ¿quién eres, oh, tú, la más hermosa de las vírgenes que ha soñado mi deseo? una fuerza misteriosa me arrastra hacia tí: me parece que mi vida está en tu vida, mi alma en tu alma.

—¡Oh! yo muero de felicidad—dijo Ludgarda—: ¿no quieres separarte de mí, señor?

—No; á ti me une una fuerza irresistible: ¿dónde encontraría yo una que fuese tan hermosa como tú; que me amase como tú?

—¡Oh! mi vida empieza—dijo Ludgarda—; yo no sabía lo que era la vida del amor, ni que sólo por el amor se vive en la felicidad: tú permanecerás á mi lado, ¿no es verdad?

—Sí, siempre á tu lado.

—¿Tú me amarás siempre?

—¡Oh, sí, siempre! tú eres mi vida; yo no podría vivir sin tu amor.

—¿No te acuerdas de ninguna otra mujer, don Juan?

—Sí, me acuerdo de todo; pero nada me importa á tu lado.

—¿Nada?

—Nada.

—¿No te acuerdas de Estrella?—dijo con la voz trémula Ludgarda, porque creía cometer una imprudencia al despertar aquel recuerdo en el alma de don Juan.

—Sí, pero como en un sueño; mi corazón no late por ella, yo te lo aseguro; no tengas celos; ella no me pertenece: es mi esposa, pero tan extraña para mí como hasta ahora lo eres tú; sin duda ella no me ama; adivina que yo he matado á su padre, y tal vez ha pretendido vengarse de mí por medio del amor.

—¿Qué has matado tú al padre de tu esposa!—dijo Ludgarda, en cuyos ojos apareció un relámpago sombrío.

—Sí—dijo don Juan—, su padre sin conocerme se atrevió á insultarme; me cruzó la cara con un látigo, y yo le maté.

—¿Cuándo?

—Hace dos años era yo novicio en el monasterio de San Jerónimo de Yuste; al día siguiente debía profesar; pero maté al capitán Fernán Pérez, al padre de Estrella, y abandoné el convento; volví al mundo, entré en él de nuevo por una puerta de sangre.

—¡Ah!—exclamó con una espantosa alegría Ludgarda—, ¡tú mataste al padre de tu esposa!

—Sí; y si resucitase le volvería á matar, porque me afrentó.

—¿Y lo sabe Estrella?

—No lo sé.

—¿Se lo has revelado tú?

—No.

—Se lo revelaré yo—dijo para sí Ludgarda.

—¡Oh, qué pálida estás, amor mío!—dijo don Juan olvidándose de lo que acababa de hablar y mirando con ansia á Ludgarda—; qué pálida estás y qué hermosa con tu palidez.

—Y tú, tú también, don Juan—dijo Ludgarda—, tus ojos parecen más negros, más ardientes, y tu frente resplandece: ¡oh y cuánto te amo!

—¿No nos separaremos nunca? — dijo don Juan.

—No: nunca, si tú no me abandonas.

—Yo no puedo abandonarte: un poder supremo y dulce para mí me retiene á tu lado.

—¿Y por qué no ser mi esposa? — dijo de una manera terriblemente ansiosa é incitante Ludgarda.

—¡Tu esposo! ¿y Estrella?

Don Juan pronunció con mucho más calor que antes el nombre de su esposa.

Ludgarda se aterró, y se arrepintió tarde, de haber quitado tan pronto la sortija del dedo de don Juan.

Sólo la había tenido puesta durante una hora.

—Libreme Dios — dijo Ludgarda — de desear la muerte de tu esposa; pero sin que muera puedes unirte á mí.

—¿Y cómo? — preguntó sencillamente don Juan.

—Entre los católicos el matrimonio es indisoluble, porque es un sacramento; pero no lo es entre los luteranos.

—¿Eres tú luterana? — dijo don Juan incorporándose con energía y aumentando con su acento y con la expresión de su mirada el terror de Ludgarda, que veía que se reanimaba rápidamente el espíritu de don Juan.

—No—dijo—; yo soy católica, bautizada en la iglesia de Santa Eduvigis de Colonia; pero mi religión es mi amor; eres casado, te adoro; por ante el catolicismo no puedo ser tu esposa, pero si me convierto al luteranismo puedo serlo: si tú me amases como yo te amo, te harías protestante.

—Jamás—dijo don Juan—, jamás mancharé mi honor con tal infamia; el que reniega del Dios de sus padres es un miserable, y don Juan Tenorio ha nacido para ser terrible, pero para ser miserable no.

—Entonces, pues, ¿para qué nos amamos? ¿qué amor es el tuyo, que retrocede ante los sacrificios? ¿qué, el Dios de Lutero, no es el Dios de los cristianos? ¿ha protestado acaso Lutero del evangelio? no: ha protestado de Roma, del Papa, ¿y el Papa es Dios?

—No: el Papa... no hablemos más de esto: no te conviertas en mi enemiga; no me obligues á que me separe de ti.

—¡Ah! no; no es tu sumisión á Roma lo que te obliga á negarte á seguir la protesta: todos los grandes príncipes de Alemania han abrazado la Reforma, y eran por lo menos, tan leales, tan nobles y tan caballeros como tú; no, no, es que amas á tu esposa; es que en mí sólo ves una mujer que te agrada, de la que quieres hacer tu juguete un día: es que no has comprendido cuánto te amo yo, cuánto soy capaz de hacer por mi amor.

—Yo te amo de una manera terrible — dijo don Juan—, yo creo que este frío que corre por mis venas, que me enlanguidece, que me debilita, que me obliga á buscar en ti la vida que parece va á escapárseme, es tu amor que se ha infiltrado en todo mi ser; pero no me pidas lo que yo no puedo darte; no me pidas la mancha de mi honor, y no te digo la pérdida de mi alma porque creo que la tengo perdida; no: es el temor de Dios el que me obliga á mantener puro mi nombre de católico: hace mucho tiempo que Dios ha apartado de mí sus ojos, que me ha maldecido: yo creo que he nacido maldito; no, no es Dios la razón que me impide seguir á Lutero, es mi honra; religión por religión, bien me estoy dentro de la religión de mis padres: olvidemos eso: ¿quieres que permanezca á tu lado? permaneceré embriagándome en tu amor; estoy cansado de la vida; necesito reposo; tú me arrastras hacia ti, no sé por qué, ¿qué importa que no seas mi esposa?

—¡Ah! tú, que te obstinas en guardar tu honra, ¿quieres que yo manche la mía? ¿quieres que yo sacrifique mi pureza á tu vanidad? ¿quieres que yo lo sacrifique todo, en tanto que tú nada sacrificas? ¡ah! no, don Juan, no: yo no seré tuya mientras tú no seas mi esposo: la burgravesa de Van-Deosten, la que llaman en Alemania Ludgarda la sin par, no se envilecerá hasta el punto de ser la amante de nadie. Adiós.

Don Juan quiso detenerla, pero apenas pudo alzarse de los ahumados, y Ludgarda salió aturdida, enferma, desesperada.

Sentía la misma languidez, el mismo frío, que enervaban á don Juan. Su paso era vacilante é incierto.

Llegó al fin, por otra puerta, á una de sus habitaciones interiores, donde estaban sus dos doncellas.

IX

Era el principio de la noche.

Ludgarda mandó á Dolores llamase á su mayordomo Daniel, y entretanto, Emma la desnudó y la metió en el lecho.

Estaba verdaderamente enferma y aterrada.

De una parte la irritaba la resistencia de don Juan, y de otra, temía haberse envenenado con la emanación acre y dañina que se había desprendido de la sortija al quemarse la perla.

Daniel entró al fin.

—¿Qué tienes que decirme? — le preguntó Ludgarda.

—Los cadáveres de los dos burgraves—contestó Daniel—han sido decorosamente conducidos á la abadía de Jesús de la Penitencia.

—Bien, bien, ¿y qué más?

—Un escudero ha ido á dar cuenta al lugarteniente del imperio de la muerte de los dos burgraves.

—Bien: ¿y qué más?

—¿Qué más? ¡ah! sí: se han llevado diez mil florines al médico Josías.

—¿Y nada más?

—El criado del marqués de Marana ha sido encerrado á viva fuerza, en la torre Encarnada.

—¿Y el capitán Vanloo?

—Me ha dicho que con su gente le habéis tomado á vuestro servicio, y le he acomodado, con los suyos, en el castillo.

—¿Y nada más?

—Nada más, señora.

—Pues bien: id vos mismo, con dos escuderos y un caballo sin jinete, en casa del padre Josías, traedle con vos, aunque sea necesario ofrecerle un tesoro para que deje de noche su casa; estoy muy enferma, Daniel.

—¡Oh! sí; estáis pálida como una desenterrada, señora; lleváis muchas horas sin descanso, sin alimento, y el día ha sido terrible para vos.

—Id, id por el padre Josías, Daniel, y antes de salir enviadme al capitán Vanloo; decidle que quiero hablarle.

Daniel salió.

Algunos minutos después entraba en el aposento donde se encontraba Ludgarda, el capitán Vanloo.

—Déjanos solos, Emma—dijo Ludgarda.

La doncella salió.

—Sentaos vos junto á mí; tenemos que hablar bajo — añadió Ludgarda.—, acercad un sillón y sentaos.

El capitán Vanloo, lleno de curiosidad, tomó

un sillón y se sentó al lado del lecho de Ludgarda.

—Os habéis comprometido á servirme en todo lo que os mande—observó la joven.

—Mandad, pues, señora.

—Decidme: ¿habéis conocido vos, antes de hoy, al marqués de Marana?

—Le conocía de nombre, pero nunca le había tratado.

—De modo que vos no conocéis á su esposa.

—No señora.

—La marquesa está en Gante: ¿tendríais vos en Gante alguna persona de confianza que pudiese robar y hacer desaparecer á la marquesa de Marana?

—Conozco á los tres gigantes Stoplen, hijos adoptivos de la ciudad de Gante.

—Y ¿qué son esos señores?

—Los estudiantes más terribles de la universidad.

—¿Estudiantes? ¿qué edad tienen?

—Juan tiene veinticinco años; Franz veintitrés; Guillermo veintiuno.

—¿Y son valientes?

—Como fieras.

—¿Serían capaces de robar á la marquesa de Marana?

—Si se les estimula la vanidad serán capaces de robar al arzobispo de su palacio.

—La marquesa de Marana debe estar bien guardada.

—No importa: los tres hermanos son la piel del diablo, y si se empeñan en robar á esa señora, la robarán aunque esté guardada con siete cerrojos.

—¿Cuánto hay desde aquí á Gante?

—Algunos días de camino.

—Pues bien, capitán Vanloo: yo os daré tanto dinero como pueda llevar sobre sí en maletas vuestro caballo y el del escudero que os acompañe.

—¿Queréis, pues, que sea yo quien vaya á ese negocio?

—De todo punto.

—¿Cuándo he de marchar, señora?

—En el momento en que Daniel vuelva y os dé el dinero que necesitáis para llenar con oro la vanidad de esos gigantes.

—Tal están de empeñados, porque no hay dinero que les baste, que serán capaces de hacer todo lo que se les mande por un puñado de oro.

—Pues bien, nada más tenemos que hablar: desde el momento en que Daniel os entregue una fuerte cantidad de dinero, marcharéis á Gante, y haréis de modo que cuando volváis podáis decirme: La marquesa de Marana ha desaparecido.

—Y ¿quién se quedará mandando mi gente?

—Yo.

—No pudieran tener mejor capitán: conquese he de partir en el momento en que se me entregue el dinero.

—Sí: adiós, pues, id en paz; necesito reposar.

—Quedad con Dios, señora, y hasta dentro de quince días.

Vanloo salió.

Ludgarda esperó con ansiedad á que viniese Daniel trayendo consigo al médico Josías.

Pasaron una, dos, tres horas.

Durante ellas el malestar y el terror de Ludgarda fueron creciendo.

Le parecía que en vez de sangre tenía hielo en las venas.

Y á cada momento crecía más aquella languidez voluptuosa que la arrastraba hacia don Juan.

Ludgarda se embriagaba más y más en el amor de Tenorio, y sólo temía morir por aquel amor.

Al fin, y cuando la impaciencia de Ludgarda era ya irresistible, sonaron pasos, y entraron en la cámara, Daniel llevando en pos suyo al hebreo.

El judío miraba con envidia el lujo de la magnífica cámara en que se encontraba, y adelantaba receloso, como temiendo que le echasen para evitar el fuerte contraste de su miseria con aquel esplendor.

Ludgarda hizo salir á Daniel y se quedó sola con Josías.

—¿Por qué habéis tardado tanto?—dijo—, habiendo ido Daniel á caballo y habiendo llevado otro para vos, habéis debido estar aquí mucho antes.

Cuando llegó vuestro mayordomo, noble burgravesa, estaba yo consultando las estrellas para encontrar vuestro horóscopo.

—¿Y qué os han dicho las estrellas?

—Las estrellas nunca hablan claro, señora; siempre queda una duda: si el hombre pudiese leer claramente su porvenir en los astros, sería semejante á un Dios.

—Siempre queda á los astrólogos el medio de engañar á los que se valen de ellos, porque nadie ha de ir á preguntar á las estrellas si el astrólogo ha dicho ó no la verdad.

—Pues mirad, noble burgravesa; voy á ser con vos sincero y leal: lo que acerca de vos he podido leer en las estrellas es funesto, muy funesto.

—¡Oh! decid — exclamó Ludgarda incorporándose.

—Una estrella enemiga domina vuestra estrella, luciendo con un fulgor siniestro: os amenaza una gran desgracia, una muerte próxima: ignoro si del cuerpo ó si del alma: es decir, si será el aniquilamiento de vuestra existencia ó la destrucción de vuestra alma.

—¡Oh! ¡tal vez las dos cosas á la par!—

dijo Ludgarda—: temo haberme envenenado, padre Josías; temo que toda vuestra ciencia sea inútil.

—Veo en vos señales indudables de que habéis usado de la funesta sortija.

—¡Oh! ha empalidecido don Juan de tal manera en sólo una hora que ha tenido puesta la sortija, que sentí terror por él: se la arranqué del dedo, y para no poder usar de ella de nuevo, me propuse destruirla; para ello me acerqué á la lámpara y apliqué á su llama la perla, que al quemarse dejó salir un humo azul, espeso, de un olor punzante.

—¡Ah! habéis podido morir en el momento como herida por un rayo.

—Pero ¿aun es tiempo, Josías? ¿aun es tiempo?

—No puedo deciroslo ahora; necesito volver á mi casa, pasar toda la noche haciendo la medicina; mañana volveré; dentro de tres días os diré si tenéis ó no vida.

—Y ¿no corremos el peligro de que cuando vengaís mañana me encontréis muerta?

—¡Ah! no: de no morir en el acto, la muerte debe tardar por lo menos un año; pasaréis primero, si no puedo curaros, con una locura que empezará lentamente, que crecerá hasta convertirse en un delirio, y moriréis al fin de enlangudecimiento.

—Pero ¿creéis que no pueda evitarse?—dijo con terror Ludgarda.

—Apuraré con vos toda mi ciencia, y haré tanto, que si yo no os salvo, sólo Dios pudiera salvaros.

—¿Y don Juan? ¿estará don Juan en el mismo estado que yo?

—¿Quién sabe, señora?

—Pues id, id; no perdáis tiempo, para que podáis volver cuanto antes.

Josías salió murmurando:

—Dentro de un año no necesitarás de los auxilios de la ciencia: la ciencia será inútil: Dios, el sabio, el justo, el inexorable, quiere que el que maneja el arma se encuentre herido con la misma arma con que ha herido á los otros; pero yo entretendré tu esperanza y la convertiré en oro para mí; ¿de qué serviría la ciencia si no se pudiese hacer oro con ella, engañando á los ignorantes? ¿qué sería de los médicos?

Josías fué conducido otra vez á su casa por dos escuderos del castillo.

Dolores, oculta tras el tapiz de una puerta, había oído todo lo que habían hablado su señora y el médico judío.

—¡Ah!—exclamó—¿conque han envenenado al marqués de Marana y ese infame de Josías puede salvarle? Pues bien, le salvará; es necesario que el marqués recobre sus fuerzas, que se liberte de mi señora para que pueda librar á Gabilán.

Por lo que se ve, que el amor de Dolores por el lacayo de don Juan venia á ser la providencia de éste.

X

Ocho días después, al obscurecer, un mendigo entró en la hostería de la «Rosa Blanca», en Gante, y se dirigió á una mesa en donde bebiendo cerveza y charlando de la manera más libre del mundo, había algunos estudiantes.

Guillermina, puesta en fuga por la charla grosera é inexcusable de los estudiantes, se había metido en su aposento.

El resto del salón bajo estaba lleno de buenos menestrales flamencos, que bebían cerveza y hablaban tranquilamente de sus negocios, sin cuidarse de la conversación procaz de los escolares.

Entre éstos se encontraban los tres gigantes Juan, Guillermo y Franz Stoplen.

Franz, irritado por el desdén de Guillermina, llevaba á sus hermanos y á sus compañeros á alborotar la hostería, logrando únicamente por este medio, que la púdica Guillermina desapareciese.

El mendigo se acercó, sombrero en mano, á la mesa de los estudiantes y fijó una mirada profunda en Franz.

La mirada de éste se volvió como atraída por la del mendigo, y le vió.

—¡Eh! ¿qué diablos querrá este bribón aquí?— dijo con impaciencia.

—Necesitaba decirlos dos palabras al oído, señor Franz—dijo tranquilamente el mendigo.

Franz se levantó y se fué al centro del salón con el mendigo.

—¿Qué ocurre? — le preguntó.

—Nada, mi señor, poca cosa; el capitán Vanloo está fuera de la puerta del Norte escondido entre los abetos; porque ya sabéis que el capitán Vanloo no tiene licencia de los burgo-maestros para entrar en Gante: podían tomarlo estos buenos señores por una licencia imperdonable y meterle en la cárcel.

—¿Y qué quiere Vanloo? ¿dinero? no le tenemos: puede echar el guante por otra parte.

—Al contrario, mi señor—dijo el mendigo—, el capitán Vanloo me ha dicho que trae para vosotros algunos centenares de buenos florines de oro de Alemania.

—Pues nadie lo hubiera creído; cuando tan generoso anda Vanloo, algo grande necesita de nosotros.

—El dice que os interesa mucho el ir á verle al momento.

—Pues bien; vete y espéranos en el pórtico de

la catedral, para que nos veas adonde está Vanloo.

El mendigo se alejó.

Franz volvió á la mesa donde estaban sus hermanos y otros estudiantes, y dijo á los primeros:

—De punta, Guillermo y Juan, hacemos falta y una falta muy grave en donde yo me sé; andando, pues, y ya que os quedáis vosotros, pagad como de costumbre el gasto que se ha hecho hasta ahora; ó no lo paguéis, como os venga mejor.

—¿Y no podemos ir nosotros también?—dijo uno de los estudiantes viendo que Juan y Guillermo se levantaban.

—No señor—dijo Franz—; se trata de un misterio para el que se cuenta con nosotros tres; misterio que yo mismo no conozco; se prohíbe, pues, que se nos espíe y se pretenda averiguar adonde vamos, so pena de un negro lance de espada prieta; en marcha, hermanos, en marcha, que nos están esperando; quedad con Dios, compañeros.

Los tres hermanos se separaron de sus amigos, y se dirigieron á la puerta de la hostería.

Al llegar cerca del sitio, donde en el despacho se sentaba Guillermina, Franz dijo de muy mal humor.

—¡Es cosa fuerte que siempre que yo entre en la «Rosa Blanca» haya de esconderse esa muchacha!

—¿Y qué quieres que haga si la ahuyentas con tu palabrería soez y escandalosa?—dijo Guillermo.

—Di que la ahuyentamos—contestó Franz—; porque ¡cuerpo de Cristo! á mal hablados, desvergonzados y procazes no hay quien os gane, hermanos míos.

—¡Eh, qué diablos! — dijo Juan—¿por qué hemos de violentarnos? el que no quiera oírnos que se tape los oídos ó que se vaya.

A todo esto los tres hermanos atravesaban la plaza del Mercado en dirección á la catedral.

De repente, Franz se detuvo y dijo señalando á una ventana iluminada de una casa que formaba el ángulo Norte de la plaza.

—Apostaría alguna cosa á que detrás de aquellos vidrios está velando la mujer más deidad ó la deidad más mujer que he visto en todos los días de mi vida.

—¿Cómo es eso?—dijo Guillermo—, y no nos has dicho nada.

—No he tenido tiempo; no nos hemos visto en todo el día hasta esta noche, y no era cosa para hablada delante de testigos, porque tengo acá mis proyectos; esta mañana después de salir del aula, me fuí á la catedral, donde estaba citado con Elisabehta, la hija del bur-

gomaestre Güinter, que desde que la galanteo se ha hecho muy devota y se va á oír todos los días á las nueve la misa mayor de la catedral; pero andemos deprisa, que el honrado Tomás Toannokt nos está esperando.

—Valiente bribón, al que llama tres veces al día la horca de que se ha caído—dijo Guillermo siguiendo á buen paso con Juan á Franz que iba algo delante.

—Continúa la materia de que íbamos hablando—dijo Franz—; se trata de una divina mujer á quien vi salir esta mañana de la catedral cuando acudía á mi cita diaria con Elisabehta.

—Señas particulares de la incógnita—dijo Guillermo.

—Estatura, cinco pies; volumen, perfectamente armónico con su estatura; aspecto, modo de andar, movimiento de cabeza, completamente majestuoso; semblante, blanco, negro, color de rosa, lo negro muy negro; lo blanco muy blanco; lo sonrosado suave, puro, fresco; garganta, incomparable; manos, ¡oh! las manos hacen pensar en la felicidad que podía obtener el hombre á quien aquella mujer ama.

—Es decir, que ya sabes algo de la vida y milagros de tu desconocida, cuando afirmas que ama.

—¿Con qué justicia dirían que yo soy un hombre de talento—contestó Franz—, si á primera vista no descubriese el corazón de una mujer por su semblante?

—¿Iba triste tu desconocida?—dijo Franz.

—No, irritada, sombría, con esa irritación y ese disgusto permanentes que sólo puede sentir una mujer desdeñada por el hombre á quien ama.

—¿Y á qué clase pertenece esa mujer?

—¡Uf!—dijo Franz, haciendo con el dedo la señal de una espiral ascendente—; parece una reina que se ha escapado del palacio del rey su esposo en busca de un amante ingrato.

—Pero el traje, el traje—dijo Guillermo—; hay aldeanas que parecen emperatrices.

—¡Ca! dama y muy dama, rica y muy rica con gran manto y gran traje de seda negros, y acompañada por un escudero que tiene la mirada de un lobo, y el traje y las maneras de criado de casa grande.

—¿Y qué edad representa ese prodigio?—preguntó don Juan.

—Ninguna; no he visto mujer que parezca más joven, ni joven que parezca tener más edad; ¡cuándo os digo que es un fenómeno, una rara «avis in terra!»

—Supongo...—observó Juan.

—No hay que suponer—dijo Franz, interrumpiendo á su hermano—; me fui tras ella, resuelto á cambiar una estocada con el feroz escudero si se atrevía á impedirme el seguimiento, y marché tras ellos sin que, al parecer, ni el escudero ni la dama reparasen en que yo les seguía; se metieron en la plaza

que os señalé, en la plaza del Mercado; pregunté al portero y me dijo que era una gran señora española, que con un escudero, dos doncellas, un aya y dos criados, había llegado tres días antes; he rondado la casa, y no la he visto; pero por las entrañas de Belcebú os juro, que estoy enamorado de ella, y no he de parar hasta saber quien es y á qué ha venido.

—Tomás Toannokt nos lo dirá, porque él sabe todo lo que sucede en Gante, y aun fuera de Gante—dijo Guillermo.

—¿Pero para qué nos ha buscado Toannokt y por qué vamos nosotros á buscarle?—preguntó Juan.

—Toannokt me ha dicho—respondió Franz—, que el pillo de Vanloo ha venido á buscarnos; y que ~~ra~~ espera fuera de la puerta del Norte, entre los abetos, para entregarnos algunos centenares de florines de oro de Alemania.

—Dios quiera que se puedan tomar—dijo Guillermo—, porque faltan aun quince días para que la buena ciudad de Gante nos pague nuestra asignación, y nuestros bolsillos están perjudicialísimamente vacíos.

—Mucho me temo—dijo Franz—, que se trate de alguna inaceptable pillada.

—Veremos, veremos—dijo Juan—, hasta qué punto podemos estirar nuestra conciencia.

—Aquel bulto que se pasea delante del pórtico de la catedral debe ser el celeberrimo Toannokt—dijo Franz—; veamos.

Y Franz ladró como un perro de ganado.

Inmediatamente contestó el aullido de un lobo, y el bulto que se paseaba delante del pórtico de la catedral se dirigió á los tres hermanos, y llegó á ellos.

Era el mendigo Toannokt.

—Deprisa, deprisa, mis buenos señores—dijo Toannokt—, ya sabéis que el ilustre capitán Vanloo es impaciente; viene desde muy lejos á buscaros, y hace un siglo que os está esperando.

Y el mendigo se puso en marcha.

—¿Y para qué nos quiere el tunante de Vanloo?—dijo Guillermo.

—Lo ignoro; estaba yo en San Eustaquio, pidiendo limosna, cuando se me presentó un guardabosque y me dijo:

—Un amigo á quien no gusta andar por las calles de Gante, os espera, y me envía á vos para que me sigáis.

—¿Y no os ha dado ese amigo ninguna seña?

—Sí; cuando los lobos ladran y los mastines aullan, algo va á suceder.

Por aquella seña conocí á Vanloo, y me fui á la larga tras el guardabosque, que echó á andar.

Salimos por la puerta del Norte, nos internamos en el bosque de abetos que hay á la izquierda del camino, y llegamos á una casa rústica, don-

de encontré á Vanloo con uno de los suyos.

—No te detengas ni un solo momento—me dijo—: vuélvete, busca á los tres gigantes hijos adoptivos de la ciudad, que yo traigo para ellos una cantidad razonable de florines de oro de Alemania.

—Vine, os busqué, os hablé, y he aquí todo: Vanloo os dirá lo demás.

Salían en aquel momento por la puerta del Norte.

—Dime tú, Toannokt—dijo Franz—¿qué persona notable ha venido hace tres días á Gante, y ha tomado para sí y para su servidumbre, y á precio alto, una casa entera y amueblada en la plaza del Mercado?

—¡Oh! un águila real—dijo Toannokt—; mucha persona: con ella han llegado tres acémilas cargadas de dinero.

—Por los Santos Lugares, por el Gólgota y por la taberna de la «Rosa Blanca»—exclamó Guillermo—¿quién es esa princesa, compadre Toannokt?

—¡Oh, oh, oh!—dijo el mendigo—: una tragedia del padre Eschylo encerrada en una mujer: Medea y Niobe en una pieza: una catástrofe que se va preparando.

—Todavía no te has olvidado de los clásicos, Toannokt.

—¡Eh, diablo! cuando uno se ha sorbido la universidad, no le sale la universidad del cuerpo aunque cambie de oficio, «quia semer imbuta rens...»

—Afuera citas—exclamó Juan—; entorpecen la conversación; vengamos á nuestra princesa.

—¡Oh, oh, oh!—dijo Toannokt—: «vocatto di cardenales».

Y suspiró de una manera larga y tan poderosa, que aquel suspiro pudiera haber movido las aspas de un molino de viento.

—¿Pero quién es ella?—dijo con impaciencia Franz—: déjate de exclamaciones, Toannokt, y vengamos al asunto.

—Ella es una gran persona—dijo Toannokt—: ha sido camarera mayor de su majestad la emperatriz doña Isabel, y no se sabe por qué ha sido desterrada de todos los dominios del emperador: se llama doña Magdalena de Córdoba y de Válor, y es grande de España: así se me ha dicho de orden de la municipalidad para que la vigile: y no se la ha preso, según creo, porque á pesar de haber roto su destierro viniéndose á los Estados de Flandes, que al fin son del emperador, se la tiene consideración por su alta clase.

—¿Y es casada, viuda, ó moza, esa señora?—dijo Franz, cuya voz estaba algo alterada.

—Ni casada, ni soltera, ni viuda: enamorada, celosa.

—¿Y de dónde sacas tú eso, Toannokt?

—Se me ha mandado que cuide mucho de si se acercan ó no personas sospechosas á la casa del marqués de Marana, y este encargo se me ha hecho á causa de la venida de la doña Magdalena: se me ha puesto en antecedentes para que vea mejor, y de estos antecedentes resulta que la camarera mayor de la emperatriz estaba para casarse con el marqués de Marana, cuando de improviso apareció casado con la actual marquesa, que vive en Gante.

—¡Magnífica! ¡tres veces magnífica!—exclamó Franz—: yo no conozco á su marido, y lo siento; porque dicen que el marqués de Marana no es otro que el famoso don Juan Tenorio.

—Yo tampoco le conozco—dijo Toannokt—: estuvo muy pocos días en Gante; compró la casa en que vive su esposa y se fué á Alemania, donde permanece hace más de medio año: todos los días la marquesa recibe una carta de su marido, y le envía otra.

—¿Se habrá cansado don Juan Tenorio de su mujer?—dijo Guillermo.

—Los criados afirman—contestó Toannokt—, que están enamorados el uno del otro, como dos locos, los dos esposos; y añaden, que dentro de la casa viven separados, y suponen y afirman que la marquesa está tan virgen como si no se hubiera casado, y que sus doncellas no dejan entrar á don Juan Tenorio en el aposento de la marquesa.

—¡Poder de Dios!—exclamó Franz—; pues eso merece la pena de quitarle la mujer al marqués.

—Se cree que no haya venido con otro objeto á Gante doña Magdalena, la antigua amante desdenada de don Juan—dijo Toannokt.

—¿Y cómo saben todo eso los burgomaestres?—preguntó Juan.

—Antes de que llegase la tal señora, llegó á Gante un correo con un grueso pliego del emperador para sus buenos burgomaestres de Gante; y como yo soy galgo de buen olfato, que cuando se me paga bien sirvo bien, y los burgomaestres me conocen y tienen un gran deseo de servir al emperador, he llegado á saber todo esto cuando me han encargado que vigile á doña Magdalena y que guarde á doña Estrella; esto es, á la marquesa de Marana.

—Pues te advierto—dijo Franz—, que como á mí se me ponga en la cabeza el averiguar si la doña Estrella es una casada virgen, se la quito, y á todos los burgomaestres habidos y por haber.

—Tenéis muy poco dinero, amigos gigantes; y en cuanto á fuerza y astucia, ya sabéis que Toannokt no reconoce igual en el mundo: si yo no quiero, os quedaréis con la gana de la doña Magdalena y de la doña Estrella.

—Tú eres un bribón de primera estofa—dijo Guillermo—: desde que renegaste de la universidad, te has hecho un bohemio de aquellos que no tienen su lugar digno más que en la piqueta y en la horca.

—Pues ved ahí—dijo con descaro Toannokt—: ni la cárcel ni la picota han tenido el gusto de tratarme; y en cuanto á la horca, me parece inútil asegurar que no ha hecho conmigo ninguna de las suyas: este es el mayor elogio de mis cualidades: la municipalidad conoce hasta qué grado soy útil, y hace la vista gorda respecto á mis fechorías, para poder aprovechar mi talento en asuntos muy importantes.

—Sí—dijo Guillermo—; y tú que lo conoces, engañas á la municipalidad, y encubres á un bandido tal como Vanloo, por cuya cabeza tiene ofrecida la municipalidad una suma enorme.

XI

Aquel mismo día, por la tarde, la hermosísima Filiberta Stoplen, hermana de los tres gigantes, se fastidiaba, apoyada en la balastrada del mirador de la parte del Poniente de la gran torre del castillo.

Los rayos horizontales del sol, que trasponía, matizaba con vivo color rosado el pálido semblante de Filiberta.



—¿Y este tósigo mata?—dijo palideciendo Lutgarda (pag. 27).

—Lo que quiere decir—contestó descaradamente Toannokt—, que Vanloo paga mucho más dinero porque se le oculte, que el que ofrece la municipalidad porque se le entregue: pero ya estamos en la casa del guardabosque, donde os espera Vanloo.

En efecto; al desembocar por una senda del bosque, en un claro de él se había presentado de repente á nuestros expedicionarios una gran casa de madera, cubierta con un alto techo de heno.

El fastidio de ésta había llegado á constituirse en enfermedad, por lo tenaz, por lo creciente de aquel fastidio.

Filiberta había contraído esta enfermedad desde el día en que conoció á don Juan.

La primera impresión que don Juan causó en Filiberta fué la de la altivez ofendida.

Don Juan no la había dejado oír ni una sola palabra de amor, ni la había dejado ver ni una sola mirada de deseo.

Esto había irritado el frío orgullo de la hermosa dama, acostumbrada á ver temblar de amor á los hombres ante la tranquila, fría, y á pe-

sar de esto, hermosísima mirada de sus grandes ojos azules.

Cuando se logra, pretendiéndolo ó no, que una mujer altiva, por hermosa y codiciada, fije su atención en nosotros, hemos conseguido entrar en el camino que ha de llevarnos al amor de aquella mujer por medio del empeño, si después de haber fijado su atención, queremos ó sabemos empeñarla.

La mujer ama la lucha, y se obstina en ella, á pesar de que sabe que sólo puede vencer siendo vencida.

Don Juan, sin quererlo, había hecho lo mejor que había que hacer para que Filiberta contratase por él un empeño tenaz, voluntarioso, terrible.

No había vuelto á verla.

Filiberta se fastidiaba, se aburría: y fastidiándose y aburriéndose, llegó al punto de desesperarse, porque no podía atraer á don Juan, ni penérselo delante y provocarle á una lucha.

Lo que quiere decir, que Filiberta había llegado á enamorarse de don Juan.

Aquel amor, completamente ignorado del hombre que lo inspiraba, ejercía una gran violencia sobre la altivez de Filiberta, que no quería creer que amaba á don Juan.

Lo que creía era que le aborrecía; y se explicaba á sí misma su aborrecimiento á don Juan por la indiferencia con que don Juan había estado hablando durante media hora con ella.

Con suma frecuencia las mujeres equivocan el amor con el aborrecimiento, y aun hay alguna, aficionada á paradojas, que cree que el amor no es otra cosa que un aborrecimiento no comprendido.

La verdad era, tratándose de Filiberta, que amaba á don Juan, que don Juan era su eterno pensamiento, que deseaba verle, y se fastidiaba de una manera mortal porque no le veía.

Decididamente don Juan tenía la terrible fortuna de enamorar á todas las mujeres y de vencer á todos los hombres, de donde nacía la terrible vida de hastío de don Juan.

Bañaba el sol con su postrer lánguido rayo el hermosísimo y lánguido semblante de Filiberta, que al enamorarse ésta, había dejado de ser el duro, frío é impasible semblante que había causado la desesperación de tanto amante desdenado.

Filiberta pensaba en don Juan con el alma encendida, enamorada.

Sonó una bocina, y Filiberta se estremeció. El sonido de aquella bocina representaba que alguien había llegado al castillo y llamada.

Filiberta, por una intuición misteriosa, creyó encontrar algo de relativo entre el que llamaba y don Juan; se apartó del ajimez, cerró la vidriera de colores, y esperó del pie, inmóvil anhelante, en medio de la cámara.

Poco después se abrió la puerta, y apareció en ella la aya de la joven.

—¿Quién ha llegado, Edmunda?—dijo con afán Filiberta.

—Un hombre bravo, de mal semblante, á quien acompaña otro de no mejor facha, y que se anuncia con el solo nombre de capitán de lanzas al servicio del señor marqués de Marana. La palidez de Filiberta creció.

—Que entre ese hombre—dijo vivamente.

—Mirad, señora—replicó Edmunda—, que tiene todas las trazas de un bandido.

—¿Y qué importa?—dijo con irritación Filiberta—, ¿desde cuando acá se tiene miedo en mi castillo á dos hombres que llaman á su puerta? ¿desde cuando acá no se obedece lo que yo mando?

—Bien, señora, entrará ese hombre—dijo con acento de protesta la tenaz Edmunda—; pero es una imprudencia.

Y salió.

No tardó en aparecer Vanloo, que se quitó el capacete de hierro que cubría su cabeza, en presencia de Filiberta, y la saludó profundamente.

—Sois, según os habéis anunciado, capitán de lanzas del marqués de Marana—dijo Filiberta.

—Sí, y no, noble señora—dijo Vanloo.

—¿Qué sois pues?

—Yo tengo un nombre muy conocido y muy peligroso de pronunciar por mí en Flandes, donde los buenos burgomaestres han tenido el capricho de poner precio á mi cabeza: tan conocido es en Flandes mi nombre, que cuando los muchachos se empuñan en llorar, los callan asustándolos con esta frase:—Que va á venir Vanloo.

—¡Ah! ¡un bandido!—dijo con fría altivez Filiberta.

—Bandido precisamente no, hermosa señora; todo consiste en que hay que vivir; en que para vivir y hacer que vivan cincuenta buenos mozos, se necesita dinero: yo le pido, no me lo dan, y quemo la quesería ó la hacienda tal ó cual del buen flamenco que me ha negado el dinero que le he pedido, á fin de que otro buen flamenco, cuando yo le diga, deje en tal parte tal cantidad que necesito, la deje de buena gana: suele suceder que cuando los burgomaestres envían tras de mí las milicias mueren algunos pobres hombres; pero de eso tienen la culpa

los burgomaestres; porque se empeñan en prender á Jorge Vanloo.

—Hace mucho tiempo que no se habla de vos en Flandes—dijo Filiberta.

—Eso consiste en que ahora se habla mucho de mí en Alemania.

—¿De allí venís?

—De allí vengo.

—¿Y está allí el marqués de Marana?

—Sí, señora: el marqués de Marana está allí.

—¿Por qué habéis respondido sí y no cuando os he preguntado si sois capitán de lanzas del marqués?

—Os diré, señora: en muy poco tiempo, en el solo espacio de una noche, entré al servicio de la burgravesa de Van-Deosten, á quien llaman por su hermosura en Colonia, Ludgarda la sin par, pasé á las dos horas al servicio de don Juan Tenorio, marqués de Marana, y poco después volví al servicio de la burgravesa, por la sola razón de que Ludgarda la sin par me tiene mucha más cuenta que el marqués de Marana.

—¿Y qué tiene que ver esa Ludgarda, esa burgravesa con el marqués de Marana?

—Cabalmente por lo que la sin par Ludgarda tiene que ver con don Juan Tenorio vengo yo á veros, señora.

—¿Y á mí, que me importan ni esa Ludgarda ni de don Juan?

—En verdad, nada, señora, y es muy posible que no conozcáis á ninguno de los dos: pero os interesan mucho vuestros tres hermanos y el honor de vuestra familia.

—Mis hermanos... el honor de mi familia... no os comprendo.

—Permitidme que me siente, señora—dijo Vanloo—, he hecho hoy diez leguas y estoy rendido.

—¡Oh, sí! sentaos y explicadme lo que me habéis dicho, que me ha parecido muy raro.

Vanloo puso su capacete de hierro sobre la mesa, echó adelante su enorme espada, y se sentó en un sillón.

Filiberta se sentó á gran distancia, y fijó una mirada atenta pero fría, en el rudo semblante del capitán de aventuras, que parecía más bravo, orlado por su larga, áspera, enmarañada y greñuda cabellera negra.

—Esta es una historia muy buena, señora—dijo Vanloo inclinándose hacia Filiberta, apoyado sobre los brazos del sillón y con las manos cruzadas—; una historia de amores; por que lléveme el diablo si la burgravesa de Van-Deosten no está loca por el marqués de Marana; ya sé, ya sé que á vos nada os importa de esto, añadió Vanloo respondiendo á un enérgico gesto de disgusto y de impaciencia de Filiberta; pero es necesario que yo os ponga en antecedentes, para que comprendáis como los amores de

la burgravesa Ludgarda de Van-Deosten pueden venir á determinar una acción un poco aventurada, de los nobles señores, Guillermo, Juan y Franz Stoplen, vuestros hermanos.

—Seguid.

El marqués de Marana está casado, y esto es á lo que yo creo, una gran contrariedad para Ludgarda de Van-Deosten, que quiere que desaparezca la marquesa de Marana, sin duda porque el marqués, su esposo, la ama demasiado.

—¡Un asesinato!—dijo con un horror que ciertamente no era fingido, Filiberta.

—Un asesinato precisamente, no, señora; yo creo que la burgravesa de Van-Deosten se satisfará con que la marquesa de Marana se pierda de tal modo que no parezca en mucho tiempo: por último, señora, la burgravesa me ha enviado á Gante para que haga desaparecer á la esposa del marqués de Marana.

—¿Y qué tenemos que ver con eso ni mis hermanos ni yo?

—¡Ah, señora! también me ha pagado el negocio Ludgarda la sin par, que yo tengo un grande interés en llevarle á cabo: ahora bien; yo me he venido sin más compañía que uno de mis muchachos, y tengo que andar oculto, porque sin el resto de mi gente que he dejado allá cerca de Colonia, en el castillo de Van-Deosten, al servicio de la burgravesa, no podría defenderme de las milicias que los burgomaestres enviasen para prenderme, cuando supiesen que yo estaba en Flandes: me veo, pues, obligado á valerme para este negocio de amigos de confianza, y yo no tengo mejores amigos que vuestros tres nobles hermanos, señora.

—¡Cómo!—dijo con altivez y con cólera mal reprimida Filiberta—, vos; un bandido, un hombre que huye de la acción de las leyes, ¿os atrevéis á decir que mis hermanos son amigos vuestros?

—Noble señora, vuestros hermanos se han criado sin freno alguno, acostumbrados á hacer su voluntad, y no son, ciertamente, los más santos del mundo; gustan de la gente brava; de las mujeres hermosas, y de las aventuras endiabladas, y como yo soy bravo, enamorado y audaz, nos hemos conocido por aquello de que Dios los cría y ellos se juntan; hemos corrido más de una aventura diabólica, y mal que os pese, señora, somos grandes amigos: en ellos he pensado; ellos son los únicos capaces de robar y hacer desaparecer de Gante, sin que nadie sepa dónde ha ido, á la marquesa de Marana.

—Mis hermanos se negarán á esa infamia—dijo con desprecio Filiberta.

—Dad por hecho que no se negarán, señora; son demasiado gastadores; deben mucho, y no encuentran quien les dé más; los conozco bien; se prestarán á mis proposiciones; porque la empresa es difícil, la marquesa hermosa y bueno el premio que yo les ofreceré.

—Me está asombrando vuestra audacia—dijo Filiberta—, ¿creéis que estoy tan sola en mi casa, ó que es tan inútil la gente que me acompaña, que yo no puedo castigaros por vuestro atrevimiento en buscarme como mediadora, para con mis hermanos, en este infame proyecto?

—¡Ah! no, no señora: la proposición la haré yo directamente á vuestros hermanos y ya he puesto en práctica los medios necesarios para hablarles esta misma noche; estoy seguro de que aceptarán.

—Y entonces ¿á qué habéis venido á verme?

—Para contar con vos.

—¡Conmigo! ¿y para qué?

—Para que en el momento preciso salvéis á la marquesa, de vuestros hermanos.

—¡Ah! no os comprendo.

—Sí: cuando vuestros hermanos se hayan apoderado de la marquesa de Marana, vos os presentaréis en el momento oportuno, porque yo os llevaré de antemano al lugar donde debéis presentaros; os apoderáis de la marquesa, que vuestros hermanos no se atreverán á disputaros, y habréis salvado la virtud de una mujer, y el honor de vuestra familia.

—Os doy gracias, capitán Vanloo, por la revelación que me habéis hecho y que me servirá para avisar á esa señora, que no se deje sorprender.

—Haréis muy mal, señora, porque así la perderéis.

—¡Que la perderé!

—Sí; escuchadme: dejad que yo os deje ver las cosas, no como vos creéis verlas, sino como verdaderamente son: supongamos que en este momento os levantáis, llamáis á vuestros criados, me prendéis y me entregáis á los burgomaestres: antes que causaros el más leve mal, para evitar que me prendiesen, me entregaría yo mismo á los burgomaestres: vuestra hermosura, vuestra juventud, vuestra alma, todo os hace respetable para mí: entregado á los burgomaestres sería ahorcado al día siguiente; y bien: ¿qué habréis hecho con esto? la burgravessa de Van-Deosten es tenaz, terrible, y cuantas más dificultades se opongan á su intento, la obstinarán más: hasta ahora no ha pensado en matar á la marquesa de Marana; puede suceder que siéndola imposible robarla, porque estuviesen avisados la marquesa y su esposo, se valiesen del veneno: cuando una mujer es tan rica, está tan terriblemente enamorada, y tiene el alma tan capaz de todo, como Ludgarda de Van-Deosten, todo lo que se la tema es poco: ved cómo, señora, apoderándose vos de la marquesa de Marana, y guardándola perfectamente oculta, sois su protectora, porque defendéis su amor, su honra, su vida.

—De modo que me haréis creer que, dadas las circunstancias, un crimen puede ser una acción meritoria, hija de la virtud.

—Indudablemente, señora, por mi parte os de-

claro que este es el primer negocio en que soy hombre de bien, y en que siéndolo, gano mucho dinero.

—No os comprendo bien.

—Mi pago es doble: cumplo con lo que me manda, por lo que me paga la burgravessa Ludgarda, salvo á la esposa del marqués de Marana, y cuando sea oportuno, devuelvo pura y honrada, su mujer al marqués, que me lo agradecerá mucho, y me lo pagará mejor.

—¿Sabéis—dijo Filiberta—, que esto es muy singular? no sé qué responderos para cumplir con mi deber; si aceptar la proposición que me hacéis, é negarme á ella.

—Indudablemente, aceptaréis—dijo el capitán Vanloo levantándose—, os he dicho cuanto tenía que deciros, y como nada tengo ya que hacer aquí, me despido de vos; volveré cuando sea necesario que salvéis á la marquesa: Adiós, pues, noble señora.

—Id con Dios, capitán Vanloo.

El aventurero salió.

—¡Ah!—dijo Filiberta, cuando se quedó sola—, es casado; le ama otra mujer, á quien su esposa se hace insoportable, y quiere deshacerse de ella: ¡oh! ¡sí! aceptaré; acepto, salvaré á la esposa de don Juan; sí; esto es lo noble y lo digno; y en cuanto á la burgravessa, yo veré si la envuelvo en mis propias redes; ¿será una falsedad todo lo que me ha dicho ese hombre? ¿será prepararme para apoderarse de mí, confiada por una falsa historia? ¡ah! no, la verdad no se equivoca con nada, ese hombre no menta, ese hombre roba á la marquesa porque se lo pagan bien y procura salvarla, porque teme á don Juan. Pues bien: haré lo que ese hombre quiere; cuando sea necesario salvaré, como él ha dicho, el amor, la honra y la vida de esa señora.

Después de esto, y porque obscurecía, Filiberta pidió luces, y cuando las hubieron traído, se sentó junto á la mesa y se puso á leer la Biblia.

XII

Pasaron seis días, y en la tarde del último, Filiberta oyó el sonido de una bocina, y se estremeció, porque reconoció en aquel sonido la bocina de Vanloo.

Era él en efecto, y poco después entró en la cámara.

—Guardaos Dios, hermosa señora—dijo—, ¿estáis dispuesta?

—¿Ha llegado la hora?—dijo Filiberta, que estaba sumamente pálida.

—Sí.

—¿Se han apoderado ya mis hermanos de esa dama?

—Sí.

—Es decir—exclamó Filiberta—, enrojeciéndose de vergüenza—, que mis hermanos han aceptado la proposición que les habéis hecho.

—¡Bah! seguro estaba yo de que aceptarían: los conozco bien: aventura peligrosa, mujer divina y mil florines de oro alemanes, eran tres tentaciones á las que no podían resistir vuestros nobles hermanos: Franz se ha enamorado como un loco de doña Estrella. Figuraos, poco más de diez y seis años, con una hermosura que embriaga; mucho me temo que no haya un serio disgusto entre vuestros hermanos, por la marquesa, ó lo que sería peor, si no acudís pronto, que la pongan en la situación de amante forzosa de los tres, para no darse de estocadas.

—Marchemos, capitán Vanloo—dijo Filiberta—; voy á mandar que ensillen mi caballo.

—Como gustéis, señora; sería prudente que no os acompañase nadie.

—Por supuesto, capitán Vanloo: iré sola con vos.

Y Filiberta mandó que la preparasen su caballo:

—¿Pero de qué medios se han valido mis hermanos para apoderarse de esa señora?

—Primero de la astucia, y luego de la fuerza.

—Contadme.

—Todos los días, según os he dicho, viene un criado de don Juan con una carta para su esposa, desde Colonia á Gante, y todos los días sale otro criado de Gante para Colonia, con una carta de la marquesa para don Juan: se ha esperado á uno de esos criados, y ha resultado que el que ha venido, venía trayéndose consigo la carta que había llevado de la marquesa para don Juan, por no haber encontrado á don Juan en Colonia, ni saber su paradero: la marquesa se ha llenado de dolor, y todo esto se sabe por medio de una doncella de la marquesa, á quien para averiguar lo que pasaba en el interior de la casa, ha enamorado vuestro hermano Franz.

—Continuaréis vuestra relación por el camino, amigo mío—dijo Filiberta—, siento que se acercan para avisarme, sin duda, que está dispuesto el caballo.

Un criado apareció un momento después en la puerta de la cámara, y dijo á Filiberta que el caballo la esperaba y los escuderos que acobardaban á acompañarla.

—Que se retiren los escuderos—dijo Filiberta,

El criado se escandalizó, pero calló y mantuvo levantado el tapiz de la puerta para que pasase su señora, que se había puesto un sombrero una capa que la cubría casi enteramente, unos guantes de ámbar, y había tomado un pequeño látigo de montar.

Bajó seguida de Vanloo, montó á caballo sin que ninguno de su servidumbre se atreviese á preguntarle una sola palabra, y sólo cuando se hubieron alojado en dirección á Gante, el aya dijo al mayordomo:

—¿Qué decís de esto? ¿no os parece escandaloso lo que sucede?

—Ella manda, y es preciso obedecer—dijo el mayordomo—: ya me dió ese hombre muy mala espina cuando vino la primera vez; pero con avisar á sus hermanos, punto redondo; porque yo no callo, yo no encubro esto.

—Ni yo—dijo el aya—: ¡qué tiempos y qué niñas! cuando yo era joven no sucedían estas enormidades.

Y los dos altos criados se quedaron murmurando mientras Filiberta y Vanloo, habiendo llegado á la carretera, galopaban hacia Gante.

—Continuad vuestro relato—dijo Filiberta que iba bastante separada de Vanloo.

—No son cosas estas para dichas en alta voz; empieza á obscurecer, hay árboles, y cualquiera puede oír una sola palabra, que sea bastante para comprometerlos; porque para que me oigáis á esa distancia, y á causa del ruido de la carrera de los caballos, será necesario que yo os hable á voces; me parece que os habéis arrepentido de venir sola conmigo, y tenéis miedo.

—No capitán Vanloo, no—respondió Filiberta, contestando de una manera tranquila, al aventurero, y acercando á él su caballo: sé demasiado que la importancia del negocio en que estáis metido os impide hacer una locura.

—Tenéis razón, señora; y puesto que así lo comprendéis, me alegro de ello, porque sentiría mucho que fuérais intranquila.

—Pues no; estoy perfectamente tranquila y descuidada; continuad, continuad el relato que empezásteis en mi cámara.

—Con la noticia de no saberse donde estaba el marqués, y la falta de cartas suyas, de más de seis días, doña Estrella estaba perfectamente preparada para el engaño: Franzapuró con la doncella los regalos y las ofertas, la volvió loca, y logró que la doncella robase á la marquesa una carta de su marido y se la entregase: por esta carta, un bribón muy diestro, pagado á peso de oro, ha contrahecho otra, y de una manera tan perfecta, que no parece sino que la ha escrito el marqués: aquella carta decía que había tenido un lance; que se encontraba herido y en muy mal estado en el castillo de Van-Deosten; que temía

por su vida, que no quería morir sin ver á la marquesa, y que la suplicaba se pusiese al momento en camino.

Aquella carta la llevó un bribón, que acabó de aterrar á doña Estrella diciéndola que había visto al marqués, y que verdaderamente estaba en grave peligro.

Aquella carta la recibió anoche doña Estrella, que se puso inmediatamente en camino sin llevar más que algunas maletas, mucho dinero y cuatro criados.

La noche era muy oscura.

A una legua de Gante, vuestros hermanos, el hombre de mi compañía, que ha venido conmigo, y yo, acometimos, enmascarados de una manera doble por nuestros antifaces y por la obscuridad de la noche, á los criados que escoltaban á doña Estrella: los pusimos en fuga, y nos apoderamos de la marquesa y de la doncella, que, sin saberlo, había hecho traición á su señora.

Las sacamos del coche; puse yo en mi caballo á la marquesa, medio desmayada, no sin mediar una agria disputa con Franz, que hubo de contentarse con la doncella, y solos, Franz, mi hombre de armas y yo, porque Juan y Guillermo se volvieron á Gante, nos encaminamos, atravesando el campo, á la casa adonde os voy á conducir.

—¿Y por qué se volvieron á Gante mis hermanos Guillermo y Juan?

—Para dejarse ver en algunos lugares, á fin de evitar que pudiese sospecharse de ellos, y decir que Franz se había quedado enfermo en su posada.

—¿Y Franz?

—Franz se volvió conmigo para meterse realmente en la cama cuando hubimos dejado á la marquesa y á su doncella, en casa del guardabosque, adonde voy á conducirlos.

—¿Y no habéis temido que la marquesa compre al guardabosque, á fin de que la favorezca dejándola volver á Gante?

—Se quedó allí mi buen Jacobo Trolley—dijo Vanloo—, y es un alano leal, incorruptible, que no permitirá al guardabosque hablar con las prisioneras, ni á Franz, si sobreviniese, entrar donde ellas están.

—Mi hermano Franz es terrible — dijo con altivez Filiberta.

—Y Trolley un demonio encerrado en un hombre; pero nada hay que temer: se ha convenido en que ninguno de vuestros hermanos se moverá en algunos días de Gante para evitar sospechas; de modo que sucede mejor de lo que hablamos podido esperar, porque así os evitaréis una agria disputa con vuestros hermanos, y tal vez un disgusto grave.

—Y decidme: tengo una duda grave: ¿qué habéis hecho del dinero que llevaba consigo la marquesa de Marana?

—Lo hemos repartido entre los cinco.

—¡Entre los cinco! — exclamó Filiberta—: y mis hermanos...

—Gastan mucho, deben mucho; la asignación que les da la municipalidad de Gante les sirve de muy poco.

Filiberta calló, dominada por la vergüenza y por el despecho.

Así continuaron su camino, galopando siempre, algunos minutos.

—Es necesario dejar la carretera para entrar en el bosque, señora—dijo Vanloo.

—Entremos—dijo de una manera maquinal Filiberta.

Vanloo cruzó el camino, y por la derecha se metió por una senda, entre un bosque de abetos; el mismo que, según hemos dicho, estaba á la izquierda de Gante, cuando se iba al castillo Negro, donde moraba Filiberta.

Durante una hora continuaron al paso y en silencio, hasta llegar á aquella misma casa de madera, con techo pajizo, á la cual habían ido algunos días antes los tres hermanos con el mendigo Thoannokt á encontrar á Vanloo.

Antes de llegar á la casa se oyó un vigoroso «¿Quién va?»

—He ahí á mi buen Trolley que vela—dijo Vanloo en voz alta.

—Sí, mi capitán—contestó Trolley—; y por Dios vivo, que estoy rendido por el sueño; no he dormido desde anoche.

—¿Ha venido alguien?—dijo Vanloo desmontando y yendo á ayudar para que desmontase á Filiberta.

—Nadie, mi capitán.

—¿Han hablado con alguien las prisioneras?

—Conmigo solo, mi capitán, que es lo mismo que si hubieran hablado con una piedra: la señora me ha ofrecido mucho; ha llorado mucho; pero ¡quia! yo impasible.

—¿Y ha oído algo de esas ofertas y de ese llanto Joseph el guardabosque?

—¡Ca! no señor; le tengo encerrado donde nada puede ver ni oír: esto era lo mejor.

—¿Veis si vale un tesoro este muchacho?—dijo Vanloo á Filiberta.

—Entremos—dijo ésta.

—¿Es otra prisionera, mi capitán?—dijo Trolley—: pues casi, casi es tan hermosa como la otra.

—Llévanos adonde está esa dama—dijo Vanloo, sin contestar á la pregunta de Trolley.

Este tomó una lámpara que estaba sobre una mesa.

—¿Las tienes á oscuras?—dijo Vanloo.

—Si no las tuviera á oscuras, está tan desesperada esa señora, que hubiera puesto fuego á la casa.

Y Trolley abrió una puerta, á la cual asomó inmediatamente Estrella.

Al ver á Filiberta se detuvo.

—¿Sois vos otra víctima? — dijo Estrella, que hablaba el flamenco porque había estado algunos años en Flandes con su padre.

—No, no, señora—dijo Filiberta, que miraba con envidia la hermosura de Estrella—: soy una honrada mujer que viene á salvaros.

—¡A salvarme, señora!—exclamó Estrella con ansiedad—: sí, sí, esto debe ser cierto, porque en vuestra mirada resplandecen la puerza, la hidalguía y la virtud.

—¡Oh! sí—dijo Filiberta—; vengo á salvaros, y os salvaré; es más, os libentaré de un enemigo poderoso.

—¿Y qué enemigos puedo tener yo?—dijo Estrella—¿qué mal he hecho á nadie?

—En primer lugar, sois una de esas mujeres que Dios permite existan de tiempo en tiempo, para probar que puede haber ángeles en la tierra.

—¡Ah, señora! perdonad; yo os agradezco vuestra galantería; pero estoy impaciente: ¿decís que venís á salvarme? salvadme.

Sonó en aquel momento una carcajada insolente en la puerta de la casa.

Filiberta se volvió y vió á su hermano Franz.

—Ángel mío — dijo el terrible estudiante —, la única salvación que te queda es mi amor.

—Franz Stoplen—dijo Filiberta con una energía y una expresión tales, que helaron la burlesca sonrisa de Franz—: ¿á qué venís aquí?

—Cabalmente — dijo Franz — tengo que hacer la misma pregunta: ¿qué haces tú aquí, ésta no es, ciertamente, tu cámara.

—La sangre que hierve en mis venas—contestó con voz concentrada Filiberta—me trae aquí, donde hay una infamia que evitar; aquí, donde se pretende cometer un crimen repugnante: ¿no sabes lo que sucede, hermano Franz? unos miserables, unos bandidos, que sólo merecen tener por amigo al verdugo, han sorprendido á esta dama cuando iba en busca de su esposo, cuya vida está en peligro: la han robado, la han traído aquí; pero todo se sabe: el generoso capitán Vanloo, que me acompaña, se ha valido de mí, me ha traído á esta casa, y afortunadamente apareces tú, que me ayudarás á salvar á esta señora; porque tú, Franz, tienes en tus venas la misma noble sangre que tengo yo; porque tú no permitirás que infames bandidos manchen el honor de esta dama, á quien, sin conocerla, has dirigido una de tus bromas de estudiante.

—Sí, en verdad — dijo Franz aturdido, do-

minado por un no sé qué terrible que emanaba de su hermana—: yo no conozco á esta señora; yo ignoraba... yo venía aquí á buscar al guardabosque Joseph para preparar una partida de caza, pero puesto que esta dama está bajo tu protección, yo me alegro de haber venido, Filiberta, para ayudarte en lo que sea necesario: ¿qué hay que hacer?

—Montar á caballo y acompañarnos, Franz.

—¿Y dónde conduciremos á esa señora?

—Yo la llevaré sobre mi caballo—contestó Filiberta—: vos, capitán Vanloo, llevad sobre el vuestro á la doncella de esta dama; y como nada que tenemos que hacer aquí, á caballo, Franz, á caballo y marchemos.

Filiberta asió de la mano á Estrella, que se dejó conducir, y la siguió.

—Adiós—dijo Vanloo á Trolley, y como si no le hubiera visto en toda su vida; y guiñándole un ojo—, decid á los bribones que os han puesto aquí de guarda de esta dama, que para salir bien de negocios como éste, es necesario no ser tontos, y no os rompo, vive Dios, las costillas á cintarazos, porque para eso se necesita invertir un tiempo que no tengo.

—Vaya con Dios su señoría—dijo socarronamente Trolley.

—Espérame aquí—le dijo rápidamente y en voz baja Vanloo, y se fué detrás de los que ya habían salido.

Filiberta había montado á caballo, y tenía sobre él y entre sus brazos á Estrella.

Franz había montado en el suyo.

Vanloo montó en el otro, y puso con suma facilidad sobre el arzón á la criada de Estrella.

Estrella no estaba en disposición de conocer si se la llevaba á Gante ó no, y además de ir medio desmayada, no conocía el terreno.

XIII

Vanloo volvió poco después á la casa del guardabosque donde había dejado á Trolley.

—A caballo—le dijo—, á caballo.

—¿Y el guardabosque?—dijo Trolley.

—Dejadle aquí—contestó Vanloo—, que no faltará quien le abra la puerta; cuanta menos gente sepa que hemos andado en este negocio, mejor; nadie sabe lo que puede suceder mañana, y es necesario ser prudente.

Trolley fué en busca de su caballo; volvió con él y montó, y capitán y soldado, sin detenerse un momento, se pusieron en marcha para volverse á Alemania.

Caminaron bien, ocultándose de día, mientras estuvieron en Flandes, y cuando llegaron al castillo de Van-Deosten, Vanloo se encontró con una novedad espantosa.

Ludgarda había muerto, según decían, á consecuencia de un envenenamiento.

Don Juan Tenorio y su lacayo habían desaparecido.

Los soldados de Vanloo se habían dispersado, y Vanloo se encontraba sin la gran paga que había creído recibir de Ludgarda.

No le quedaba más que la parte de dinero que le había correspondido del dinero que llevaba Estrella cuando fué hecha prisionera.

Pero se encontró, sí, con una carta que don Juan Tenorio había dejado para él, suponiendo que volvería al castillo.

«La burgravessa de Van-Deosten—decía la carta—ha muerto entre mis brazos, y me lo ha revelado todo. Caliente aun el cadáver de la burgravessa, he partido á Flandes. Si cuando llegue yo te has apoderado de mi esposa, cuando vuelvas al castillo de Van-Deosten para recibir el pago de tu mala hazaña, encontrarás esta carta. No te ocultes de mí; no temas; ven á decirme dónde está mi esposa.

«El marqués de Marana.»

—Me parece, señor don Juan—dijo Vanloo—, que no iré á buscaros; este negocio ha salido muy mal, y no quiero que me salga peor. Por lo mismo, con el dinero que tengo y con Trolep, me voy á París, que malo será que no me den una plaza en la gendarmería francesa, donde gustan de bravos soldados.

Y Vanloo, rompiendo la carta de don Juan, sin detenerse un momento en el castillo, tomó con Trolep el camino de Francia.

Don Juan Tenorio llegó en poco tiempo, corriendo día y noche, á Gante, y entró de noche en su casa. Sus criados le dijeron que su señora les había sido robada.

Don Juan se enfureció; amenazó de muerte á sus criados por ver si les arrancaba un indicio de quiénes podían haber sido los autores del robo, y los criados dijeron que habían sido acometidos de noche por mucha gente, y no habían podido conocer á nadie.

Don Juan salió otra vez de su casa, proveyéndose de dinero, y con gran sentimiento de Gabilán, á quien no dejaba descansar, y que se acordaba mucho de Dolores, la doncella andaluza de Ludgarda, que se había quedado en Alemania, se puso de nuevo en dirección á Colonia.

Preguntó allí por Vanloo, y todos le contestaban:

—¡Bah! Vanloo no suena ya por aquí, gracias á Dios.

—¿Para qué queréis á ese bandido, señor?

—Se ha perdido; por lo que hay que alegrarse mucho.

En fin, Vanloo fué para don Juan como gota de agua que cae en el mar.

Don Juan, á causa tal vez de la sortija envenenada de que se había valido Ludgarda para dominarle, había contraído aquella palidez cadavérica que le hacía parecer un hermoso espectro y aquella terrible y calenturienta mirada que le hemos visto fijar en Guillermina, en el primer capítulo de este libro.

Se había hecho taciturno y sombrío, y había jurado no descansar, ni comer á manteles, ni dormir en lecho, como juraban los héroes de los libros de caballería, hasta encontrar á Estrella.

Seis meses anduvo revolviendo á Flandes, tomando lenguas, disfrazándose, metiéndose de incógnito en todas partes, escuchando siempre, pasando junto á las más hermosas mujeres sin reparar en ellas, aborreciendo el género humano, blasfemando de todo, y siendo un continuo susto para Gabilán, que le veía siempre rugiente, desesperado, capaz de todo.

Al fin, don Juan comprendió que le era inútil buscar á Estrella; que era necesario esperar á que una casualidad descubriese su paradero.

Pero esto le desesperaba á don Juan; le mataba.

Tal vez Estrella había muerto; tal vez había sido deshonrada, y se ocultaba tenazmente para que don Juan no supiese su deshonra. Esto irritaba de una manera terrible á don Juan.

Hasta entonces había luchado con lo imposible; pero entonces luchaba con lo invisible, con lo misterioso, con lo abstracto.

No tenía ante sí ningún ser á quien embestir, por formidable que fuese.

Don Juan, reducido á la impotencia, compró una casa de campo cerca de Gante, y se encerró solo en ella con Gabilán.

Por algún tiempo permaneció en la inacción; pero don Juan no podía permanecer inactivo.

Se acordó de que había ido á Flandes con Rosaura; que Rosaura le había sido arrebatada por su abuelo, y que había ido á Alemania, donde había tenido su fatal encuentro con Ludgarda, en busca del gran baillío de Gante, Esteban Kresberg.

—Pues bien—dijo una mañana don Juan—, ya que no puedo encontrar á Estrella, busquemos á Rosaura; el gran baillío no ha vuelto á aparecer por Gante; pero según me dijo ese infame Vanloo, en Gante hay una hija natural del gran baillío, perdida para su padre; acer-

quémonos á esa mujer; tiene una sajadura azul en un hombro; veamos si por aquí... puede ser que esa joven tenga algunos indicios que me sirvan de guía; ya que no puedo serme útil á mí mismo, seámoslo, si es posible, al emperador.

Aquel día fué cuando don Juan entró por primera vez en la taberna de la «Rosa Blanca»,

de haber estropeado don Juan á Franz, se presentó Tenorio llevando consigo á Gabilán, y con maletas sobre los caballos, en la hostería de la «Rosa Blanca».

Al verle Guillermina, se puso pálida.

Le salió al encuentro, y antes de que desmontase le dijo:



Se puso de pie pálida y convulsa (pág. 46).

donde como sabemos, tuvo su encuentro con Franz Stoplen.

XIV

Los hermanos Stoplen no conocían á don Juan Tenorio, por más que supiesen que don Juan Tenorio era el esposo de la dama que habían robado.

Ignoraban completamente el nombre del hombre vestido de negro y pálido como un cadáver que iba á conversar todas las mañanas con Guillermina.

Supúsose que aquel hombre no volvería á aparecer por temor de los otros dos hermanos Stoplen, que se tenían por mucho más bravos que Franz, pero se equivocaron.

Aquel mismo día, es decir, pocas horas después

—¿A qué venís aquí, señor mío? ¿no sabéis que está sublevada contra vos la Universidad de Gante?

—Y ¿qué me importa eso á mí?—dijo don Juan desmontando y arrojando las bridas de su caballo á Gabilán.

—¡Ah! os matarán, señor—dijo Guillermina creyendo en palidez y temblor.

—A mí no me puede matar nadie—dijo don Juan dirigiéndose á una puertecita que estaba situada á un lado del despacho, por donde se entraba á la habitación de Guillermina.

—¿Adónde vais, señor?—dijo la joven—; en mi aposento, desde que murió mi padre, no ha entrado hombre alguno.

—Bien; yo seré el primero—dijo don Juan.

Y abrió aquella puerta y pasó.

Guillermina se puso encendida como una amapola, y pasó detrás de don Juan.

Este, después de un espacio obscuro, se encontró en una salita muy bella, junto á una

de cuyas ventanas hacía labor una criada que se asombró al ver á don Juan, ni más ni menos que se hubiera asombrado una monja al ver de repente en su celda á un hombre. Guillermina entró al momento.

Don Juan se sentó en un sillón, conservando el sombrero puesto, ni más ni menos que como le conserva dentro de una casa su dueño, cuando no hay personas extrañas.

—Mandad á vuestra criada que salga, Guillermina—dijo don Juan—; necesito hablar á solas con vos.!

—¡Como que no hay más que querer que yo deje sola á mi señora con un hombre!—dijo la doméstica todo escandalizada.

—Sal, María—dijo Guillermina, obedeciendo á la candente mirada que don Juan tenía fija en sus ojos.

María salió llena de asombro, creyendo que su señora había perdido el juicio.

—Me agrada este aposento—dijo don Juan—, y me quedo en él.

—¡Ah! no, no señor—dijo Guillermina—, vos no podéis querer eso, porque no querréis deshonrarme.

—Aquí—dijo don Juan—, se oyen demasiado las voces de los bebedores que ocupan el salón de despacho, y á mí me gusta el silencio; esta noche mandaréis quitar la muestra de vuestra casa, y mañana no abriréis su puerta; vais á dejar de ser hostalera.

—Pero yo no os entiendo, señor—dijo, cada vez más asustada, cada vez más asombrada y más turbada de momento en momento Guillermina.

—Como yo quiero vivir solo con vos en esta casa, hoy mismo despediréis á los huéspedes que tenéis en ella.

—No se querrán ir.

—Peor para ellos, porque yo les haré salir, al que no quiera por la puerta, por la ventana.

—¡Pero eso es querer perderme!

—Yo os compro esta casa por lo que queráis, y os doy en indemnización de la industria que dejáis, todo el dinero en que lo estiméis.

—¿Quién se acuerda del dinero? no es eso lo que yo he querido deciros; pero ya esta mañana habéis maltratado á un hombre en mi casa.

—Me provocó, y no hice más que imponerle la pena, blanda por cierto, de su provocación.

—Pero los otros huéspedes no os provocan.

—Se irán si vos les decís que se vayan, porque vais á quitar la hostería: ante todo, sois dueña de vuestra casa.

—Sí; pero en mi casa están el gigante que habéis estropeado, y sus otros dos hermanos.

—En buen hora—dijo don Juan—, pero venid sentaos junto á mí; os amo tanto, que quiero mirarme de cerca en vuestros ojos, en vuestros hermosos ojos.

—Me decís que me amáis de una manera tan seria y tan triste, que me apretáis el corazón—dijo Guillermina acercándose.

—He sido y soy muy desgraciado—contestó don Juan.

—En verdad, en verdad—dijo Guillermina sentándose al lado de don Juan—, que nada sé de vos, ni como os llamáis, ni de donde venís; solo sé que os amo; que vuestro amor me da miedo y me hace sufrir mucho.

—¿Os olvidáis ya de que estoy aquí, donde nunca ha entrado un hombre, fuera de vuestro padre, que estáis por la primera vez de vuestra vida sola con un hombre á quien amáis, y que os he mandado que dejéis de ser hostalera, y que echéis á la calle á los huéspedes que tenéis?

—Yo no sé lo que pasa por mí cuando me miráis como me estáis mirando ahora; me olvido de todo.

—Eso quiere decir, Guillermina, que sois completamente mía.

La joven bajó los ojos, y su semblante se encendió con un vivo color.

—Soy feliz á vuestro lado—dijo después de un instante de silencio, levantando los ojos y posando su mirada pudorosa y á la par ardiente, en don Juan.

—Convenimos, pues, en que se hará lo que yo quiera que se haga.

—Yo no puedo, aunque quiero, resistir á vuestra voluntad; pero decidme; á lo menos quien sois, señor.

—Es posible que cuando sepáis mi nombre, vuestra alma se entristezca; no importa; yo estoy triste, muy triste, y necesito otra alma triste por compañera; yo soy don Juan Tenorio, marqués de Marana.

Al oír esto, Guillermina desasíó sus manos de las de don Juan, y se puso de pie pálida y convulsa.

—¡Ah!—exclamó—; yo os creía muy triste, muy desgraciado, muy desesperado; pero no creía que fueseis malo.

—Necesito el dolor del mundo entero para consolar mi dolor—dijo don Juan—; necesito un amor que gimá; un alma que se retuerza con mi alma; un corazón que lata desesperado como el mío.

—Sois casado—dijo Guillermina—, os han robado vuestra esposa, todo Gante lo sabe, ¿por qué me habéis enamorado, don Juan? ¿por qué me habéis hecho desgraciada, horriblemente desgraciada? yo no puedo dejar de amaros; es



ya tarde: no sé qué poder misterioso é invencible me encadena á vos; yo os creía un ángel, y os habéis convertido en un demonio.

—Saldréis ahora, como todas, con vuestra honra, con lo de los sacrificios; seréis, en fin, no la mujer que yo creía, no el alma capaz de llenarse de amargura, de una amargura que se compartiese con la mía.

—No; no es en mi honra ni en los sacrificios que podéis costarme, en lo que pienso; os amo: en lo que pienso es en mi corazón, porque os comprendo: vos no me amáis; á quien amáis es á la esposa que os han robado: me habéis comprendido, y lo habéis dicho: lo que queréis es labrar en mí un infortunio en que se consuele, cebándose, el vuestro, don Juan: ¿lo queréis? sea: ¿por qué dudar? ¿por qué temer? oid: os amo tanto, que si comprendo que mi dolor calma vuestro dolor, cuanto más desgraciada sea, cuanto más dolorida esté, seré más feliz, porque sabré que vos sois menos desdichado confundiendo vuestra desgracia con la mía.

—¡Siempre el imposible ante mí!—dijo don Juan—: he aquí que yo, que odio á la humanidad, y quería hacer de vos una víctima, me encuentro burlado, porque me amáis tanto que aun siendo mi víctima, seréis feliz.

—Oid, don Juan—dijo Guillermina, sentándose junto á él, ya perfectamente tranquila—: á propósito del rapto de vuestra esposa, he oído contar de vos cosas terribles: dicen que, afortunado con las mujeres, habéis corrido tras un amor que nunca habéis encontrado; que habéis sufrido mucho por amor, y que nunca habéis podido vivir sin amor: yo os tenía lástima, y ahora que os conozco, os comprendo. Hace un año os robaron á vuestra esposa: habéis pasado todo un año sin unos amores que hayan vivido, sufrido, gozado por vos y para vos: ¡ah, sí! no habéis podido vivir de tal manera más tiempo: me habéis visto y me habéis amado; ¡oh, sí! soy completamente feliz don Juan: ¿qué me importa todo? ¿qué puede acontecerme más que morir? ¿perderos? ¿lloraros apartado para siempre de mí? no; porque moriría muy pronto; soy tan dichosa como nunca he soñado serlo, y ya no tengo miedo ni á los tres gigantes ni á toda la universidad; porque estoy segura de ello, al saber que sois el marqués de Marana, no sabrán hacer otra cosa que quitarse el sombrero al pasar junto á vos.

—¿Creéis que yo os he visto por casualidad, Guillermina?

—Sí: sin duda entrásteis para algo en mi hostería, me visteis, y os atraje.

—No: yo vine á vuestra hostería á buscaros, decididamente á buscaros.

—¿Me conocíais entonces?

—No.

—¿Y por qué entonces habéis venido á buscarme?

—Por ver si teníais una cicatriz azul sobre el hombro izquierdo: hoy por fin, vuestro justillo estaba más bajo que de costumbre, y he visto sobre vuestro hombro el principio de esa cicatriz.

—Efectivamente, don Juan. ¿Y por qué esa cicatriz os ha impulsado á conocerme?

—¿Nada os ha dicho vuestro padre acerca de esa cicatriz?

—Sí, sí por cierto: me ha dicho muchas veces que por ella puedo ser una gran persona.

—Vuestro padre se llamaba Jacobo Clauss, ¿no es verdad?

—Sí—contestó con extrañeza Guillermina.

—Fué mucho tiempo buhonero y charlatán; y cuando erais niña, os hacía ganar vuestro pan bailando en las plazas públicas.

—Sí—dijo con creciente asombro Guillermina.

—Pues bien; he aquí que vos sois la mujer á quien yo buscaba.

—¿Y por qué me buscáis, don Juan?

—Porque un astrólogo me ha dicho que una mujer tal como vos, una mujer que me describió, y cuya mujer tuviese una cicatriz azul sobre el hombro izquierdo, había de influir poderosamente en mi vida.

—¿Es eso cierto, don Juan? ¿no ha habido otra causa para que vos me busquéis?

—No el astrólogo me dijo que vos os parecíais á la mujer de mi horóscopo; que si teníais esa cicatriz, erais vos: la tenéis, luego he encontrado en vos una parte de mi destino.

—¡Qué singularidad! una gitana me dijo un día, mirándome las rayas de la palma de la mano:—Tú tardarás en amar; pero amarás con toda tu alma á un hombre solo, y morirás por su amor.

—¡Ah! no quiero más víctimas—dijo don Juan—: me hieren demasiadas en la conciencia.

—No hablemos más de esto—dijo alegremente Guillermina—: el mal ya no tiene remedio; si no queréis que muera, amadme; engañadme, si no me amáis; pero engañadme de modo que yo crea en vuestro amor.

Don Juan no contestó; se había preocupado profundamente.

—Lo que vos queréis—dijo Guillermina—, lo quiero yo; y ten prueba de ello, voy á despedir ahora mismo á todos los huéspedes de la hostería, empezando por echar á la calle á los tres gigantes.

Y Guillermina salió.

—¡Esto es terrible!—dijo don Juan—¿Qué necesidad había de que yo enamorase á esa pobre joven, á quien no puedo amar, porque el último amor que me quedaba se le ha llevado consigo mi Estrella? ¿por qué no puedo yo mirar á una mujer incitante por su hermosura,

¿por su pureza, sin que me arrastre á ella una fuerza irresistible? ¿y para qué? para lo eterno, para lo inmutable: cuando se toca á la mujer, la mujer desaparece, viene á tierra el fantasma tentador que nuestra imaginación se ha fingido en aquella mujer: es que yo amo lo que no existe; es que nunca, desengañado, creo que toda mujer cuya hermosura preocupa mis sentidos, es el ángel divino que sueño: es que yo busco en la mujer un alma que Dios no ha dado á la mujer: es que yo quiero realizar el imposible de que lo impuro sea puro, lo material inmaterial: tal vez si Estrella hubiera sido mía, se hubiera convertido de ángel en mujer: ¡ah! yo estoy loco: he recibido de Dios ó de la naturaleza un alma que ambiciona más que lo que puede tener, y en vano acudo á mi razón; no la tengo; estoy loco: y más loco desde que aquella Ludgarda, que no sé si fué infame ó desgraciada, me envenenó la sangre con aquella maldita sortija que la mató: ¡bah! ¿á qué querer ordenar el caos de mi alma? ¿á qué luchar, cuando sé que nada puedo contra mí mismo? no opongamos resistencia al huracán de mi vida; y si la hija ignorada del gran bailfo, si Guillermina está destinada á aumentar el número de mis víctimas, sea.

Y don Juan siguió paseando á lo largo de la sala meditabundo y sombrío.

XV

A María, como á todas las criadas de todos países, la había faltado tiempo para sacar á pública plaza, lo que llamaba, escandalizada, un criminal desliz de su señora.

Todos los que estaban en el despacho sabían que en el aposento de Guillermina había entrado un hombre, y que Guillermina había hecho salir á María.

Así, pues, cuando Guillermina salió de su aposento y atravesó el salón bajo para subir las escaleras, se levantó una especie de murmullo, de significación ambigua, entre los concurrentes que llenaban el salón.

Guillermina, ó no se apercibió de la intención de ese rumor ó estaba completamente decidida por don Juan, y le importaba muy poco de ello. Pero al llegar á la puerta de la habitación donde estaban los tres gigantes, la sorprendieron unas palabras que oyó.

Aquellas palabras, á juzgar por la voz que las había pronunciado, pertenecían á Guillermo Stolpen.

—¡Oh! no—había dicho Guillermo—, no sucederá ahora como cuando nos impediste llegar á todas las consecuencias del roto de la marquesa de Marana.

—Ahora sucederá—dijo una enérgica voz de

mujer—, lo que sucedió entonces; es decir, que será lo que debe ser.

—¡Oh! no—contestó Franz—: tú has encontrado un convento para poner á salvo de nosotros á la marquesa de Marana, Filiberta; pero no encontrarás un lugar donde poner á cubierto al hombre que es mi declarado enemigo, puesto que me ha vencido.

—Lo hago por vuestro amor—dijo Filiberta—; porque ese hombre el marqués de Marana, que él es sin duda, según las señas que de él me habéis dado, os vencerá siempre.

—¿Conocías tú al marqués de Marana, Filiberta?—dijo Guillermo con acento sombrío.

—Sí—contestó Filiberta—: hace algunos meses el marqués de Marana fué á nuestro castillo pretendiendo saber por mí lo que había sido de nuestro amigo el gran bailfo Esteban Kresberg.

—¿Y no has vuelto á ver á don Juan, hermana?

—No—contestó Filiberta—; el marqués partió y yo no sabía nada de él, hasta que me han avisado que Franz había sido herido; he venido á verle, y he sabido por vosotros las señas del hombre que le había herido; por esas señas he reconocido á don Juan Tenorio: por lo mismo os aconsejo desistáis en vuestros proyectos de venganza: don Juan Tenorio es terrible, y sólo conseguiriais, al provocarle, ser vencidos por él, como lo ha sido Franz.

—Cuenta con lo que dices, hermana—observó Guillermo—; no parece sino que estás enamorada de don Juan.

—Y si lo estuviera, ¿qué derechos tenéis vosotros á pedirme cuenta de mis afectos? pero tranquilizaos, yo no amo á don Juan; si le amara, no hubiera intervenido en su conducta; hubiera dejado que las cosas marcharan naturalmente; hubiera dejado que mataseis de vergüenza y de dolor á la marquesa de Marana: por el contrario, la he protegido; la he guardado para su esposo, poniéndola bajo el amparo de una santa casa de Dios.

—¡Ah, no!—dijo con voz rugiente Guillermo—; nos vendes nuestra honra enamorando de un hombre casado.

—Cuando se hace una acusación—dijo Filiberta con voz tranquila, pero serena y firme—; es necesario tener la prueba: ¿qué prueba tenéis de que lo que yo he hecho ha sido por amor á don Juan?

—¿Qué prueba?—dijo Guillermo—; ¿la quieres más clara? La marquesa cree que don Juan ha muerto, y tú no sólo no has desvanecido este error de la marquesa, sino que la has afirmado en él; sabías que don Juan había vuelto á Gante, y no la has dicho: don Juan, vuestra esposa está en el convento del Corazón de María. Más aún: doña Estrella, creyéndose viuda, ha tomado el hábito de novicia y dentro de poco profesará.

—Todo esto—dijo Filiberta—, era necesario

para que la esposa de don Juan estuviese á cubierto de sus enemigos.

—No—contestó Juan—; todo esto, Filiberta, sólo es necesario para que tú no tengas celos de la esposa de don Juan.

—Los que, como vosotros, han sucumbido á tanta infamia—dijo con una valiente energía Filiberta—, no tienen derecho á examinar las intenciones de nadie.

—Pues bien, no nos entrometeremos en tu conducta—dijo Guillermo; pero nadie nos impedirá que castigemos á ese terrible don Juan.

—Don Juan os matará—dijo Filiberta—, estoy segura de ello; yo he cumplido con mi deber advirtiéndoselo; haced lo que queráis; pero si es cierto como decís, que yo amo á don Juan, tened entendido que si don Juan os mata, ¡o! que vosotros le provoquéis, yo no he de aborrecer por ello á don Juan.

Guillermina se separó rápidamente de la puerta, porque oyó unos precipitados pasos de mujer que se dirigían á ella, y se ocultó tras la puerta de una habitación inmediata.

A poco vió pasar una mujer magnífica.

Era Filiberta.

Indudablemente, los tres hermanos gigantes habían quedado solos.

Cuando Filiberta hubo descendido por las escaleras, Guillermina salió de su escondite y llamó á la puerta del cuarto de los tres gigantes.

Vino á abrir Juan.

Al ver á Guillermina retrocedió.

—¿Qué es esto!—dijo—: ¿tenemos la felicidad de que la hermosa hostelera de la «Rosa Blancas» venga á ver á nuestro hermano, herido por su causa?

—Ciertamente—dijo Guillermina—, que yo me intereso mucho por el señor Franz; no he oído sus proposiciones, porque el señor Franz Stoplen tiene muy mala reputación; pero como supongo que el lance que ha tenido con ese extranjero consiste en los celos que le ha causado el ver que ese extranjero hablaba conmigo todos los días, he reconocido cuánto me ama, y no puedo menos de agradecer su amor; dejadme, dejadme, pues que vea al señor Franz Stoplen.

—Pasad, pasad, hermosa rosa blanca; estoy seguro de que mi hermano al veros tan humana con él, se alegrará del lance que ha dado ocasión á que vos os ablandéis.

Guillermina entró en la habitación.

Al verla Franz, que estaba tendido en un lecho, saltó de él y vino al encuentro de la joven.

—¡Ah! señor Franz—dijo ésta—, yo tenía mucho cuidado por vos, porque creía que esta-

bais en un estado gravísimo; pero lo visto, á pesar de la venda que os rodea la cabeza, esto no es nada.

—Afortunadamente no, corazón mío—dijo Franz—, esto no ha pasado de ser un buen catarazo que me hizo dar en tierra; pero ha pasado, y con vuestra visita, que es el mejor medicamento que pudieran haberme recetado los médicos, me he restablecido completamente.

—Me alegro mucho de ello—dijo Guillermina—, porque de ese modo puedo deciros, con mucha más razón, que dejéis libre este aposento.

—¡Cómo!—dijo Franz, poniéndose pálido.

—¿Qué dice esta mujer?—exclamó con altivez Guillermo.

—¿Qué queréis que diga ni que haga una mujer que está enamorada del marqués de Marana procurar alejarnos, de miedo de que nos veamos frente á frente con su amante, que viene sin duda con mucha frecuencia á la hostería?—dijo Juan Stoplen.

—No; no es eso precisamente, señores—dijo Guillermina—, por el contrario, no ha podido serme indiferente la prueba de amor que me ha dado esta mañana el señor Franz; todo consiste en que voy á cerrar la hostería, en que dejo el oficio, y en que de la misma manera que os suplico salgáis de la hostería, lo suplicaré á los demás huéspedes.

—No saldremos de aquí—dijo Franz.

—¿Y por qué no saldréis, señores?—dijo, entrando en la habitación don Juan, que haciéndosele tarde que volviese Guillermina, había ido en su busca.

—¡Ah!—dijo Guillermo Stoplen—: ¿habéis tomado á vuestro cargo, señor marqués de Marana, los negocios de Guillermina?

—Cuando tres hombres, á quienes todos temen en Gante, se proponen burlarse de una pobre niña—dijo don Juan—, y esto lo sabe un caballero como yo, este caballero entra en curiosidad de saber si pueden también burlarse de él, no digo yo tres gigantes, ya que así se os llama en la ciudad, sino todos los titanes que osaron asaltar el Olimpo.

—Supongo—dijo Franz—que vos no tendréis la presunción de estar armado con los rayos de Júpiter.

—Sin los rayos de Júpiter, señor mío—dijo don Juan—os he probado esta mañana, que sin mataros, he tenido poder bastante para tenderos á mis pies.

—Señor marqués de Marana—dijo Guillermo Stoplen—, creo que si no respondemos con la espada á vuestras palabras, no creéis que lo hacemos de cobardes ni de mal nacidos.

—No conozco los cobardes ni los valientes—dijo don Juan.

—Perdonad, marqués—dijo Juan Stoplen—, si no habéis conocido cobardes, vais á conocerlos;

los tres que estamos delante de vos, y á pesar de las palabras que acaba de pronunciar mi hermano Guillermo, os respetamos ciegamente; es decir, os tememos como al fuego.

—Si mentís, caballero—dijo don Juan—, hacéis mal; si pretendéis burlaros de mí, os equivocáis, porque de mí no puede burlarse nadie.

—Voy á explicarme, señor marqués—dijo Juan Stoplen—; si todo se redujera á cambiar un par de estocadas, los hermanos Stoplen, los tres gigantes de Gante, los hijos adoptivos de esta noble ciudad, no tienen miedo ni al mismo Satanás en persona, pero sabemos quién sois; sabemos que el emperador de Alemania, el rey de España, el señor de Gante, os ama, y dejaría caer sobre nosotros todo su poder, con el cual no podríamos combatir, si os matásemos; apreciamos la libertad y la vida, y no es á vos á quien tememos, sino al afecto que gozáis del poderoso señor de Flandes: ahora bien, si sobreviene una ocasión en que cualquiera de nosotros nos encontremos con vos en lugar donde podamos mataros, sin testigos, comprenderéis que nada tenemos de débiles ni de cobardes.

—En buen hora—dijo don Juan—, á la presente la cuestión es que salgáis de aquí, porque, no Guillermina, yo, quiero que salgáis; lo demás, dejadlo al tiempo, señores; yo os juro que ha de llegar un día que al verme echéis por otra parte, de miedo de encontrarme; dentro de un cuarto de hora no estaréis aquí: buenos días.

Y asiendo á Guillermina de la mano, salió con ella del aposento.

—Aquí tenemos dos cuestiones graves—dijo Guillermo—, y como hermano mayor me corresponde hacerlos cargo de ello.

—¿Y cuáles son esas dos grandes cuestiones? hermano—dijo Franz.

—La primera cuestión es Filiberta; hemos jurado que no toleraríamos que nadie se acercase enamorado á ella, sino después que probásemos que era por lo menos merecedor de su mano, por ser tan bravo como nosotros; nosotros habíamos pensado cuando tal juramos, en un caballero que estuviese libre para contraer matrimonio, y cuya casa y cuya hacienda nos conviniese; pero el hombre propone y Dios dispone; nuestra hermana, cuando mantiene á la hermosa doña Estrella en el error de que su esposo ha muerto, y además, cuando sabiendo que el marqués de Marana está en Gante no le ha revelado que su esposa está en el convento del Corazón de María, ama á don Juan, á un hombre casado; tal vez no son las señas que hemos dado de don Juan las que han hecho reconocerle en el hombre con quien Franz ha reñido esta mañana; es muy posible que Filiberta y don Juan se vean, se entiendan; somos muy descuidados, hermanos; Filiberta vive sola, como señora absoluta, en nuestro castillo; es

muy posible que ella y don Juan se vean, se traten; que está enamorada de don Juan Filiberta, no hay que dudarlo; que pueda ó no amarla don Juan, siendo Filiberta tan hermosa, no da lugar á duda; lo más probable, lo casi cierto es que nuestro honor esté manchado.

—Esa sola idea—dijo Franz—basta por sí sola para que exterminemos á don Juan.

—Venimos á la otra grave cuestión: matar á don Juan es muy dudoso; tú eres una admirable espada, Franz; tienes, como todos nosotros, unas fuerzas de toro, y sin embargo, esta mañana don Juan te ha vencido como hubiera vencido á un niño; además, supongamos que le vencemos, que le exterminamos; nos veríamos obligados á huir de Gante; porque los buenos burgomaestros, por contentar al emperador, nos perseguirían de muerte; estamos apurados, y entonces nos veríamos reducidos á la indigencia; no hay que pensar en esto, ni dejar tampoco de pensar en vengarnos; pero adoptemos una venganza indirecta, empezando por confiar á don Juan.

—¿Y cuál puede ser nuestra venganza indirecta?—preguntó Franz.

—¿Te has olvidado ya de la dama española que vive en el ángulo opuesto de la plaza?—dijo Guillermo.

—¡Cuerpo de Saturno!—exclamó Franz—, á todas las partes que vuelvo el alma me encuentro con ese hombre; su mujer me embriaga; Guillermina me vuelve loco; Magdalena es mi infierno; detrás de cada una de esas muejres está don Juan.

—Magdalena será nuestra venganza indirecta—exclamó Guillermo—: ¿no te ha dicho ella que si la descubres el paradero del marqués de Marana, llegará hasta el punto de ser tu esposa?

—Sí; he tenido que sufrir esa proposición.

—Pues bien, Franz, vete á verla y díla—: Allí, en aquella hostería, al otro lado de la plaza, vive el marqués de Marana, en los brazos de una mujer. Basta con esto; estoy seguro de que dentro de pocos días sucede á don Juan algo terrible que nos vengará completamente de él; conque empecemos por doblegarnos á las circunstancias, saliendo de aquí; después, manos á la obra, y que no pase el día sin que Magdalena sepa dónde y cómo está el marqués de Marana.

—Bien—dijo Franz—, pero no me satisfago sino malo á ese hombre.

—Muera él—dijo Juan—, y no importa quién le mate.

Y los tres hermanos salieron de la hostería.

XVI

Aquella noche la hostería quedó sin un huésped, sin muestra sobre la puerta y cerrada ésta;

como que había dejado de ser casa pública; pero don Juan se encontró con que Guillermina le dijo, apenas se había encendido la luz.

—Os he complacido, don Juan; pero no podéis permanecer aquí; leamos, si queréis, un poco la Biblia, en presencia de María y de vuestro criado Gabilán, y cuando suene el toque de cubrefuego, saldréis.

—Es decir que volvéis atrás, ó que no sentiais lo que me dijisteis esta mañana.

—Os amo mucho, don Juan, y temo perderos.

—¿Que teméis perderme?

—Sí; temo ser abandonada, apenas rendida; vos no me amáis, no; tengo la desgracia de conocerlo; necesitáis, vos lo habéis dicho, un alma que llenar de amargura para aliviar algo la amargura de vuestra alma; necesitáis para cada día de vuestra vida una víctima, y amáis á la víctima antes de despedazarla; yo os amo tanto, que no sabéis cuánto soy yo capaz de hacer por vos, pero no puedo resignarme á la idea de perderos, de no volveros á ver; no, don Juan, no; resistiré por conservaros á mi lado; porque si yo soy bastante fuerte para resistiros, os obstinaréis en vencerme, y mientras no me vengáis, permaneceré á vuestro lado.

—Vos os venceréis á vos misma; os venceréis tan pronto, que no me obstino en permanecer aquí; sería mucha felicidad para mí el que fueseis una mujer fuerte; además, Guillermina, voy á ser franco con vos, muy franco: estoy cansado, rendido; siento algo dentro de mí que se parece á la muerte; vuestra belleza, vuestra pureza, por una parte, excitan mis sentidos, y por otra me obligan á estimaros; pero no tengo empeño por vos, no os amo; hay en mí momentos de locura en que me creo enamorado de una mujer á quien conozco, acaso por la primera vez, y eso me aconteció esta mañana; volví á la hostería por otro rapto de locura, por vanidad, por temor de que creyesen que no volvía á ella por miedo á las consecuencias del lance que tuve con Franz Stoplen; me metí en vuestro aposento para dar una muestra de osadía, de dominio; cuando me vi solo con vos, caí en un sueño voluptuoso, cansado, desesperado; creí que me sería posible embriagarme en vuestra hermosura y olvidar mis penas en medio de la embriaguez; eso no es posible, Guillermina; yo no tengo alma para otro amor que para la mujer cuyo paradero ignoro; en ella se ha sumergido todo mi pasado; ella era todo mi porvenir; para ella solo vivo, y la mujer que ceda á un momento de locura mía, cuando yo vuelva en mí de esa locura se encontrará con un terrible desengaño; yo no os amo, Guillermina, pero os estimo mucho.

Guillermina gimió y se la arrasaron de lágrimas los ojos.

—Me amaréis—dijo—porque os amo yo, porque os amo tanto, que mi amor hará nacer el vuestro.

—Ved aquí lo que son las mujeres—dijo don Juan—: cuando se las replica rendido, son tiranas; para el que las trata como un tirano, son humildes; afortunadamente, en estos momentos no estoy loco, Guillermina, y puedo permanecer á vuestro lado sin temor, hasta el toque de cubrefuego; sentaos, y no hablemos más de amor, y dejemos en paz la Biblia; tenemos que hablar de cosas mucho más importantes.

—¡Ah! no sé qué influencia tenéis para mí, don Juan, que no sé resistir á vuestra voluntad—dijo Guillermina sentándose—; hablad, os escucho.

—Esta mañana—dijo don Juan—os engañé haciéndoos creer que os había buscado porque un astrólogo me había dicho que una mujer tal como vos, que tuviese una cicatriz azul sobre el hombro izquierdo, satisfaría la sed de mi alma; no, Guillermina, no; ¿conocéis á un tal Vanloo?

—¿Un capitán de aventuras, soldado cuando le pagan sueldo, bandido cuando no encuentra quién le tome á su servicio?

—Cabalmente—dijo don Juan.

—He conocido á ese hombre hace algunos años, antes de venir á Gante: mi padre y él habían sido compañeros en la guerra de Italia.

—Pues bien: ese hombre, que por cierto se me ha perdido, es el que me ha encaminado á vos.

—¿Y á propósito de qué, don Juan?

—Yo he venido solo á Gante á buscar al gran bailío Esteban Kresberg, con un encargo de su majestad el emperador: le vi, desempeñó mi encargo, y á los pocos días el gran bailío desapareció: importa mucho al buen servicio del emperador que yo encontrase al gran bailío, y en pos de él pasé á Francia y después á Alemania: mi lealtad al emperador me ha costado la pérdida de mi esposa, el estado de delirio y de desesperación en que me encuentro: en Colonia conocí á Vanloo; le pregunté si tenía noticias de que hubiese pasado por allí el gran bailío, y me respondió que había pasado en efecto, pero que se ignoraba adónde había ido:—Sin embargo—me dijo—, si queréis encontrar al gran bailío, volved á Gante y buscad en la hostería de la «Rosa Blanca» á una joven que se llama Guillermina, y que tiene una cicatriz azul sobre el hombro izquierdo: por esta joven podréis encontrar al gran bailío.

—¿Qué tengo yo que ver con el gran bailío de Gante? —dijo Guillermina—: ni aun le conozco.

—No importa; yo pondré carteles en todas las ciudades de Flandes, en París, en toda Alemania; carteles en que se leerá lo siguiente:

«El marqués de Marana dará razón, á quien le pregunte por ella, de una joven flamenca, de veinticuatro años, que tiene una cicatriz azul sobre el hombro izquierdo.»

De seguro, como el gran bailío estará en alguna parte, y yo haré que en todas partes se ponga ese cartel; el gran bailío parecerá.

—Y decidme, don Juan, ¿por qué el gran bailío Esteban Kresberg parecerá cuando lea ese cartel?

—¡Ah! el gran bailío os quiere mucho, Guillermina, á pesar de que no os conoce; os ha buscado mucho, y no ha podido encontraros.

—¿Y por qué me ha buscado el señor Esteban Kresberg?—dijo Guillermina, cuyo interés crecía de momento en momento.

—Vamos, es necesario que tengáis valor, Guillermina, para la revelación que voy á hacer.

—Me sobra el valor, don Juan.

—Pues bien, decidme: ¿no os ha irritado alguna vez el recuerdo de que habéis ido por todas partes al lado de un buhonero bailando y cantando para ganar vuestro pan?

—La miseria, el afán y el trabajo irritan á todo el mundo.

—¿No habéis creído nunca que habíais nacido para otra cosa?

—Sí; cuando algunas veces nobles damas nos llamaban para que las divirtiésemos, al verlas ricamente vestidas en sus magníficos salones, recordaba yo, como se recuerda un sueño, otros salones también magníficos, en los cuales creía haber pasado los primeros años de mi vida.

—¿Y á quién habéis atribuido esos recuerdos confusos?

—A nada, don Juan; porque yo, desde que tengo uso de razón, me he visto siempre al lado de Jacobo Klauss, de mi padre.

—Y decidme, Guillermina, ¿no puede ser que Jacobo Klauss no fuese vuestro padre?

—No puede ser, don Juan; yo no he conocido otro padre que Jacobo Klauss—dijo Guillermina poniéndose densamente pálida.

—¿Y habéis conocido á vuestra madre?

—No, don Juan: mi padre me decía siempre que mi pobre madre había muerto al darme á luz.

—¿No os dijo también Jacobo Klauss que por la cicatriz que tenéis en el hombro izquierdo podríais llegar á ser mucha persona?

—Sí.

—¿Y eso no os ha hecho pensar nada?

—Sí; y he preguntado muchas veces á mi padre; pero éste sólo me respondía:—Cuando llegue la hora lo sabrás.

—Por lo que veo, Jacobo Klauss al morir nada os reveló.

—No pudo revelarme nada, don Juan: mi padre murió de repente, como herido por un rayo, y si tenía acerca de mí algún secreto, se lo llevó á la tumba.

—¿Y vos, nada habéis deducido?

—Entre el millón de suposiciones que he hecho, la que con más instancia se ha revuelto

en mi imaginación, ha sido la de que mi padre, que era muy buen mozo, hubiese tenido amores con alguna noble dama, de la cual hubiere nacido yo, y por esta razón dijese mi padre que esta cicatriz mía pudiera hacerme alguna vez mucha persona; pero cuando yo decía esto á mi padre, mi padre me contestaba:—No te canses en dar vueltas á esto, Guillermina; aguarda á que llegue la hora de que este misterio se desvanezca para tí.

—Pues ha llegado la hora, Guillermina—dijo don Juan.

—¿Conocéis vos ese secreto, don Juan?—dijo alentando apenas Guillermina.

—Le conozco en parte—respondió don Juan—: sé que no sois hija de Jacobo Klauss.

—¿Pues de quién soy hija?—exclamó con ansiedad Guillermina.

—Del gran bailío Esteban Kresberg—contestó don Juan.

—¡Pero el gran bailío es un gran señor, casi un príncipe!—exclamó Guillermina—: ¡es muy rico y muy poderoso!

—Por lo mismo, Guillermina; desde el momento en que esta mañana, por estar vos más descotada que de costumbre, me dejasteis ver parte de esa cicatriz azul sobre vuestro hombro izquierdo, me propuse que dejaseis de ser hostelera.

—Yo lo creí un capricho vuestro.

—Hubiera sido un capricho muy raro, Guillermina, y yo no adolezco de rarezas, no: era que mi altivez se sublevaba al ver en tan bajo oficio á una igual mía; porque vos sois ó debéis ser una noble dama: vuestra sangre se revela en vos, en vuestra delicada hermosura, en vuestra altivez ingénita.

—Y, sin embargo, don Juan—dijo Guillermina—, mi altivez se ha visto siempre humillada: no podéis figuraros cuánto he sufrido.

—Es necesario que acabéis de sufrir; es necesario que parezca vuestro padre y que os reconozca: y parecerá, no lo dudéis.

—¿Pero nada podéis decirme acerca de las causas que han hecho que yo no conozca á mi padre y haya tenido por tal al que no lo era?

—Vanloo, que fué quien me reveló que erais hija de Esteban Kresberg, no pudo decirme cómo habíais venido á poder de Jacobo Klauss: cuando yo conocí á Vanloo tenía sobre mí el empeño de salvar á una mujer, y no tuve tiempo de preguntar á Vanloo; después no le he vuelto á ver, ni me ha sido posible averiguar su paradero; pero según me dijo Vanloo, Esteban Kresberg tiene un gran empeño en encontraros, conoce indudablemente la señal por medio de la que podrá reconoceros, y es casi seguro que cuando sepa por mis carteles que vos estáis en mi poder, vendrá á buscaros: entonces sabremos lo que hay en esto.

Sonó entonces grave y lento el toque de currefuego.

A esta señal se cerraban todas las casas, el que estaba en la ajena se volvía á la suya, y poco después las calles quedaban solitarias y oscuras, y se tendían las cadenas que cerraban muchas de ellas.

—Puesto que no he de quedarme á vuestro lado, porque vos no lo queréis, ni yo lo quiero—dijo don Juan levantándose—, me voy á mi casa antes de que tendidas las cadenas en las calles, no puedan pasar nuestros caballos, y cerradas las puertas, no podamos salir de Gante. Adiós, pues, Guillermina, y hasta mañana muy temprano.

—Voy á pasar una horrible noche de ansiedad—dijo Guillermina—; pero idos, idos, no se os haga tarde.

—¡Oh! necesito hacer un grande esfuerzo y recurrir á toda mi reflexión para separarme de vos: ¡qué hermosa sois! ¡oliais ser uno de mis más grandes amores, si yo no estuviese enamorado. ¡Hola, Antón!—añadió don Juan, mientras Guillermina guardaba silencio, palpitable y ruborosa—: saca los caballos: adiós, hija mía, adiós.

Y asiendo una mano á Guillermina, se la besó y salió.

Guillermina ahogó un grito de dolor.

Los labios de don Juan la habían quemado la mano, y aquel fuego había recorrido todas las venas de la joven.

María abrió la puerta, y don Juan y Gabilán salieron.

Guillermina se dejó caer sobre la silla en que había estado sentada, y permaneció inmóvil, con los brazos abandonados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

En tal estado de atracción se encontraba, que no reparó en su criada María, que acababa de entrar.

—¡Oh! ¡cuán triste la ha dejado ese caballero!—dijo María—: ¡pobre señora!

—¡Le amo!—decía para sí Guillermina—: conozco que mi amor es una gran desgracia; y sin embargo, no cambiaría esta desgracia por todas las venturas que puedan imaginarse: yo le diría dónde se encuentra su esposa; pero aun no es tiempo: es necesario que yo lo prepare, que yo haga de modo que nadie sospeche, que nadie se aperciba, que don Juan no dé un golpe en vago: ¡y cómo! ¡ah, sí! entrando yo en el convento del corazón de María: además, debo librarme de mi misma; la voluntad de don Juan se subyuga; si recae en su terrible locura, en esa locura que le hace ambicionar todas las mujeres que encuentra al paso, faltaré á lo que debo á mi virtud y á mi corazón: es un hombre casado, y no puedo ser suya sin ofender á Dios, sin ofen-

derme á mi misma: ¡oh! mañana don Juan no me encontrará aquí: ¡qué vida tan desgraciada la mía, y cuán desesperado y cuán triste mi primero y mi último amor!

Y Guillermina se levantó en silencio, tomó la bujía que estaba sobre la mesa, pasó á su aposento, en el que había un lecho, se acostó vestida sobre él, y María, que la había seguido, oyó que lloraba.

XVII

—Como hay Dios, señor—dijo Gabilán alejándose con su amo—, yo había creído que ibais á pasar la noche en la hostería, y andaba requebrando á la criada, que es muy linda, para que me acomodase bien.

—Es decir, Antón, que ya te has olvidado de Dolores.

—Dime con quien andas y te diré quién eres—contestó Gabilán que estaba acostumbrado á expontanearse con don Juan, como que le había servido durante toda su vida—; pero no es completamente verdad que yo me haya olvidado de mi andaluza, ni aunque quisiera podría; Dolores se ha venido á Gante, y ayer me la he encontrado frente á frente, pidiéndome que la pague lo que dice que la debo: ya sabéis, señor, que yo soy parco en mis amores; sólo he tenido dos novias: la pobre Esperanza, con quien me casé, y Dolores, con la que es muy posible que me case; porque la deuda que me reclama, es buena y legítima, y me obliga mucho con esto de haber venido á buscarme.

—Y nada me habías dicho, bribón—dijo don Juan.

—Qué os he de haber dicho, señor, si no os he visto desde ayer al medio día, hora en que os fuisteis solo adonde yo me sé, hasta esta mañana que volvisteis por allá para mandarme montar á caballo con las maletas: nada os dije, porque yo os leo el humor, y le traéis muy malo.

—Es decir, Gabilán, que cuando esta noche me hablas crees que tengo buen humor.

—En primer lugar, os habéis estado solo y encerrado dos horas con Guillermina; y luego, como es de noche, no os he visto el rostro.

—Te prohibo que hagas la más leve suposición ofensiva al decoro de Guillermina.

—¡Quién! ¡yo! supongo yo algo de que os vayáis al castillo Negro y lleguéis á él de noche y os abra un postigo una mujer, que bien pudiera ser Filiberta Stoplen, y salgáis por la mañana?

—En saliendo al campo, Gabilán, voy á romper mi espada en tus costillas; ¿eres mi criado, ó mi espía? ¿quién te paga para que me sigas los pasos?

—Mi cariño, señor: dicen que es muy peligro-

so acercarse al Castillo Negro, ya sea de día ya sea de noche, y que las afueras de la ciudad de Gante, están infestadas de terribles salteadores; así pues, ¿qué tiene de extraño que yo cogiese un arcabuz y me fuese detrás de vos á la larga? yo señor, soy vuestro confidente y no sé por qué no me lleváis con vos á esas expediciones, que os aseguro son peligrosas; pero no importa, sin que me lo mandéis voy yo: ¡y qué hermosa es y que dama Filiberta Stoplen!

—Te indulto de la paliza: ¿y dónde has encontrado á Dolores?

—Ayer, cuando vos os marchásteis, como tenía que hacer algunas compras en la ciudad, monté á caballo y me vine: pasaba yo muy descuidado por una calle, cuando sentí que alguien se me agarraba á la pierna derecha; me volví y me encontré con Dolores, que me miraba y me sonreía, más bonita y más viva que nunca.

—¡Hola! ¿qué es esto?—la dije—, ¿á qué vienes tú por aquí?

—Paisano—me contestó—, ¿pues qué, creías tú que yo hablaba en chanza cuando te decía que te tenía el querer más grande que la voluntad y que la hacienda? como mi pobre señora ha muerto, con mis ahorrillos y con lo que me dejó mi señora al morir, me he venido á Gante, donde sabía que estaba don Juan, y donde por lo tanto, debías estar tú; sin embargo, aunque hace quince días que estoy en Gante, y de que te he buscado, no he podido dar contigo; pero la casualidad te ha echado delante de mí, y creo que no te volverás á escapar; ea, echa pie á tierra ó dame la mano y el pie para que yo suba en tu caballo.

Eché pie á tierra.

—¿Y dónde paras, chiquilla?—la pregunté.

—En la hostería del «Ratón Negro»—me contestó.

—Pues vámonos para allá, hermosa, almorzaremos juntos, refrescaremos memorias pasadas, y veremos lo qué hay que hacer.

Allá nos fuimos, señor, y la verdad es, que de recuerdo en recuerdo se nos pasó el tiempo; ella loca por mí, y yo loco por ella, y me estuve en el «Ratón Negro» hasta el toque de cubre-fuego, en que me echó á la calle uno de los criados de la hostería.

—Y á pesar de eso, bribón, querías que te acomodase bien la doncella de Guillermina.

—¡Y, qué queréis, señor! quien con lobos anda...

hombre que había detenido el caballo de don Juan—; pero con que yo os diga mi nombre bastará para que comprendáis que se trata de algo bueno: yo me llamo Tomás Toannokt.

—¡Bah! pues no os conozco.

—No importa: aunque yo creía que no había en Gante nadie que no me conociese: ¿queréis seguirme, don Juan?

—¿Y adónde? ¡vive Dios!

—En primer lugar, si salís al campo os perdéis.

—¿Queréis decirme cómo?

—De la manera más sencilla del mundo: hay treinta hombres esperándoos en los abetos que están á la izquierda del camino de Escalda.

—¡Ah, poder de Dios! ¿y quién paga esos treinta hombres?

—Puede pagarlos Filiberta Stoplen, por celos de cierta dama, que hace mucho tiempo está en Gante, y puede ser que los pague esta misma señora, por celos de Filiberta Stoplen: como si os sucede algo estoy yo expuesto á que se me castigue, he aquí que me importa mucho que no vayáis esta noche al Castillo Negro, para donde lleváis el camino, y os vayáis por otro lado á vuestra casa de campo.

—Os advierto—dijo don Juan—, que yo no retrocedo jamás y que no he de retroceder ahora.

—Vamos, don Juan: cuando yo acabe de decir, por qué me he puesto delante de vos, puede ser que en vez de tomar el camino del Escalda, os vayáis por otro lado y os volváis á vuestra casa, donde os espera una nobilísima persona; una persona á quien debéis haber amado mucho; porque se conoce que ella os ama con delirio...

—¿Y quién es esa persona si gustáis?

—Esa persona se llama doña Magdalena de Córdoba y de Válor.

—¡Jesucristo!—exclamó Gabilán.

—¿Decís que está en Flandes esa señora?—dijo con asombro don Juan.

—Sí señor; desde mucho tiempo antes que volviérais vos de Alemania.

—Callad mientras salimos de la ciudad, y echad delante, camino de mi casa: pero nos encontraremos muchas cadenas tendidas, y cerradas las puertas.

—Saltaremos por encima de las cadenas, y nos haremos abrir las puertas, señor don Juan.

—Yo no quiero contravenir las ordenanzas de la ciudad.

—No las contravendréis, yendo conmigo: si nos encontramos una ronda, aunque la ronda haya visto que hemos saltado una cadena, al verme el rostro, nos dejarán pasar; cuando yo llegue á la puerta, con solo pronunciar mi nombre, la puerta se abrirá.

—¿Quién sois vos, pues?

—Yo soy simplemente el mendigo Toannokt, estudiante espulsado de la universidad.

—Echad, vive Dios, delante y de prisa—dijo

En este momento, un bulto se puso delante del caballo de don Juan.

—Deteneos si os place—dijo una voz enérgica—, y escuchad.

—Yo no vengo á pedir, sino á dar—dijo el

don Juan—, y tened entendido que al primer indicio de traición que vea en vos, os rajo.

Toannokt empezó á trotar delante de los caballos.

De tiempo en tiempo decía:

—Aquí hay una cadena; saltad y ayudad bien á los caballos que está á cuatro piés de altura.

Afortunadamente los caballos eran muy buenos, y don Juan y Gabilán excelentes jinetes, y las cadenas sirviendo de señal de su situación las esquinas de los edificios, eran saltadas en limpio.

Pero los caballos llegaron rendidos á la puerta. Habían saltado veinte cadenas.

Toannokt llegó á los guardas de la puerta, pronunció su nombre y la puerta se abrió.

Salieron los tres, y la puerta volvió á cerrarse.

—¿Qué autoridad tenéis vos en Gante?—le preguntó don Juan.

—Simplemente la del mendigo Tomás Teannokt—contestó el estudiante.

—Pues vivé Dios—dijo don Juan, cuya curiosidad estaba vivamente excitada—, que no se abren así para un cualquiera las puertas de la ciudad de Gante.

—Yo soy un cualquiera; yo soy un mendigo Toannokt

—Elegid entre dos cosas que os muevan á responderme con claridad á lo que os pregunte: ó el recibir todos los cintarazos que yo pueda daros, ó todo el dinero que queráis pedirme.

—Tan capaz sois de lo uno como de lo otro, don Juan, pero yo soy también muy capaz de no recibir ni lo uno ni lo otro.

—¡Hola! ¿os atrevéis conmigo, bribón?

—¡Quia! no señor: pero acercaros vos á mí y perderme como si me hubiera deshecho en el aire, será una misma cosa, y os quedaréis sin saber por querer saber demasiado, lo que os importa mucho saber.

—Hablad—dijo don Juan desmontando.

—En cuanto deis dos pasos hacia mi desparezco—dijo Toannokt que estaba á una respetable distancia de don Juan.

—Hablad lo que queráis, hablad, aquí no nos oye nadie: ¿os envía doña Magdalena?

—No señor—contestó Toannokt—, doña Magdalena no me conoce.

—¿Y por qué conocéis vos á doña Magdalena?

—Me hacéis una pregunta que no puedo contestar sino faltando á mi obligación.

—Estáis hablando con un caballero tal como don Juan Tenorio.

—Dejad vuestro caballo á vuestro criado y apartémonos, señor, donde nadie más que vos pueda oirme.

—¿Por qué no me dáis el tratamiento que me corresponde?—dijo don Juan—; ó ignoráis acaso quién soy yo.

—No, excelentísimo señor, sé quien es vuecencia, porque se me ha dicho: pero los flamencos no estamos acostumbrados á los tratamientos, y os lo diría una vez y cieno no por falta de costumbre: si me permite vuecencia...

—Hablad, hablad como queráis en buen hora—dijo don Juan acercándose á Toannokt, y alejándose con él.

—Os he preguntado—dijo don Juan—, cómo conocéis á doña Magdalena.

—Vos sin duda sabéis, señor—dijo Toannokt—, que doña Magdalena está desterrada de todos los dominios del señor don Carlos de Gante.

—De su majestad el emperador don Carlos, villano—dijo don Juan, á quien oíendia la audaz grosera altivez de Toannokt.

—Perdonad—dijo éste—; pero Carlos de Gante, no es para nosotros más que el señor de Flandes.

—Seguid.

—Como decía, pero voy á tomar más por el principio las cosas: un día llegó aquí una dama muy hermosa, acompañada de un hombre muy rudo, con gran equipaje y gran servidumbre, y se acomodó, pagando un alto precio, en una casa de la plaza del mercado, que tomó entera y amueblada para sí.

Los burgomaestres supieron la llegada de esta dama, que se había dado á conocer á la municipalidad bajo el nombre de doña Inés de Velasco.

La municipalidad quiso saber algo más, y me llamó y me dijo.

—Toannokt, averigua quién es esa dama española recién venida que se llama doña Inés de Velasco, de dónde viene y á qué viene.

—Es decir, que vos sois esbirro secreto de la buena municipalidad de Gante: pues mirad; yo creía que estábamos muy lejos de Venecia.

—Os diré, señor: como Gante es una ciudad comercial y rica, vienen aquí al olor del oro y del negocio bribones de todas partes; hay además mucho bandido y mucha mala mujer, y es bueno que haya quien vigile á esta clase de gentes; como mejor se las vigila es tratándose con ellas, y aún tomando parte en sus fechorías: yo oigo y veo, y cuento á los burgomaestres lo que importa de lo que he visto y de lo que he oído.

—Menos aquello que te importe á ti callar.

—Por supuesto, don Juan: porque ¿á qué estamos en este mundo más que á hacer todo

el negocio que podamos? como decía, recibí el encargo de informarme de quién era doña Inés

de Velasco, y valiéndome de segundas y terceras personas, del vino, del amor y del dinero, llegué á saber que la tal señora, en vez de ser una dama lisa y llana, era una grande de España, y que en vez de llamarse doña Inés de Velasco, se llamaba doña Magdalena de Córdoba y de Valor, señora de Valor, y que había sido camarera mayor de la muy ilustre emperatriz de Alemania, esposa del señor de Flandes: supe que el mayordomo que la acompañaba, en vez de llamarse Blas Prieto, se llama Andrés Ceballos, y que esta señora estaba desterrada de todos los dominios del señor de Flandes: todas estas cosas se las sacaron del cuerpo el cocinero de doña Magdalena, el cocinero del arzobispo, una prima suya y un primo de ésta, sacristán menor de la catedral: le emborracharon, le enamoraron, le hartaron, y el hombre, borracho, mareado por la prima y cargado de una manera terrible el estómago, cantó todo lo que sabía... y más.

—Pues no hubiera cumplido mejor un esbirro del Consejo de los Diez.

—Si Venecia supiera lo que yo soy, me robaba—dijo Toannokt.

—Continuemos con doña Magdalena.

—La municipalidad escribió al señor de Flandes, y éste contestó, que por respeto á la clase de doña Magdalena, se la dejase en paz, se la vigilase y se la prendiese en el momento en que se tuviese noticia que se comunicaba por escrito ó de palabra con el excelentísimo señor marqués de Marana: he aquí por qué conozco yo á doña Magdalena, y por qué sé que doña Magdalena está ahora mismo en vuestra casa de campo.

—De modo que está en el caso de que doña Magdalena sea presa.

—Para eso no os hubiera yo avisado, señor, sino á los burgomaestres.

—¿De modo que...

—De modo, que se hará lo que el excelentísimo señor marqués de Marana quiera que se haga.

—Es decir, que nada sabe la municipalidad de la ida de doña Magdalena á mi casa.

—No señor.

—¿Y hay alguna otra persona que vigile á doña Magdalena?

—En la ciudad no hay otro vigilante que yo.

—Pues de prisa andaréis, compadre.

—No mucho; al principio trabajaba bien, hasta que logré que Vanloo y sus amigos se fuesen de Flandes, porque, por mis avisos, tenían siempre las milicias encima.

—Seríais de seguro, amiguísimo de Vanloo.

—¡Oh! muy amigo.

—Esperad: entonces debéis saber si ha estado ó no hace algún tiempo en Flandes y en Gante el capitán Vanloo.

—Sí, ha estado hace cuatro meses: cabalmente por el tiempo en que desapareció vuestra esposa, don Juan.

—Y, francamente, porque sois un bribón tal, que os considero capaz de todo: ¿tuvisteis vos parte en el robo de mi esposa?

—¡Yo! excelentísimo señor: yo, utilizado por la municipalidad en favor de las leyes y de las buenas costumbres, ¿había de incurrir en tal delito?

—De modo que si os lo pagaron bien, ¿á qué estáis vos más que á hacer negocio?—dijo don Juan.

—Os juro por todos los santos del cielo y por todos los diablos del infierno, que ninguna parte tuve en la desaparición de la señora marquesa, y que á pesar de lo mucho que he trabajado, no he podido dar á la municipalidad noticias de ella.

—Es decir, que la municipalidad tomó cartas en el negocio.

—Pues no había de tomarlas, señor, si se trataba de vos, de vuestra esposa.

—¿Creéis—dijo don Juan—que se puede fiar en la palabra de don Juan Tenorio?

—Sí: vuestra palabra, señor, nunca ha sido rota, porque sois un gran caballero.

—Y decidme aún: ¿creéis que se me debe temer?

—¡Oh! sí: parece que el diablo os protege; parece que habéis nacido para ser invencible.

—Pues bien, elegid entre una de dos cosas: ó mi perdón completo y todo el oro que queráis si me reveláis el paradero de mi esposa, ó morir á mis manos.

—Es decir, que me dais vuestra palabra de honor de no hacer nada contra mí, aunque parezca culpable en el robo de vuestra esposa.

—Sí: mi palabra de honor y mucho dinero.

—Pues bien, don Juan, voy á deciros lo que sé: se falsificó una carta para que apareciese vuestra, por cuya carta se hizo creer á la marquesa que estabais agonizando en Colonia: la marquesa se puso al momento en camino, y de noche, á poca distancia de Gante, fué sorprendida y robada.

—¿Y quién hizo el robo? — exclamó don Juan con voz ronca, trémula, terrible; con una voz que amenazaba mil muertes.

—El robo lo hizo Vanloo—dijo turbado Toannokt, que empezaba á tener miedo á pesar de la palabra de don Juan.

—¿Vanloo solo?

—Precisamente solo, no—contestó más turbado aún el mendigo.

—Los nombres de los cómplices de Vanloo—dijo con voz rugiente don Juan.

—Los tres hermanos gigantes—contestó atarado Toannokt.

—¡Ah! ¡esos miserables adoptados por la ciudad de Gante descienden á tales crímenes!— exclamó don Juan con creciente furor—, y yo

he podido matar esta mañana á uno de ellos, y he sido generoso, reduciéndome á probarle mi destreza y la fuerza de mi brazo: ¡ah! pero aun es tiempo, y si por desgracia mía, han manchado el honor de mi esposa, más les valiera no haber nacido: oye tú, miserable—añadió don Juan—, te he dado mi palabra de perdonarte la vida, y te la cumpliré; más aún, te he ofrecido dinero por tu revelación, y desde ahora puedes contarte por rico: pero esto será si me sirves fielmente.

—Mandad, señor — dijo, todo humildad, Toannokt.

—Cuando yo te lo mande, llevarás engañados á esos miserables donde yo te diga.

—Cuando queráis, señor marqués.

—Más aún: tú debes saber dónde está mi esposa.

—Lo ignoro, señor, podéis creerme; lo ignoran también los tres hermanos.

—Es decir, que mi esposa les ha sido también robada.

—Puedo aseguraros, señor, que vuestra esposa no ha recibido la menor ofensa de ninguno de los tres hermanos, porque muy á tiempo una mujer les robó la marquesa.

—El nombre de esa mujer.

—Hace algunos días, señor, que la veis todas las noches, que es vuestra amante, y ella os adora.

—¡Filiberta Stoplen! — exclamó con asombro don Juan.

—Sí; Filiberta Stoplen.

—¡Ah! ¿y sabe ella dónde está la marquesa?

—Sí.

—¿Y aseguras que ningún insulto ha recibido mi esposa de los tres hermanos?

—Sí.

—Toannok, has dejado de servir á la municipalidad de Gante: desde hoy me perteneces; necesito de toda tu inteligencia, de todo tu ingenio, de toda tu audacia.

—Pues entonces, bien haya, señor, mi descuido al dejaros saber que yo conocía á Vanloo; porque Vanloo ha sido para vos y respecto á mí, el hilo que os ha llevado á la revelación que os he hecho.

—Bien: vengamos ahora á la situación más del momento, á doña Magdalena: ¿cómo ha sabido esta señora que yo estaba en Gante? yo entro en la ciudad por la mañana envuelto en la niebla y embozado hasta los ojos, y salgo del mismo modo: jamás me asomo ni á la puerta ni á las ventanas de mi casa de campo, ¿has sido tú quién ha revelado á doña Magdalena que yo estoy en Gante?

—No, no señor; todo ha consistido en vuestro criado Gabilán, que ha andado ayer por Gante con una joven; Andrés Ceballos le ha visto, le ha seguido hasta vuestra casa de campo, se le informado de que viviais en ella, y poco después doña Magdalena ha ido á buscaros y está allí.

—Bien—dijo don Juan levantándose—; por ahora hemos hablado cuanto teníamos que hablar, y no quiero perder más tiempo. Vete, y mañana ven á buscarme á mi casa de campo: toma: para que empieces á conocer mi dinero, y adiós.

—Adiós, señor—dijo Toannokt tomando una bolsa que le había dado don Juan.

Y se puso en marcha y se alejó.

—Los caballos, Gabilán—gritó Tenorio—, y á escape á casa.

Gabilán se acercó con los caballos.

Montaron y partieron al galope.

—Larga ha sido vuestra conferencia con ese pillo—dijo Gabilán.

—Y por cierto — contestó don Juan—, que me tienes muy disgustado, Antón; has cometido ayer una grave imprudencia.

—¡Yo, señor!

—Sí: te tengo mandado que no vayas á Gante más que para lo estrictamente necesario, y muy de mañana, á fin de que no puedan conocerte las personas que te han visto en mi servidumbre: ayer has cometido la imprudencia de pasear por la ciudad con una mujer.

—Ese bribón de mendigo os ha engañado, señor; yo no he hecho más que pasar por la plaza del Mercado para ir con Dolores á la hostería del «Ratón Negro», de la cual no he salido desde las doce del día hasta el toque de cubrefuego.

—Pues el haber pasado tú por la Plaza, donde vive doña Magdalena, ha bastado para que te haya visto Andrés Ceballos, te haya seguido, haya avisado á su señora, y tengamos á doña Magdalena esperándome en mi casa.

—¿Y quién había de pensar, señor, que doña Magdalena estaba en Gante?

—Pues está.

—Eso quiere decir que doña Magdalena os ama y os busca; y debéis alegraros, porque, dígame lo que se quiera, vos la amáis, señor; ella fué vuestro primer amor; mi señora la marquesa se ha perdido, y...

—Gabilán, que te vas volviendo cada día más necio; empiezas á no servirme.

—¡Ah! tenéis razón, señor—dijo Gabilán, conformándose de la manera más lisa del mundo con la opinión de su amo—; desde que me casé con la pobre Esperanza cambié mucho, y la verdad es, señor, que me parece tan bien la vida quieta y pacífica del matrimonio, y tan bueno y tan lucrativo el oficio de hostelero, que si me lo permitierais, volvería á casarme y á tener hospedería.

Don Juan no contestó: se había sumido en sus gravísimos pensamientos.

—La verdad es, señor — continuó Gabilán—, que aunque yo había jurado no volver á casarme, he mudado de opinión cuando conocí á

Dolores; ni de encargo la hubieran hecho más á propósito para mí; y yo creo que á mí me han hecho también para ella, porque al fin y al cabo la pobre chica ha venido á buscarme desde Alemania.

—¿Estás tú seguro de que Dolores ha venido á buscarte?—dijo don Juan, que en medio de su distracción había oído las últimas palabras de Gabilán.

—¿Pues á qué había de haber venido á Gante Dolores sino á buscarme?

—Dolores era la doncella de confianza de Ludgarda de Van-Deosten, y estuvo largo tiempo encerrada con ella antes de que su señora muriese.

—Y eso ¿quién quita á lo que yo digo?—contestó Cabilán:—la burgravesa quería mucho á Dolores, y una prueba de ello es que la dejado muy bien hereda. Yo no he hablado una palabra de casamiento, ni he formado con ella ningún proyecto, porque aun no tenía vuestra licencia; pero con el dinero que ella tiene y con el que tengo yo, podríamos tener la hostería de la «Rosa Blanca», que es una lástima que se cierre, porque está muy acreditada, y yo la acabaría de acreditar: esta gente de Flandes me gusta, y aquí podría yo hacer muy buen negocio y acabar tranquilamente mi vida.

—Pues si consiste en mi licencia, Gabilán, la tienes; vamos si Dolores quiere casarse contigo.

—Pues ¿no ha de querer? si me adora.

—Bien; mañana te vas á verla, la haces tus proposiciones, y me dices lo que te conteste.

—¿Qué ha de contestarme sino que sí, con toda la boca y con toda el alma?

—Lo veremos, Gabilán.

En aquel momento don Juan revolió su caballo, y sacándole del camino, le metió al galope por una senda que conducía á su casa de campo, á la que llegaron poco después.

XVIII

Apenas había echado pie á tierra don Juan y penetrado en el vestíbulo, cuando uno de sus criados le dijo con miedo, como si temiese una fuerte reprensión por lo que iba á decir.

—Yo no tengo la culpa de lo que sucede, señor: ha sido imposible evitarlo.

—Sí, sí; ya sé que hay una dama esperándome: ¿dónde está?

—En vuestro cuarto, señor: se ha metido en él, ni más ni menos que si fuera la dueña

de la casa, y ha enviado á buscaros á la mitad de los criados: está irritada; manda ni más ni menos como si fuera la emperatriz, y es tal, señor, tan hermosa, y parece tan noble y tan principal, que no hay medio de desobedecerla.

—Bien; vete, Cristóbal; recógete, y que se recoja todo el mundo.

—Vamos, lo sabía—murmuró, alejándose Cristóbal—; y yo creía que la habíamos hecho; ¡cosas del señor!

Don Juan se dirigió á su aposento; pero á medida que se acercaba sentía comprimido su corazón por una ansiedad creciente, infinita.

Magdalena era su maldición.

Magdalena era, tal vez, su destino sombrío.

Don Juan temblaba á pesar suyo; á pesar de su conciencia, á pesar de Estrella, á pesar de todo; le embriagaba, le entorpecía el recuerdo de Magdalena, el más grave, el más terrible de sus imposibles, de su verdadero imposible en fin.

Llegó á la puerta de su cuarto, y antes de entrar se detuvo irresoluto.

Sólo Magdalena podía hacer que don Juan fuese cobarde por un momento.

Resignóse, al fin, á la situación, y entró.

Una mujer se levantó de un sillón, en el cual estaba sentada junto á una mesa, en la que había dos candelabros de plata con cinco bujías encendidas en cada uno.

Don Juan se detuvo y se puso la mano sobre el corazón, pretendiendo sujetar sus insoportables latidos.

Magdalena era, más que una mujer, una transfiguración.

Su hermosa resplandecía; parecía mucho más joven que cuando un año antes la había visto don Juan en Sevilla.

Los ojos negros de Magdalena fulguraban, con una expresión indefinibles, fijos en don Juan.

Había en la mirada de Magdalena amor, pasión, locura, duda, ansiedad, cólera, súplica, desesperación, todo este junto en una mirada inmensa.

Estaba pálida como una difunta; la agitaba una leve, pero poderosa convulsión.

Quería hablar y no podía.

Quería acercarse á don Juan, y parecía como que sus pies se habían adherido al pavimento.

Don Juan, olvidado por el momento de todo, subyugado, embriagado, miraba con ansiedad á Magdalena.

Esta hizo un esfuerzo poderoso; su mirada



rágo incierta un momento, como si despertase de un sueño, y dijo con acento opaco, ardiendo, apasionado:

—Al fin, al fin te encuentro.

Y se arrojó en los brazos de don Juan, reclinó la cabeza en su hombro y rompió a llorar.

Don Juan la separó dulcemente de sí, y la llevó al sillón, donde se sentó maquinalmente Magdalena, mirando con ansia, á través de sus lágrimas á don Juan.

Don Juan la asió las manos y se arrodilló á sus pies.

—Perdóname—la dijo—, no soy yo quien nos ha separado; ha sido nuestro destino.

—¡Que te perdone yo!—dijo Magdalena—, pues qué, ¿no son tuyas mi vida, mi alma, mi felicidad, mi desesperación? ¿no puedes hacer de mí todo lo que quieras, sin que yo me queje? Y acercó su rostro al de don Juan.

Don Juan se apartó rápidamente.

—Estamos malditos de Dios—dijo alzándose—; las culpas de nuestros padres han caído sobre nosotros.

—Explicáte—dijo Magdalena, cuyo rostro tomó una expresión sombría—: explicáte, y acabemos de una vez; dime que no me amas, que me desprecias; pero ¿qué necesidad tienes de decirme lo? ¿no te has casado con otra? ¿no has sido la causa de que yo me vea ofendida, humillada, desterrada por la emperatriz? ¡Ah, don Juan! tú te has olvidado de quien soy yo.

—Yo no puedo olvidarme de ti, Magdalena—dijo don Juan, que parecía un desenterrado—; tú eres mi vida entera; todos mis amores van á morir en ti, como van á morir en el mar los ríos; yo no te olvido un solo momento; yo te tengo en mi cabeza como una locura; en mi corazón como un tósigo que le corroe, que le corroe cada vez más voraz, cada vez más incurable: necesito de toda mi razón, de la duda que tengo, acerca de nuestra responsabilidad en la otra vida, para no romper por todo, para no arrojarme entre tus brazos y desafiar desde ellos al cielo.

—¡Te has casado!

—Por desesperación; huyendo de ti.

—No, no; amas á Estrella; lo sé todo; estás desesperado por su pérdida.

—Magdalena, no me preguntes, no me hagas cargos; tenme compasión: mi alma es un caos, un abismo en cuyo fondo nada veo más que un infierno que rugie y se revuelve; yo lo amaliciono todo, y yo lo desprecio todo; todo, menos tú; todo, menos Estrella. Tú eres mi ser entero; tú eres mi amor del infierno: Estrella... Estrella es mi ángel bueno...

—Y yo, yo, ¿por qué no hemos de concluir la frase? yo soy un ángel malo; ¡ah, es verdad! tú me encontraste perdida entre el fango del mundo.

—¡Ah! por piedad, Magdalena, por piedad;

no revuelvas en mi corazón un dolor que nada puede calmar; olvidemos, olvidemos; sepárenos, porque debemos separarnos si no queremos caer bajo la maldición que nos envuelve, conociéndola, aceptándola, mofándonos de ella; sepárenos, porque á tu vista mi razón desaparece, dejando su lugar á la locura; sepárenos, porque á tu lado no concibo yo una hermosura que pueda compararse con la tuya; un amor que ni remotamente iguale al que me abraza el corazón, cuando tus ojos atraen mi alma y la absorben; ¡Magdalena! no me obligues á pronunciar una palabra terrible, una palabra que representa la verdad que nos separa; el abismo que no podemos salvar; ¡Magdalena! ¡ábrázame por la postrera vez, y vetel!

—Pues bien; pronuncia esa palabra; ¡que soy tu hermana! ¿no es verdad? ¿que mi madre faltó á sus deberes? ¿que soy hija, como tú de don Geofre Tenorio?

—Sí—contestó con un acento de agonía, de desesperación, de miedo, don Juan.

—¡La prueba! ¡la prueba de esa horrible calumnia!—dijo Magdalena con una energía desesperada.

—Tu madre me lo reveló solemnemente en el cementerio del convento de Santa Clara en Sevilla—dijo don Juan.

—¡Mentira! ¡mentira miserable! ¡mentira de que tu desprecio hacia mí se vale en cambio, yo tengo todos mis papeles de familia; mi fe de bautismo; nadie puede dudar de que soy hija legítima de don Pedro de Córdoba y de Valor; de que mi familia nada tiene de común con la tuya.

—¡Funesta piedad del emperador! ¿no te ha bastado que la emperatriz, de cuya virtud, de cuya grandeza, de cuya prudencia nadie puede dudar, te haya dicho lo mismo que me dijo tu madre, lo mismo que acabo de decirte yo?

—¡La emperatriz es una miserable!—exclamó con furor Magdalena—; ¡quería casarte con una hermana bastarda suya!

—La emperatriz es una santa, Magdalena; pero si no te basta todo eso, ven, ven á ver si crees al testimonio de la naturaleza; cuando te irritas, cuando tu mirada se inflama, cuando tus mejillas palidecen mortalmente, cuando la voluntad indomable se exhala por tus ojos, yo me veo en ti; no puedo dudarle; eres mi retrato Magdalena; una misma sangre nos alienta; una misma cólera nos agita; una misma alma se revuelve indómita y terrible en nosotros; ahora estás en uno de esos momentos; ven, ven.

Y don Juan asió de la mano á Magdalena y la llevó delante de un espejo.

—Mira—la dijo—, mira á ese espejo como me miras á mí; mírame á tu lado; ¿qué diferencia encuentras entre esos dos semblantes que nos ofrece el espejo? más hermosa tú, más terrible aún, y nada más; Tenorio tú, Teno-

rio yo; el alma maldita de nuestra familia; en nuestros semblantes, negros tus ojos y negros los míos, llenos de la misma vida desesperada, rugiente, loca.

—Sí—dijo Magdalena—, te amo tanto, que mi alma ha tomado la semejanza de la tuya; hermanos de alma, sí; hermanos de raza, no.

Don Juan soltó, desalentado, la mano de Magdalena.

—¿Qué quieres, en fin?—dijo—¿y que yo tenga el dolor de matarte? ¿que seas para mí la más terrible de las víctimas, sobre las cuales me ha hecho pasar mi destino?

—¿No dices que somos iguales?—contestó sonriente Magdalena—; si tú no conoces el terror, ¿por qué pretendes aterrarme? no debes que somos dos Tenorios? ¿por qué te calumnias á tí mismo, suponiéndote cobarde, al suponerme cobarde á mí? hiere, no dudes, no vaciles; vierte mi sangre; báñate en ella y no tengas remordimiento, porque matándome me habrás dado la felicidad de no sufrir.

—¡Matarte! ¡matarte! estás loca; no me comprendes; me estás obligando á que yo te haga comprender de qué manera puedes ser una víctima mía, sin que mis manos se tiñan en tu sangre; sin que el pensamiento de destruirte haya pasado por mi imaginación.

—¿Y qué puedes hacer?

—Reducirte á la rabia de la impotencia; sentenciarte á mi continuo silencio, á las quejas de tu delirio; no esquivar tu presencia y permanecer inalterable como una roca, á tus lágrimas, á tus quejas, á tus injurias; á todo lo que tu desesperación te inspira contra mí; no quieres separarte de mi lado, y yo no puedo tomar contra tí ninguna medida violenta; permanece aquí si quieres; todo el mundo verá que no eres mi amante; todo el mundo conocerá que estás loca, que yo no hago más que sufrirte y sufrir por tí.

—¡Ah! ¡permitirás que esté á tu lado!—exclamó con alegría Magdalena—: tú no estás loco; tú enloquecerás, tú te olvidarás de todo por mí.

—¡Magdalena, Magdalena! ¿qué puedo yo hacer?

—Amarme.

—¡Oh, sí! te amo como si fueras mi alma.

—No, no; quiero que me ames como yo te amo á tí; puesto que tu esposa se ha perdido, puesto que no debiste unirte á ella, olvidala; pero ¿por qué exigirte lo que no hay necesidad de que se te exija? ¿te acuerdas tú acaso de nada cuando me ves, cuando me oyes cuando mis ojos devoran con una mirada de amor infinito tus ojos? ¿no te abrí yo el corazón al amor? ¿no es mío tu primer pensamiento enamorado?

—¡Magdalena!—gritó don Juan—¿eres mi demonio!

—Sí; tu ángel malo, como tú dices, cuando no soy más que tu alma: ¡ah! ¿por qué dudo? ¿por qué temo? ¿por qué ansío, cuando te veo delante de mí anegado en la felicidad de sentirte amado por mí?

—¡Dios mío!—exclamó don Juan, como si á la luz de un relámpago celeste hubiese visto todo el sombrío fondo de su alma.

—Sí; ¡tú eres mío, y yo soy tuya!—exclamó Magdalena—: busca, busca á tu esposa, encuéntrala, vive con ella, procura embriagarte con su amor, y que yo lo vea, ¿qué me importa? no seré yo la víctima, ella lo será si te ama, porque si te ama comprenderá que si tus sentidos son suyos, tu corazón, tu alma, tu entendimiento son míos; ¿para qué quiero yo el grosero amor de la materia? tú no me has comprendido, don Juan; yo soy pura, siempre lo he sido: al caer en el lodo, sólo se ha manchado mi cuerpo, mi alma no: ¡ah! y yo soy muy feliz; acabo de ver mi felicidad en tu conmoción, en tu duda, en tu debilidad; ¡ah, don Juan! gracias: tú me amas como yo ansiaba ser amada por tí; mi recuerdo es tu desesperación, tu infierno; no, no hay necesidad de que yo viva en tu casa, á tu lado, no; basta conque sepas donde estoy; tu amor te llevará á mí; eres fuerte y valiente, me crees tu hermana, y lucharás con tus sentidos; los vencerás en buen hora, nuestro amor será un amor divino, un amor entero, un amor sin mancha, la unión de dos almas en una sola; la gloria sobre la tierra.

—¡Dios mío!—exclamó don Juan con el acento de la blasfemia.

—Don Juan, alma de mi alma—dijo Magdalena—, hermana del corazón, adiós; parto feliz, contenta; voy á respirar al salir de aquí, todo el aire de las frescas campiñas flamencas; ¡bendito sea Dios que ha permitido que yo sea completamente feliz!

—¡Dios nos aborrece!—exclamó desesperado don Juan.

Y dió un paso hacia Magdalena.

—Adiós—dijo ésta.

—Las puertas de Gante están cerradas—exclamó don Juan:

—Pero la quesería flamenca se abre á todas horas, y á mí me gusta mucho el olor del caliente establo; adiós don Juan, soy feliz; te adoro; hasta mañana.

Magdalena salió rápidamente.

Don Juan llegó tras ella hasta la puerta, y se detuvo.

—¡Oh! ¡desdichado de mí!—exclamó—¡Hay Dios, sí, hay Dios! Yo siento su mano sobre mi cabeza: el hombre no puede nada contra Dios; cuando Dios le maldice, su maldición es irrevocable: el hombre no es materia; la materia no es más que la caja que contiene al

hombre: el hombre es el alma, y mi alma... mi alma... arde impura en el alma de Magdalena: una sola mirada suya, su aliento, es para mí más delicioso, más enloquecedor que todas las hermosuras de la tierra: pues bien, Señor, yo no puedo nada contra ti: me lancé al claustro, asombrado de lo mismo que ahora me asombra, de lo mismo que ahora me aterra, y el claustro me arrojó de sí; mi espíritu está enfermo de una manera incurable, si tú, Señor, no me perdonas.

Don Juan soltó una carcajada horrible, que parecía el eco de otra carcajada lanzada en la eternidad.

—¡Ay! estoy loco—dijo—: la embriaguez que ella me ha causado me ha hecho delirar: adelante, pues: que ruja en buen hora el huracán; yo marcharé delante de él, sobre las sombras de la tormenta, sin vacilar, sin temblar. Se detuvo un momento.

—Va sola—dijo—; puede tener un mal encuentro; yo no debo abandonarla. ¡Gabilán! ¡Gabilán!

Apareció Gabilán, un poco soñoliento, á la puerta.

—Ensilla los caballos—dijo don Juan.

—No los he desensillado, señor, porque nada me habíais dicho.

—Pues mejor—dijo don Juan saliendo—; así la alcanzaremos más pronto.

Poco después don Juan, acompañado de Gabilán, montaba á caballo y se ponía en seguimiento de Magdalena.

XIX

—Guillermina se levantó al otro día muy temprano ojerosa y pálida.

Había sufrido una terrible lucha.

El funesto don Juan había ejercido sobre ella, como sobre todos los seres con quienes se ponía en contacto, su terrible influencia; porque con Juan, ya lo hemos dicho más de una vez en el curso de este largo relato, estaba enriquecido con un don de fascinación, que necesariamente y sin voluntad suya, debía producir el amor en las mujeres y el temor ó el respeto en los hombres: era un espíritu superior grande, inmenso, dominador: avasallaba sin querer avasallar; nada le asombraba, y por lo mismo asombraba á todos.

Guillermina, pues, no hacía otra cosa que ceder á la influencia de don Juan; pero luchando con su conciencia, como se habían visto obligadas á luchar todas las mujeres que á don Juan habían amado, á excepción de doña Isabel de Portugal, la hija bastarda del rey don Juan II, á quien dejamos hace mucho tiempo encerrada en un convento, y doña Estrella Fer-

nán Pérez, que había hecho su esposo á don Juan.

Guillermina era pura por temperamento y por espíritu: amaba á don Juan, pero don Juan era casado, y Guillermina comprendía su deber y le cumplía.

Tenía, sin embargo, miedo: temía que la terrible influencia de don Juan la empujase al abismo, y buscaba un poder que la librase de la caída.

Guillermina no durmió aquella noche.

La pasó formando proyectos de salvación y defensa; pensando en volver su esposa á don Juan, porque, como sabemos, Guillermina había oído, al acercarse al aposento en que estaban en la hostería los tres gigantes y su hermana Filiberta, que existía Estrella y que estaba en poder de ellos, ó mejor dicho, de Filiberta Stoplen.

Guillermina, pues, se decidió á ir á entenderse directamente con Filiberta.

A más de esto, la revelación que había sido hecha por don Juan, de que no era hija de Jacobo Klauss, sino del gran bailío de Gante, Esteban Kresberg, había atormentado mucho á la pobre joven.

Guillermina, pues, había pasado muy mala noche.

Había esperado con ansia á que amaneciese, y apenas amaneció, dejó el lecho, llamó á uno de los criados de la hostería, que aun no había despedido, le mandó ensillar un caballo, montó en él, y sin decir á María ni á nadie dónde iba, salió de Gante, y por el camino del Escalda, se dirigió al Castillo Negro, donde todo el mundo sabía moraba la hermana de los tres gigantes.

Era la mañana fría, nebulosa; los bultos se perdían entre la niebla á pocos pasos de distancia.

Una hora después de haber salido de Gante, cuando daban las nueve de la mañana en el reloj de la torre del convento de la aldea de Watemburgo, llegaba Guillermina al Castillo Negro, y llamaba á él.

Asomó el sombrío mayordomo que ya conocemos.

—Decid á vuestra señora—le dijo Guillermina—, que la dueña de la hostería de la «Rosa Blanca», donde ayer estuvo á visitar á un hermano suyo enfermo, deseaba hablarla.

Guillermina fué introducida al momento en la misma cámara donde Filiberta había recibido la primera vez á don Juan.

Filiberta recibió á Guillermina con la altanería con que las nobles flamencas trataban á las flamencas plebeyas.

—¿Qué queréis?—la dijo sin invitarla á que se sentase.—¿Acaso no os han pagado mis hermanos, y venís á reclamarme algo?

—No, no señora—contestó con altivez Guillermina—; para tan poca cosa no me hubiera yo tomado el trabajo de andar una legua.

—¿Qué queréis, pues, entonces?

—Vengo á pedir os algo más de una deuda de vuestros hermanos: vengo á reclamaros una deuda vuestra.

—Yo nada debo á nadie, y mucho menos á vos, á quien no conozco: pero si es asunto de mis hermanos, hablad.

—Vuestros hermanos empezaron y vos habéis concluido.

—Explicaos, porque no os comprendo.

—¿Conocéis á la marquesa de Marana, señora?—preguntó Guillermina, fijando una penetrante mirada en Filiberta.

—No sé lo que queréis decirme—respondió Filiberta, que se puso pálida.

—La marquesa de Marana—dijo Guillermina—, ha sido robada á su esposo hace cuatro meses, y la tenéis en vuestro poder, señora.

—¡Yo!—exclamó Filiberta.

—Sí, la tenéis en vuestro poder y yo vengo por ella.

—Os han engañado, ó estáis loca—dijo Filiberta—: idos.

—Bien, sí, me iré; pero hoy, cuando vaya á verme el marqués de Marana, le diré: Si queréis encontrar á vuestra esposa, tomad el camino del Escalda, deteneos ya cerca de Watemburgo, en el Castillo Negro, y preguntad en él por la ilustre señora Filiberta Stoplen: ella sabe dónde está vuestra esposa, y os la entregará.—Si es necesario para que no pierda tiempo, vendré yo misma á guiarle.

Guillermina ignoraba que don Juan era amante y amado de Filiberta, y sabía demasiado el camino del Castillo Negro.

La palidez de Filiberta creció.

—¿Conocéis vos al marqués de Marana?—dijo.

—Sí, mucho—contestó Guillermina.

—¡Ah! es cierto; me olvidaba: por vos ha sido el lance que medió ayer por la mañana en vuestra casa entre mi hermano Franz, á quien engañabais, y vuestro amante.

—Ni yo he engañado, ni puedo engañar al señor Franz Stoplen, porque siempre me he negado á sus pretensiones, ni soy amante del marqués de Marana, ni lo he sido, ni lo seré de nadie—respondió con una enérgica altivez Guillermina—: si yo fuera amante del marqués ¿cómo había de buscar su esposa? la ocultaría como la ocultáis vos—añadió con intención Guillermina, que empezaba á sentir celos.

—¿Queréis decir—exclamó Filiberta poniéndose vivamente encendida—, que yo soy amante del

marqués de Marana? ¿os habéis atrevido á tanto? ¡decid!

—Yo no digo lo que no sé—contestó Guillermina—; pero tan pálida y tan encendida os ponéis cuando se os habla del marqués, y de tal modo ocultáis su esposa, que cualquiera podría creer que estáis enamorada de don Juan.

—¡Ah!—dijo Filiberta—. ¡Que yo estoy enamorada del marqués de Marana! ¡que por celos oculto á su esposa! Yo no conozco al marqués: si ha estado un momento en mi poder su esposa, ha sido por salvarla; si no se la he devuelto aún, es porque aún no es prudente, para evitar un nuevo lance entre mis hermanos y el marqués; pero puesto que habéis dudado de mí, prescindo de todas las consideraciones que he respetado hasta ahora; voy á daros una carta para que os entreguen la marquesa de Marana, en el convento de monjas del Corazón de María en el cercano Watemburgo.

—¡Ah, señora!—dijo con alegría Guillermina—, perdonad si me he creído que amábais á don Juan.

—Os perdono—dijo Filiberta, que se había puesto á escribir—, en gracia á la buena intención con que habéis venido á verme.

Y siguió escribiendo.

Cuando hubo concluido entregó la carta abierta á Guillermina y la dijo:

—Entregad esto á la superiora del convento de Watemburgo.

Guillermina leyó la carta que decía así:

«A la respectable priora del monasterio de Franciscanas de Watemburgo, Berta de Santa Teresa.

«Mi muy amada madre: la dadora va por la joven Marquesa de Marana, que no es, como creíamos, viuda; el señor marqués de Marana ha aparecido en Gante: preparad convenientemente á la joven marquesa para que no le cause una impresión demasiado fuerte, y acaso funesta, la noticia de que su esposo vive, y dejadla salir libremente con la joven portadora de esta carta.

Vuestra amante hija que os ruega os acordéis de ella en vuestras oraciones.—Filiberta Stoplen.»

—¡Oh gracias, gracias, señora—dijo con alegría Guillermina—: perdonad, si mis palabras han podido ofenderos: yo no os conocía: yo os amo por lo que acabáis de hacer: podéis disponer de mí como queráis; pero dadme licencia de que vaya al momento á sacar del monasterio á la marquesa, para que cuanto antes sea devuelta á su esposo.

—Sí, sí, id—dijo Filiberta—; pero volved al

guna vez para que yo tenga el gusto de veros.

—¡Oh, sí! sí señora, volveré; pero es'oy impaciente: quisiera tener alas para encontrarme en un instante en el convento de Watemburgo. Adiós.

Y Guillermina escapó llena de una dolorosa alegría.

Apenas salió Guillermina, Filiberta escribió con mano trémula y de una manera nerviosa lo siguiente:

«Superiora de las franciscanas de Watemburgo: si queréis veros comprometida en la reforma y libre de votos que os pesan, detened y encerrad en el convento, engañándola, á una joven que se os presentará con una carta mía, en que os encargo la entreguéis la marquesa de Marana: que esa joven no vuelva á salir del convento: ved lo que hacéis, ¡o que os importa mucho obedecerme.—Filiberta Stoplen.»

—¡Gaspar, Gaspar!—gritó Filiberta cerrando apresuradamente su segunda carta.

Se presentó inmediatamente el mayordomo.

—Monta á caballo, que monten contigo dos escuderos, y lleva al instante esta carta á Watemburgo á la madre Berta de Santa Teresa: procura llegar antes que esa joven que acaba de salir de aquí.

—¿Va bien montada?

—En un caballo.

—¿Quién la acompaña?

—Un hombre á pie.

—Entonces no puede ir muy de prisa.

—Rodead vosotros: á escape por el campo, á fin de que esa joven no os vea si vais por el camino y tomadla la delantera; después de que hayas entregado la carta, ocúltate con los dos escuderos cerca del convento, en uno de los lugares frondosos que hay junto á él: cuando esa joven haya entrado, prended al hombre que la acompaña, traedle aquí por fuera del camino y encerradle en el subterráneo. Vete.

Gaspar tomó la carta.

—¡Ah!—éjijo Filiberta—, este ha sido un contratiempo, del cual he podido librarme, gracias á la inocencia de esa mujer: ¡devolver su esposa á don Juan! ¡partirle con otra! ¡perderlo! porque don Juan se alejaría de Gante con ella ¡ah, no! suceda lo que quiera; primero es mi amor.

Y Filiberta se asomó á uno de los ajimeces, y miró al camino.

Por él, con su caballo, que llevaba de la mano un criado, se alejaba Guillermina á todo paso que podían el hombre y la cabalgadura.

XX

Don Juan se levantó aquel día muy tarde; mucho después de la hora en que Guillermina había salido del Castillo Negro en dirección al convento de franciscanas de Watemburgo.

Don Juan estaba mucho más pálido que de costumbre, mucho más triste, mucho más sombrío.

—Había pasado la noche hasta la hora en que se abrieron las puertas de Gante, al lado de Magdalena, la había acompañado hasta su casa, y se había vuelto á su quinta.

Había dormido muy poco, y aun así, ensueños horribles habían atormentado su alma.

Gabilán, llamado por su amo, despertado en lo mejor de su sueño, se levantó con los ojos hinchados como puños.

—Esto no puede continuar—dijo para sí—, no hay quien resista tanto aperreo, á no ser un camello; pero á bien que tengo la palabra de mi amo de que me dejará libre y casado con Dolores, y dueño de la hostería de la «Rosa Blanca», á quien variaré el nombre, poniéndola la Flor de Andalucía, será otra cosa.

Y Gabilán que se había apretado las agujetas del justillo durante el anterior soliloquio, entró y dijo á su amo:

—¿Almorzamos aquí, señor?

—No tengo ganas de almorzar — dijo don Juan.

Gabilán no se atrevió á decir que él las tenía y buenas.

—Ensilla dos caballos al momento, y avisame.

Gabilán salió cariacontecido.

No se le dejaba dormir, y su amo se le llevaba sin almorzar.

—Almorzaré con Dolores en Gante, si es que su excelencia me deja ir á ver á Dolores; ¡uff! ¿dónde está mi hostería de la Sardina Verde?

Y se entró en la cuadra murmurando:

—Más suerte tienen los animales que los hombres; los dos jacos de ayer descansarán, porque si los presentara á mi amo me rompería algo: los pobres bichos están rendidos, y sabe Dios lo que trotaremos hoy: allá voy «Relámpago» con la silla; y no me mires tú «Culebra», que sabes más que un letrado: te llega la vez, hijo, y es preciso que tengas paciencia.

Cinco minutos después, Gabilán avisó á su amo que los caballos estaban ensillados.

Don Juan se proveyó de una fuerte cantidad de oro, y dijo á Cristóbal:

—Si viene un mendigo á buscarme que espere, si tardo mucho le das de comer y de beber, y lecho en que echarse: que espere si es necesario hasta mañana.

Después de esto, don Juan y Gabilán montaron y partieron hacia Gante.

Mientras duró el camino, que era corto, don Juan no habló ni una sola palabra á Gabilán.

Gabilán, por su parte, no tenía ganas de hablar, sino de llegar cuanto antes á la hostería del «Ratón Negro», si es que su amo le dejaba ir á ella, donde le esperaba Dolores, un buen almuerzo, y cama, de todo lo que tenía mucha necesidad Gabilán.

Don Juan espoleaba su caballo que corría con la velocidad de su nombre.

Gabilán lanzaba á «Culebra» como una saeta detrás de «Relámpago».

Amo y criado iban como alma que la lleva el diablo, ó más bien, como diablos que llevan almas de contrabando.

Llegaron en muy poco tiempo á Gante.

A un tiro de arcabuz de la puerta, don Juan reprimió su caballo, y dijo á Gabilán:

—¿Has pensado bien en lo que me dijiste anoche? ¿estás decidido á salir de mi servicio, casarte con Dolores y tomar la hospedería de la «Rosa Blanca?»

—¡Ah, señor—dijo Gabilán—, yo siento mucho dejar vuestro servicio, apartarme de vos, os amo mucho.

—Pero amas más á Dolores y á tu comodidad, ¿no es esto?

—No, no precisamente, señor; pero estoy acan-sinado, estropeado, no valgo, no sirvo, os soy completamente inútil: vos lo habéis dicho, y hace mucho tiempo que yo lo conozco.

—Pues bien, si Dolores quiere casarse contigo, la doy en dote el valor de la hostería.

—¡Fues no ha de querer, señor, si la muchacha me adora!

—Anda, anda á ver si quiero ser tu mujer: tú has nacido para que las mujeres te engañen, Gabilán: vete, en la hostería de la «Rosa Blanca» te espero.

Y don Juan aguijó su caballo y se metió solo por las calles de Gante, casi al par que Gabilán, á quien reconocía el deseo de verse cuanto antes frente á Dolores, y hacerla una proposición en forma.

Apenas pasaron de la puerta, amo y criado tomaron distintas direcciones.

En una callejuela, en el centro de la ciudad, Gabilán se detuvo delante de una gran casa, triste, machucha y fea, y se metió á caballo por su portal.

Aquella casa era la hostería del «Ratón Negro», cuya estatua, copiada del natural y gigantesca, se veía en una repisa sobre la puerta.

Gabilán dió su caballo á un mozo, y mandó que llevasen un buen almuerzo para dos personas al cuarto número 5.

En el cuarto número 5 estaba aposentada Dolores.

Gabilán subió por unas escaleras oscuras; atravesó un corredor más obscuro aún, y se de-

tuvo delante de una puerta, en la cual se veía el número 5.

Se abrió la puerta, y apareció la graciosa y morena Dolores.

Gabilán entró, y vió sobre la mesa una maleta.

—¿Por qué está esa maleta ahí? —dijo Gabilán.

—Bastante te importará á ti, prenda—dijo Dolores.

—Es que esa maleta me huele á viaje.

—Pues mira, no te creía yo tan listo, Antón; lo has acertado; dentro de una hora, en cuanto almuerce, salgo de Gante.

—Vuesa merced—dijo Gabilán—se estará donde yo le mande que se esté.

—Aunque parece...—dijo Dolores.

—Aunque parece ¿qué? —dijo inflándose de autoridad Gabilán.

—Aunque parece, son confites, corazón mío—dijo Dolores—: yo me iré y me vendré cómo y cuando me dé la gana, estamos; y á mi no hay que echármela de amo, porque sin pedir la cuenta me despido.

—Eso es que tú no me quieres, ¡ingrata!—dijo Gabilán con acento melodramático—: eso es que te ha salido algún apeo que te parece mejor que yo.

—Vuesa merced es muy simple, señor Antón Gabilán: ¿con quién me había de ir á mí mejor que con vos, que sois tan bueno, tan manso y tan servicial?

—Tengamos la fiesta en paz, Dolores, ó te meneo la pámpana.

—Mira, Gabilán, no mandes aceite antes de tener la oliva, y no seas tonto ni pesado, hijo: yo te quiero, y te quiero mucho, porque eres muy hombre de bien, y porque me gustas, ¡eal! pero no quiero que me trates á lo don Juan Tenorio, ni que quieras tenerme esclava, ¿entiendes? me he venido á Gante sola, y me voy sola de Gante, porque sí; pero no tengas tú cuidado por eso, tórtolo mío, que cuando sea hora yo vendré á buscarte.

—¿Y á qué tienes tú que ir fuera de Gante?—dijo contrariado Gabilán.

—A lo que no te importa, á lo que no te he de decir y á lo que no has de saber.

—Eso es que alguno de estos mofletudos flamencos te hace la rueda, ¡y por vida de...!

—Por vida de nadie: no te atosigues tanto que no hay moros en campaña, y cuando más, dentro de tres días estoy de vuelta aquí; como que dejo pagado el cuarto para que nadie le ocupe, porque como en él te he vuelto á ver, le he tomado cariño.

—¿Es verdad que volverás dentro de tres días, Dolores?

—Por tu salud, hijo, por la mía y por la de mi abuela, á quien quemó por bruja la Inquisición en la Tablada de Sevilla.

—Y yo te quemo á tí, después de despedázarte, si me engañas.

—Vamos, vamos á almorzar, y no digas más tonterías, pichón — dijo Dolores, viendo que entraba un mozo con el almuerzo en una bandeja.

Mientras el mozo estuvo allí, Dolores arregló algunas cosas, y cuando se quedaron solos, dijo sentándose frente á Gabilán y poniéndose á almorzar:

—Cada día estás más torpe y más insufrible; no parece sino que ya te se ha olvidado lo que yo hice para verte y cuidarte en la Torre Encarnada del castillo de Van-Deosten, á pesar de aquellos demonios de Vanloo que la guardaban: aquello me costó mucho dinero. golondrinito mío; y si no fueras tan estúpido, no te se ocurriría dudar de mí: parece mentira, Gabilán, que siendo tanto tiempo criado de don Juan Tenorio, que es todo un hombre, seas tan arrimado á la cola: no sé de qué puedes servir á tu amo.

—¡Bahl — dijo Gabilán sonriendo—: mejor escudero que yo, y más listo y más dispuesto á todo, no puede tenerlo don Juan; pregúntaselo, pregúntaselo á él; y la prueba de que sirvo, es que me tiene á su lado desde que estaba en Flandes de paje del emperador, y tenía doce años: yo también era otro rapazuelo: ¡pensar que han pasado desde entonces veintidós años! ¡una eternidad, Dolores, una eternidad! ya ves tú si yo valdré, cuando siendo don Juan quien es, yo le he acompañado á todas sus aventuras, á todos sus viajes, á todas partes, hasta por América, sin estar separado de su lado más que un poco tiempo, antes y después de haberse metido fraile, y me buscó en cuanto aborció los hábitos. ¡Yo soy mucho hombre, Dolores, mucho hombre!

—Pues yo no te lo conozco, hijo.

—Te diré: es que yo cuando me enamoro me afonto, me cambio, no soy el mismo: la mujer á quien quiero hace de mí lo que la da la gana: no me he enamorado más que dos veces: la una de mi difunta, que Dios perdone; la otra de tí: con las demás mujeres he sido tan malo como mi amo, que no puede ser peor.

—¡Pobre burgravesa de Van-Deosten! — dijo Dolores de una manera sombría.

—Pues mira, mi amo amaba á tu ama más de lo que ha amado á otras.

—Y su amor costó la vida á mi señora: ¡qué agonía la suya! no puedo olvidarme de ella.

—Mira, mira, dejemos á los muertos en paz, y tomemos otra conversación menos lúgubre; por ejemplo, un trato de bodas.

—¡Bodas!

—Sí, las nuestras, Dolores de mi vida.

—¡Ah! conque indudablemente eres un hombre de bien—dijo riendo Dolores.

—Sí, te debo y te pago.

—Te advierto que yo tengo algunos miles de florines.

—Yo tengo de seguro más que tú: en primer lugar, hace un siglo que la bolsa de mi señor pasa por mis manos; además vendí á muy buen precio mi hostería de la Sardiná Verde; además mi amo te da en dote, si te casas conmigo, una de las mejores hosterías de Gante, la de la «Rosa Blanca», que está en la plaza del Mercado, y á la que yo pondré por nombre la «Flor de Andalucía».

—Pues si todo eso es verdad, tenemos boda para cuando yo vuelva.

—¿Pero adónde vas? es necesario que yo lo sepa; soy ya casi tu marido.

—Todavía no, rey mío, todavía no; no te empeñes en lo que no puede ser; y puesto que has almorzado ya, vete.

—¡Pero Dolores!

—Vete, ó me vuelvo atrás de lo prometido.

—Pero señor, esto es estupendo, atroz; cualquiera diría que me mandas á puntapiés.

—Vete, Gabilán, y no seas pesado, que ganas mucho con irte.

—Pues bien, tirana, adiós: ¿hasta cuándo?

—Vente por aquí dentro de tres días—dijo Dolores, asiéndole de la mano y poniéndole en la puerta—: adiós.

Y cerró la puerta, dejando fuera á Gabilán.

Este suspiro, se volvió hacia la puerta con intenciones de armar un alboroto, pero se contuvo.

—Está visto — dijo —, en queriendo yo á una mujer soy hombre al agua: lo mismo me sucedía con Esperanza; hacía de mí todo lo que le daba la gana; y algo hizo que no estuvo muy en el orden: ¡cómo ha de ser! ésta, si Dios no lo remedia, será lo mismo que la primera: Dios quiera que mi amo no hable tanto con Dolores como habló con Esperanza.

Gabilán bajó la cabeza y luego las escaleras, pagó el almuerzo, pidió su caballo, montó y se fué á buscar á su amo á la hostería de la «Rosa Blanca».

XXI

Don Juan se había encontrado con que no le habían abierto la puerta.

María le había dicho desde un ventanillo que su ama no estaba en casa, y que no estando su ama no abría á nadie.

Don Juan conoció en la manera con que le respondió María que no le engañaba, y sobre todo, que no había razón para que estando allí Guillermina no se le abriese la puerta.

—¿Y dónde está tu ama? — preguntó don Juan á María.

—No lo sé, caballero: esta mañana muy temprano ha salido con Kristoff en su caballo: de modo que mi ama ha debido salir de la ciudad.

—¿Y acostumbra tu señora á salir fuera con frecuencia?

—No, no señor; jamás salía de casa sino para ir á la parroquia.

—¿No te ha dicho cuándo volverá?

—No señor.

—¿Y no te ha dicho tampoco que si venía yo me abrieses para que la esperase?

—Tampoco.

—¿Y si yo te suplicara que me abrieses...?

—No abriría: estoy sola, porque mi señora ha despedido á todos los criados, menos á Kristoff, y no está bien que una doncella como yo esté encerrada ni siquiera un minuto con un caballero como vos.

—¡Ah! ¿te crees en peligro si yo entro?

—Por si acaso.

—Oye, ¿tienes tú la firmeza y la virtud á prueba de esto?

Y don Juan hizo senar con su mano el oro que llevaba en el bolsillo.

—¡Bah! yo no sé á qué viene ponerle á una los dientes largos; os tengo miedo y no os abro por todo el oro del mundo; tengo novio, caballero.

—Lo que tienes — dijo impaciéntándose don Juan —, es una vanidad estúpida: toma, para que no digas que has hablado conmigo en vano—Y la dió dos florines de oro—; y quédate con Dios; voy á dar una vuelta por la ciudad, y volveré dentro de dos horas.

—Gracias, y adiós, señor caballero—dijo María, y cerró la ventana.

—Y es fea como un vestigio esta maldita, y teme por su honestidad, encontrarse sola conmigo: ¡oh! la mujer sin vanidad es un ser que no existe.

Y don Juan, de muy mal humor, tomó la calle adelante.

Una hora después llegó Gabilán, que venía algo cariacacontecido porque se le iba Dolores, y llamó á la puerta.

María abrió de nuevo el ventanillo.

—No está vuestro amo—dijo—, ha venido, y como mi señora no está en casa, se ha ido, porque yo no le he querido abrir.

—Pues mira, maritornes, ábreme á mí, que yo soy más de fiar que mi amo, y lo que es contigo, creo que es de fiar todo bicho viviente; digo que me abras, porque supongo que mi amo volverá á ver si ha vuelto tu señora.

—Yo no os conozco bien, y los lacayotes no son de fiar para dejarles que entren en una casa donde hay muchas buenas cosas.

—¡Mala hembra, hija del diablo!—exclamó Gabilán sulfurado, al ver que ponían en duda su probidad de una manera tan descomedida—; si

no estuviera la puerta de por medio, te rompía la mala alma que tienes.

—¡Ea! váyase enhoramala el mostrenco — dijo María.

Y cerró el ventanillo.

Gabilán dudó acerca de lo que debía hacer, y tomó el único partido que debía tomar.

Echó pie á tierra, ató su caballo á la reja, y se puso á pasear, pensando mientras esperaba á su amo en Dolores.

Una hora después, apareció don Juan.

—¿Qué es eso?—dijo don Juan viendo á su criado que paseaba pie á tierra—: ¿no ha venido todavía Guillermina?

—No, señor; y la lechuza de la doncella se ha negado á abrirme, so pretexto de que podía llevarme algo.

—¡Poder de Dios con la tal doncella! ¿y dónde podrá estar Guillermina?

—¡Averiguad adónde ha podido irse una mujer! son todas iguales, señor; no hay que fiar en ninguna; es muy posible también que la hayáis asustado, y que se haya ido huyendo de vos.

—No, no; aquí hay algo que no comprendo y que me pone en cuidado; monta á caballo, Gabilán, y sígueme.

Gabilán montó.

—En cuanto encuentres alguna librería—dijo á Gabilán—, echa pie á tierra.

—¿Y para qué queréis una librería, señor?

—Para que entres en ella y preguntes dónde hay una imprenta.

—Y bien; ¿para qué queréis la imprenta?

—Te vas haciendo muy preguntón, Gabilán.

—Es que todo lo vuestro me interesa mucho, señor; ¡pero diab'ol! si más pronto hubiéramos necesitado una librería, más pronto la hubiéramos encontrado.

En efecto, al principio de una de las calles que desembocaban en la plaza del Mercado, se veía la profunda tienda de un librero, á la que se bajaba por medio de cuatro escalones.

Gabilán desmontó, ató su caballo á una anilla del arzón del de don Juan, y se hundió en aquella especie de «spelunca» donde nidaba un librero.

Poco después volvió á sacar la cabeza por la estrecha entrada de la tienda Gabilán.

—Aquí hay también imprenta, señor—dijo.

—Pues bien, sal y quédate con los caballos.

Salió Gabilán; don Juan desmontó y entró en la tienda.

Se encontró con un hombre de octa fisonomía, medio cubierto con un gorro de lana azul, mofletudo, colorado, sanote; en fin, con un librero flamenco que estaba de pie detrás del mostrador.

—Mi criado me ha dicho que aquí hay imprenta—dijo don Juan.

—Para serviros—dijo el Ebrero.

—Dadme cuatro pedazos de papel, donde yo escriba lo que habéis de imprimir en un pliego entero, en letras muy gordas.

—¿Y cómo ha de haber en un pliego entero en letras muy gordas lo que vos escribáis en cuatro pliegos de papel?

—Tan gordo podría yo escribir, que cupiese en un pliego impreso lo que yo manuscribiese en cien pliegos

—Tenéis razón caballero; aquí tenéis papel. Y dió cuatro pliegos á don Juan.

Don Juan escribió sobre la primera llana de uno de ellos, y en español, lo siguiente:

«La persona á quien interese encontrar una joven hija de padres ilustres, perdida por éstos, blanca, rubia, ojos azules, y con una cicatriz azul sobre el hombro izquierdo, la encontrará, si viene á preguntar por ella, á la casa de campo del Aguila negra, situada cerca de Gante, á la izquierda de la Cruz de los dos caminos.»

Esto mismo lo escribió don Juan en otro pliego, en francés, en otro en alemán y en otro en flamenco.

—¿Para cuándo podrá estar esto impreso?

—Para dentro de ocho días—dijo el librero.

—No me conviene—dijo don Juan.

—Podrá estar, cuando más, dentro de seis días.

—¿Y si os pago doble de lo que vale, ¿podrá estar dentro de tres?

—¡Oh! de ese modo...

—Y si pago doble del doble, ¿podrá estar mañana?

—Sí, porque se dejará todo, y se velará.

Hay que advertir que en aquellos tiempos la imprenta estaba muy atrasada. Hoy, lo que quería don Juan, podría hacerse en algunos minutos.

—¿Cuántos ejemplares han de tirarse, caballero?

—Ciento—contestó don Juan.

—Esto, os costará... según hemos convenido, diez florines.

—Tomad quince—dijo don Juan poniendo el dinero sobre el mostrador—; mañana á estas horas vendrá por ello un criado mío.

—¿Criado de quién?

—Del marqués de Marana.

—¡Ah! perdonad, señor, si os he faltado en algo; no os conocía.

—Procurad que no tenga que perdonaros el que mañana á estas horas no estén corrientes los impresos, y adiós.

—Descuidad, señor marqués, descuidad—dijo

el librero, quitándose el gorro de lana—; aunque vuestro criado venga antes de esta hora, estaréis servido.

Don Juan salió y volvió á montar á caballo. No sabía qué hacerse.

—Volvamos á casa de Guillermina, á ver si ha vuelto—dijo.

Volvieron, pero se encontraron con que Guillermina no había vuelto aún.

Don Juan empezó á inquietarse: ¿adónde había ido Guillermina que tardaba tanto?

Para entretener su imaginación se fué al ángulo opuesto de la plaza, donde vivía Magdalena, echó á pie delante de su puerta, y entró.

Al subir por las escaleras se encontró con Andrés Ceballos, que se puso pálido al verle.

—Buenos días, excelentísimo señor—dijo—, ¿vos por aquí?

—Vive Dios, compadre—dijo don Juan—, que yo debía echarle mano y tirarte por las escaleras abajo, por las malas pasadas que me has jugado.

—¡Bah, señor! yo os conocí por ella; entré á vuestro servicio por ella; ella era y es verdaderamente mi señora, y la serviré siempre bien, aunque me exponga á vuestra cólera.

—Anúnciame, Andrés, á tu señora, y guíame, porque yo no sé andar por esta casa; es la primera vez que vengo á ella.

Andrés salió hasta el primer descanso de la escalera, seguido de don Juan; atravesó el ingreso de la galería del patio, torció á la derecha, abrió una mampara, y dejó pasar á don Juan.

—Después de esta antecámara, en la cámara, encontraréis á mi señora; no hay necesidad de anunciarnos; sois de casa.

Don Juan entró con el corazón agitado como siempre que se acercaba á Magdalena.

Antes de que llegase á la puerta de la cámara, ésta se abrió y apareció ella.

—Te he visto llegar desde los miradores, y te esperaba—dijo Magdalena, cuyo semblante estaba dominado por una sonrisa de amor y de felicidad.

—Vengo—dijo don Juan—, por casualidad; no he encontrado en su casa una persona que buscabas, y que me importa mucho ver.

—Alguno de tus amores vulgares, ¿no es verdad?—dijo Magdalena, ofreciendo un sillón, junto al mirador, á don Juan, y sentándose junto á él.

—No; se trata de una joven muy hermosa, es verdad, pero á quien no amo.

—Y á quien sin embargo buscas.

—Sirviendo al emperador.

—¡Ah! esto es singular: buscar á una mujer joven y hermosa por servir á tu amo el emperador: si yo no te conociera pensaría muy mal de este servicio.

—Busco á una mujer porque puede ser el hilo por donde yo encuentre á otra mujer que traje á Gante, que ha desaparecido, y es... guárdame el secreto, Magdalena, hija natural del emperador, resultado de unos amores de su juventud, con la hija del gran baillío de Gante Esteban Kresberg.

—¡Ah! ¿Esteban Kresberg? ¿es un hombre alto, viejo, flaco, de semblante duro y de expresión altiva?

—Sí; ¿dónde le has visto, Magdalena?

—En París, donde fui buscándote; estaba yo un día en Nuestra Señora, cuando oí una voz argentina y pura que me dijo:—¿me permitís pasar, señora?—detrás de aquella joven iba Esteban Kresberg, cuyo nombre supe porque me llamó la atención su aspecto; me lo dijo un caballero que estaba arrodillado junto á mí, más que por devoción, por estar á mi lado, pero no me lo dijo en el momento; me preguntó si me interesaba saber quién era aquel sujeto, y por simpatía hacia la joven á quien Esteban Kresberg acompañaba, y en cuyo semblante veía yo algo que revelaba un gran infortunio del alma, le respondí que sí; preguntóme el caballero dónde podría decirme el nombre del hombre alto, flaco y viejo, cuando le averiguase, y yo le cité para el mismo día, en el mismo sitio de la catedral: al día siguiente el caballero francés, que no era otro que el duque de Noailles, que hablaba bastante bien el español, porque ha estado mucho tiempo de gobernador de Perpiñán, donde hay muchos españoles, me dijo que el hombre por quien me interesaba, viajaba con nombre supuesto, pero que se sabía, por los informes que se habían tomado de él, que era el gran baillío de Gante, Esteban Kresberg, que había ido á París á encubrir una desgracia amorosa de una nieta suya.

—Es decir—observó don Juan—, que Esteban Kresberg ha ido á hacer desaparecer en París la criatura que Rosaura dió á luz en el camino, al salir de Gante.

—Así parece—dijo Magdalena.

—Encinta la traje yo desde Sevilla, para entregarla á su abuelo.

—¿Y quién es el infame que ha abandonado á esa pobre joven?

—¡Ah! ha muerto á manos del padre de Rosaura.

—¡A manos del emperador!

—Sí; el emperador iba de incógnito á ver á su hija Rosaura, cuando al volver una esquina, en una calle obscura, un hombre asesinó á otro tan cerca del emperador, que la punta de la espada del asesino, después de haber atravesado á su víctima, alcanzó en un brazo al emperador, que cediendo al impulso de su sangre generosa, se lanzó sobre el asesino, sin saber que mataba al seductor de su hija Rosaura, y escapó sin dejar que nadie conociese que acababa de matar á un hombre: al día

siguiente el emperador me entregó su hija para que la entregase en Gante á su abuelo.

—La Providencia, don Juan, la Providencia, que nada deja impune—dijo Magdalena.

—¿Y no supiste nada más acerca de Esteban Kresberg y de su nieta?

—No, pero podemos saber todo lo que queramos por medio del duque de Noailles, que aunque sin esperanza, está tan enamorado de mí, que no perdonará medio para complacerme.

—¿Quieres volver á París, Magdalena?

—No, porque tú estás aquí; me he estado mucho tiempo sin verte, y quiero verte todos los días; pero enviaré á Andrés Ceballos.

—En buen hora: importa descubrir, no tanto ya el paradero de Esteban Kresberg y de su nieta, que cuento yo con bastantes medios para descubrirle, como el paradero del nieto ó nieta del emperador.

—¿Cuándo ha de partir Andrés?

—En el momento.

—Magdalena llamó y Andrés Ceballos se presentó en la cámara.

—Señor Andrés—le dijo don Juan—; de orden de vuestra señora, á quien únicamente obedecéis, vais á hacer vuestra maleta, á montar á caballo y á trasladaros sobre la marcha á París.

—Eso es—dijo Magdalena, á quien Andrés Ceballos había consultado con la mirada.

—¿Y qué he de hacer en París, mis nobles señores?

—Buscaréis al señor duque de Noailles, lo que os será fácil, porque es príncipe de la sangre—dijo Magdalena—: le diréis que la señora española que hace cuatro meses le pidió informes en la iglesia de Nuestra Señora acerca de un personaje flamenco y de su nieta, quiere saber, decididamente, lo que ha sido de una pequeña criatura que el personaje flamenco llevó á París con su nieta.

—¿Y nada más?

—Sí, algo más: tomad para el camino y para la estancia—dijo don Juan vaciando todo el oro que contenía uno de sus bolsillos—: llevad con vos un criado que os sirva.

—Tomad ese dinero—dijo Magdalena, á quien Andrés Ceballos había consultado de nuevo con la mirada—: todo lo que don Juan posee es mío, como lo que yo poseo es suyo: es igual.

Andrés Ceballos tomó el dinero que don Juan había arrojado sobre una mesa.

—Pues si he de partir al momento—dijo—, adiós, señores, hasta la vuelta.

Y salió.

—No sé por qué—dijo Magdalena—, me alegro de que Andrés Ceballos se aparte de nos-

otros; me parece que ve con una cólera concentrada el que nos hayamos encontrado de nuevo; me parece que me ama en silencio, con un amor terrible: antes me servía, ya no me sirve, porque tú no te separas de mí, y voy á alejarle de una manera completa.

—¡Bah!—dijo con desprecio don Juan—: ¿desde cuándo temes por mí, Magdalena?

—No es por tí por quien temo, es por mí; algunas veces sorprende en Andrés Ceballos una mirada que me causa espanto: ¿qué puede una mujer contra la locura de un hombre desesperado? cuando esta mañana volví, Andrés Ceballos tenía toda la cara de un lobo.

—Pues guarde el señor Andrés, no le abra yo un ojal por donde se le exhale toda la cólera.

—No, no; me ha servido bien: á él le debo el haberte encontrado; basta con alejarle; si hubieras de reñir con todos los que me pretenden y se ponen furiosos por mí, tendrías que reñir con todos los hombres que me ven y tienen ocasión de acercarse, como yo me vería obligada á tener unos horribles celos de todas las mujeres con quienes hablas una sola vez, y aun de aquellas con quienes no hablas: tú lo has dicho, sin que tenga que ver esto nada con lo común de nuestra sangre, lo que niego con todas mis fuerzas, con toda mi fe, aunque tú, engañado sin duda, insistes tenazmente en ello; yo soy el Tenorio hembra; tenemos un mismo destino, juntos iremos; á él, no lo dudas.

Don Juan se estremeció.

Veía la fatalidad representada para él en Magdalena.

—Por ejemplo: si hubierais de reñir con todos mis amantes, te verías obligado á matar á los tres hermanos Stoplen, que están á punto, celosos los unos de los otros, de hacerse pedazos por mí: esto me divierte mucho: por donde quiera que voy encuentro al uno ó al otro fijando en mi sus ojos azules, entristecidos, desesperados: si yo sonriera al uno delante de los otros dos, no sé lo que sucedería; por lo mismo procuro estar siempre seria y altiva con todos ellos; y he aquí que causamos un efecto igual en la familia Stoplen; yo enloquezo á Guillermo, Juan y Franz, y tú enloqueces á Filiberta: si yo pudiera tener celos por tu causa, los tendría de esa mujer.

—Esto es terrible: esos hombres han nacido para que yo los haga pedazos: ellos me han robado á mi esposa; ellos, creyéndome amante de Guillermina, la de la «Rosa Blanca», una hostelería que vive allá en el otro extremo de la plaza, me obligaron ayer á sentar la mano de una manera algo dura á Franz; ellos se atreven á amarte: por fortuna no han podido deshonorarme, pero lo han pretendido, y yo les daré, por una intención de deshonra, una deshonra consumada.

—¡Infeliz Filiberta! tienes algo de demonio,

don Juan: ¿es suya la culpa de haberte amado?

—Ella sabe dónde está mi esposa; ella me la oculta.

—Pero acaso ella la salve por ser deshonrada por sus hermanos.

Quedóse pensativo don Juan.

—Es posible—dijo—; pero ¿por qué no ha tenido la grandeza de alma de devolverme mi esposa?

—Porque adora y tiene celos: y tiene celos porque no te ama como te amo yo; porque tú no la amas como me amas á mí.

Y volvió á estremecerse don Juan.

—¿Estás seguro—dijo Magdalena—, de que Filiberta sabe dónde está tu esposa?

—Sí; y no se la he reclamado porque había pensado hacer de modo que sus hermanos me sorprendiesen con ella; vengarme de Filiberta, deshonrándola ante sus hermanos, y arrancarlos á todos el secreto del paradero de mi esposa, aterrándolos.

—No—dijo Magdalena—; esperemos para saber si se ha cometido un crimen: estos flamencos con la sangre más fría del mundo, son capaces de todo, á pesar de su fama de bonachones; yo sabré muy pronto á lo que debemos atenernos, y tan pronto, que no voy á perder un instante. Vete y espérame en tu quinta, don Juan.

—¿Qué intentas hacer?

—Espérame y lo sabrás.

Don Juan se levantó dominado por Magdalena, se despiló de ella, salió, montó á caballo y volvió á pasar con Gabilán por la hostería de la «Rosa Blanca».

Guillermina no había vuelto aún, y la feis, María empezaba á asustarse.

Don Juan, impresionado más de lo que le estaba por la falta de Guillermina de su casa, picó á su caballo y salió de Gante.

—¿Sabéis, señor—dijo Gabilán—, que doña Magdalena se trata muy bien en Flandes?

—¿Y por qué eso, Gabilán?

—Porque tiene la señora unos vinillos de nuestra tierra que á poco que se trate uno con ellos, le hacen ver las estrellas en medio del día: el cocinero, que me conoce, porque es de allá, me ha tratado muy bien, y aunque es verdad que apenas puedo tenerme á caballo, me ha quitado la tristeza que me estaba poniendo el alma negra.

—¿Por qué esa tristeza, Gabilán, cuando tú eres el hombre más alegre del mundo?

—¿Qué queréis, señor: Dolores se me ha ido sin decirme adónde, y yo creo que me la ha avisado algún señor.

—Pues á enemigo que huye, puente de plata, Gabilán.

—Es, señor, que vuelve dentro de tres días,

—¿Y dónde va á pasar esos tres días, y con quién?

—Esta es la cuestión.

—¿Y quiere casarse contigo?

—Os diré, señor: anduvo un poco reacia; pero cuando la dije que tenía dinero, y que vos si se casaba conmigo, la dábais en dote la hostería de la «Rosa Blanca», me dijo que sí, y que trataríamos del casamiento cuando volviese.

—¡Ah! es muy posible, Gabilán, que no puedas casarte con esa bribona—dijo don Juan.

—¡Bribona!—dijo Gabilán—; pues si es la mejor muchacha del mundo.

—Tal vez ella viene á cumplir alguna venganza horrible que la haya encargado su señora moribunda.

—¡Venganza!

—Sí; venganza ó celos, por mí y contra mi esposa.

—¡Jesús! y que cosas decís, señor.

—Calla y pica, Gabilán, que ya veremos lo que hay que hacer.

—Pero, señor...

—Calla y pica.

Y don Juan continuó espoleando su caballo.

Quando llegaron á la quinta, encontraron en su vestibulo al mendigo Toannokt.

Don Juan desmontó, entró é hizo señas á Toannokt de que le siguiese.

Quando estuvieron solos, Toannokt le dijo:

—Tengo que daros algunas noticias importantes.

—Veamos, Toannokt, veamos; mejor para tí, porque cuanto más importantes sean tus noticias, tanto mejor te las pagaré.

—Esta mañana vi á Guillermina que montada en un caballo y acompañada de un criado á pie, salía de Gante y tomaba el camino del Escalda; la seguí, por si os importaba á vos, y vi que llegaba al Castillo Negro, llamaba y entraba; esperé, y á poco Guillermina salió, montó en su caballo y tomó el camino de Watemburgo; llegó, atravesó la aldea y continuó hasta el convento de monjas franciscanas, donde entró y á cuya puerta se quedó esperando el criado con el caballo: poco después, de entre una espesura cercana al convento, salieron tres hombres montados á caballo; uno de ellos era Gaspar, el mayordomo de Filiberta Stoplen, y los otros dos escuderos: se acercaron al criado de Guillermina; habló con él en tono de autoridad Gaspar, y se le llevó preso, fingiéndose sin duda para con aquel pobre hombre burgomaestre de la aldea: quise seguirlos, pero habían montado al criado en uno de los caballos, corrían mucho, y hubieran notado que los seguía; esperé, pues, oculto entre los árboles. Dos horas después llegó en otro caballo, acompañada de un mozo, la mujer á quien se vió ayer por Gante por vuestro criado.

—¿Morena? ¿viva? ¿linda? ¿ojos negros y cabello negro?

—Sí, sí señor: una joven que ha estado hospedada en la hostería del «Ratón negro».

—Pero tú lo sabes todo.

—Me pagan para que sepa, y procuro saber para que me paguen más.

—Sigue.

—La joven hizo que el mozo descargase del caballo su maleta, y entró en el convento: poco después el mozo tomó tranquilamente el camino de Gante con la cabalgadura.

—Es decir—exclamó don Juan, poniéndose pálido, más de lo que siempre estaba—, que esa mujer se ha quedado en el convento: tengo ya casi la seguridad de que en ese convento está mi esposa: ¿sabes montar á caballo?

—¡Oh, sí! en mis buenos tiempos tenía yo hermosos caballos.

—Pues bien; ven conmigo.

Don Juan salió rápidamente.

Gabilán tenía aun los caballos delante del vestibulo, porque su señor no le había mandado los llevase á la cuadra.

—Monta—dijo don Juan á Toannokt, montando á su vez.

—¿Y yo, señor, qué hago?

—Quedarte aquí—contestó don Juan.

Y arrancó con su caballo.

Toannokt le siguió, dando muestras, por su posición á caballo, de que era muy jinete.

XXII

Filiberta estaba vivamente inquieta; con esa inquietud terrible del que no estando acostumbrado á practicar el mal, le practica en grande escala.

Abusando del estado de desorden y de indisciplina en que se encontraban los conventos en Flandes, á causa de la Reforma, que cada día ganaba más terreno, había secuestrado contra su voluntad, y por miedo á Guillermina, y tenía encerrado en un subterráneo de su castillo á Kristoff.

De una parte la protesta de la conciencia; de otra el temor que acomete al criminal desde el momento que comete el crimen, de que el crimen sea descubierto, causaban la inquietud mortal de Filiberta.

Todo lo había hecho por el amor de don Juan.

El frío glacial del corazón de la noble dama flamenca para el amor de todos, hasta entonces, había sido substituido en su corazón por el fuego intenso del amor que la inspiraba don Juan.

Se había olvidado, por él, de todo, y don Juan había encontrado un hermosísimo entre-

tenimiento de su tedio, de su desesperación, en Filiberta.

Esta sentía todo lo repugnante de lo que hacía, y sin embargo, ni había podido resistir á don Juan, no podía detenerse ya.

El solo pensamiento de que don Juan recobrase su esposa, la aterraba, porque estaba segura de perderla á la aparición de Estrella.

Muchas veces don Juan, dormido en los brazos de Filiberta, había pronunciado, gimiendo, y entre sueño, el adorado nombre de Estrella.

Y entonces horribles ideas, ideas de crimen hervían en el pensamiento de Filiberta.

—No volverás á verla, murmuraba: el convento del Corazón de María te la ocultará; y si el convento no basta te la ocultará la tumba.

A tal punto había llegado Filiberta por don Juan.

Se abrió la puerta, y apareció en ella el mayordomo de Filiberta.

—¿Qué ocurre, Gaspar?—dijo impaciente y de mal humor la joven.

—Acaba de llegar una rica y magnífica carroza, en la carroza una hermosa señora, y escoltándola cuatro criados y cuatro hombres de las milicias á caballo.

—¿Y quién es esa dama?

—Una señora que dice llamarse doña Inés de Velasco, y pretende hablaros.

—Que entre, pues—dijo con acento seco y disgustado Filiberta.

Poco después, entró en la cámara Magdalena.

Iba completamente vestida de negro; pero con un traje tan rico, que pudiera haberle usado la emperatriz en un día de ceremonia.

Filiberta retrocedió instintivamente al verla.

Había reconocido algo de don Juan en Magdalena.

Y era, que Magdalena estaba irritada, aunque contenía su irritación, y ya sabemos, que cuando la enérgica alma de Magdalena salía á su semblante, se exhalaba de su mirada, se parecía mucho á don Juan.

—¿Sois Filiberta Stoplen?—dijo en muy mal flamenco y con acento duro Magdalena.

—Sí yo soy—contestó Filiberta con una dureza igual—¿Y vos quién sois?

—Doña Inés de Velasco—contestó con allivez Magdalena.

—Sois extranjera: lo muestran vuestro nombre y la dificultad con que habláis el flamenco.

—Sólo hace cuatro meses que estoy en Flandes, y aunque hablo vuestra lengua muy mal, la hablo lo bastante para que me entendáis; ade-

más, mi acento, mis miradas, os explicarán lo que no hayáis podido entender por mis palabras.

Os escucho y espero entenderos perfectamente.

Advertimos á nuestros lectores que nosotros relatamos en castellano, lo que Magdalena decía en muy mal flamenco.

—Estáis, sin duda, muy lejos de adivinar el rarísimo objeto de mi visita—dijo Magdalena—: estoy viendo en vuestro semblante la sorpresa que os causa mi presencia y mis palabras.

—En efecto—dijo Filiberta—: todo esto es fuertemente extraño: ignoro por qué os presentáis á mí sin conocerme, de una manera tan agresiva.

—Procurad que nadie pueda oír lo que voy á deciros, porque va á ser muy grave.

—Nadie en mi casa se atrevió á escuchar lo que se habla en mi cámara: podéis, pues, hablar sin temor.

—Si hay aquí alguien que pueda temer, sois vos.

—¡Yo! ¿Y qué he de temer yo?—dijo con una altivez colérica Filiberta.

—Todo.

—Hablad, hablad de una vez.

—Vengo por doña Estrella Fernan-Pérez, esposa del marqués de Marana, que está en vuestro poder.

Filiberta se puso pálida como un cadáver, y miró de una manera vaga y cobarde á Magdalena.

Peró rehaciéndose instantáneamente, exclamó:

—Me han dicho que traéis escoltándoos cuatro hombres de las milicias de Gante: los traéis, sin duda, para registrar mi casa; registradla; buscad en ella á esa mujer á quien me habéis nombrado y á quien no conozco.

—No necesito buscarla, me la entregaréis vos.

—Yo no puedo entregar lo que no conozco, lo que no tengo.

—¡Ah! pues bien; sabrán vuestros hermanos que á la media noche se acerca á este castillo un caballero que es vuestro amante, que llega á un postigo que se abre para él, que vos abris ese postigo y que lleváis á ese caballero á vuestra cámara.

—¡No!—exclamó Filiberta con acento de agonía.

—Sabrán vuestros hermanos que deshonráis su nombre, siendo la amante de un hombre casado, del marqués de Marana.

—A quien vos sin duda amáis, por el que venís aquí celosa valiéndoos de una calumnia, de una doble calumnia para insultarme: yo no conozco á ese hombre ni á esa mujer: os han engañado.

—Si yo amara á don Juan Tenorio con un amor tan impuro como el vuestro, os hubiera ya hecho pedazos; no pretendería volverle su esposa; la dejaría perdida al librarme con vuestra muerte de mis celos; pero no es eso; doña Estrella Fernan-Pérez ha sido menina de su

majestad la emperatriz, cuando yo era su camarera mayor, y la amo; quiero salvarla: ¿lo entendéis?

—¿Que vos sois camarera mayor de la emperatriz?—dijo cada vez más aterrada Filiberta.

—Sí, camarera mayor de la emperatriz doña Isabel, esposa del poderoso señor de Flandes: resistid, y los burgomaestres de Gante vendrán, se averiguará todo, se sabrá todo, y por vuestra culpa, el honor de los Stopfen rodará destrozado y enlodado en pública plaza.

—¡Ah, no!—exclamó Filiberta.

—Más aún: don Juan Tenorio, á quien adoráis, sabrá que vuestros hermanos y vos habéis sido los raptos de su esposa.

—¡Oh! ¡callad, callad!—dijo ya completamente dominada Filiberta.

—¡Ah!—dijo con una cruel sonrisa Magdalena—veo que me comprendéis perfectamente, aunque hablo muy mal el flamenco.

—¿Pero quién sois vos, quién sois vos, en quien á medida que os irritáis estoy viendo aparecer la imagen, la mirada, el espíritu de don Juan.

—Es que don Juan y yo somos una misma alma partida en dos personas: es que yo soy también Tenorio.

—¡Su hermana!—exclamó Filiberta.

—¡Su hermana de espíritu, sí! ¡su hermana de sangre, no!—exclamó con energía Magdalena—¡su alma, como él es mi alma!

—¡Ah! el cielo os ha enviado para castigarme: me dáis miedo.

—Oid y alentaos: si me entregáis la marquesa de Marana, nada sabrán vuestros hermanos; nada sabrá nadie de vuestros amores con don Juan: nunca sabrá don Juan que vos habéis tenido parte en la desaparición de su esposa: elegid entre la venganza de vuestros hermanos por vuestra impureza, entre el público deshonor de vuestro nombre, entre el desprecio hacia vos de don Juan y la terrible venganza que tomará de vos y de vuestros hermanos, ó entre un profundo secreto acerca de todo lo que ha sucedido, y el aprecio de don Juan; pero para esto último, es necesario que me entregéis al momento la marquesa de Marana, tan pura y tan respetada como lo estaba cuando os apoderasteis de ella por una infame traición.

—La marquesa de Marana me conoce y lo revelará todo á su marido.

—No: la marquesa de Marana callará, porque tiene horror á la sangre, porque temerá que su esposo se ensangrienta de una manera terrible en vosotros: doña Estrella callará, yo os lo fio.

—Don Juan se olvidará de mí cuando recobre á su esposa—dijo entregándose del todo Filiberta.

—Pero no os despreciará, no tomará venganza de vos, como lo hará si lo sabe todo: en

la situación que os encontráis, lo que más os importa, lo más conveniente para vos, es que me entregéis la marquesa.

—No está aquí—dijo llorando Filiberta.

—Pero vos sabéis donde está: vos podréis sacarla de donde está.

—Está en Watemburgo, en el convento de religiosas del Corazón de María—dijo con voz apagada Filiberta, dejándose caer sobre un sillón y acrciendo en su llanto, como si todo en el mundo hubiese concluido para ella.

Magdalena se acercó á Filiberta, y cambiando de acento y con una verdadera conmiseración, la dijo:

—Os compadezco: la locura del amor que sentís por don Juan os disculpa de todo lo terrible que á causa de ese amor habéis hecho: para vos ha sido una gran desgracia el conocer á don Juan: vos no sabíais que el amor de don Juan lleva consigo las lágrimas y la muerte: amarle es amar la desesperación, los celos, la agonía del alma, un infierno sobre la tierra: culpád á vuestro destino, que ha hecho que os encontréis con don Juan.

—¡Ah! ¡vos también le amáis!—dijo Filiberta—¡vos también estáis desesperada!

—¡Desesperada! ¿pues á quién sino á mí ha amado don Juan? ¿quién sino yo le ha visto temblar y palidecer, morir de amor? ¡ah, no! yo soy feliz, muy feliz: yo tengo su alma entera, y no necesito más que su alma: ¿qué me importa que os haya amado como ha amado á otras tantas, con el impuro y despreciable amor de los sentidos? si yo le amara como vos le amáis, en vez de pedir os su esposa, os ayudaría para ocultarla.

—¡Ah! vos no sois una mujer.

—De la misma manera dicen todos de don Juan: no es un hombre: es algo más que un hombre: un ángel caído: pero el tiempo pasa y es necesario concluir cuanto antes: es necesario que cuanto antes me sea entregada la marquesa.

—Escribiré á la madre Berta de Santa Teresa, superiora del convento del Corazón de María, para que os entregue la marquesa.

—No: nada de cartas: venid vos.

—¡Yo!

—Sí, venid vos, ó estaremos como al principio.

Filiberta se levantó, y procuró contener sus lágrimas y parecer serena.

—Voy á mandar que ensillen mi caballo—dijo.

—No, no, no hay necesidad; venid en mi carroza, venid sola; importa que no haya testigos: al salir de aquí, procurad mostraros tranquila, contenta, como si hubierais encontrado en mí una amiga querida desde hace mucho tiempo, reponeos y partamos.



Filiberta hizo un poderoso esfuerzo, secó sus lágrimas, compuso su semblante, y salió asida del brazo de Magdalena, y hablando con ella, como si se hubiera tratado de una grande amiga suya.

—Gaspar—dijo á su mayordomo—, voy con esta señora, que es como yo grande amiga de la priora del convento del Corazón de María, á hacerla una visita; pronto estaré de vuelta. Y saliendo del castillo entró con Magdalena en la carroza, que tomó el camino de Watenburgo.

XXIII

La madre Berta de Santa Teresa era una mujer como de treinta años, y sumamente hermosa y llena de vida.

Era hija de una noble familia flamenca; de los señores de Wembasen.

Sus padres, á los quince años la habían sacrificado para evitar su casamiento con un pobre diablo de pintor que se llamaba Herman, y de quien Berta estaba perdidamente enamorada y á punto de hacer cualquier enormidad, á causa de la oposición de sus padres á su casamiento con él.

La Reforma de Lutero que había invadido á Flandes, había penetrado en todas partes, hasta en los conventos de monjas, halagando las pasiones y excitando la indisciplina.

Todo el poder de Carlos V no había bastado á sofocar la Reforma, y numerosos discípulos de Lutero, mártires de la herejía, la llevaban con el entusiasmo y el valor del fanatismo á todas partes.

Lutero, fraile agustino, al protestar de Roma, había arrojado los hábitos y se había casado con una monja.

Este ejemplo había sido verdaderamente terrible.

Había contaminado esas reclusiones, donde pobres mujeres, generalmente sacrificadas por el fanatismo ó la tiranía de sus familias, gemían aisladas, ansiosas de vida, porque la vida de la mujer es el amor.

Berta Wembasen, que no había olvidado á Herman, aunque se guardaba bien de confesarlo ni aun de dejarlo entever, para no ser duramente castigada, amaba en el fondo de su alma la Reforma, que podía darle su libertad, la solución de sus votos, y con ello su amor.

Los Wembasen, por orgullo, quisieron que su

hija ascendiese á los altos cargos del convento, y al fin, habiendo muerto la superiora cuando Berta acababa de cumplir veinticinco años, la influencia y los grandes donativos de los Wembasen hicieron que Berta fuese elegida priora.

Filiberta Stoplen había pasado algunos años en el convento del Corazón de María, y había trabado relaciones íntimas con la priora.

Los Stoplen eran conocidos por sus ideas luteranas, y se les atribuía gran influencia entre los sectarios de la Reforma.

Por esta causa, Filiberta Stoplen, fuera ya del convento, había conservado una grande influencia sobre Berta Wembasen.

A más de esto, los Stoplen, amigos de desorden y de orgía de Herman, iban con mucha frecuencia con él al convento de franciscanas de Watenburgo, cuya regla había sido completamente relajada, hasta el punto de que, rota la clausura, ó bien salían fuera de ella las monjas, ó entraban en ella los extraños.

Esto era un efecto de la perturbación religiosa que había causado la protesta de Lutero en Alemania y en Flandes; y el poder de Roma á pesar del decidido apoyo que le daba el emperador, iba amenguando en Alemania y en Flandes, hasta el punto de que en estos países fuese muy difícil encontrar una familia entera que fuese puramente católica.

De su influencia luterana se había valido, como sabemos, Filiberta para alcanzar que la madre Berta de Santa Teresa recibiese en su convento y tuviese oculta en él á Estrella.

En los pocos días que habían pasado desde que había sido robada, Estrella había sufrido de una manera imponderable.

Se la había dicho, que mientras existiese el convento no saldría de él, y como se la había hecho creer que don Juan había muerto en Alemania, no solamente se había resignado á la clausura, sino que había pedido tomar el velo.

Estrella era un alma desesperada, un corazón ensangrentado, cuya ancha herida no podía cerrarse.

Pasaba su vida orando, llorando, arrepintiéndose de haber disputado á don Juan la felicidad de su amor; amándole más que nunca, con un amor delirante, ardiente, terrible; empalideciendo, empezando á contraer esa terrible enfermedad que podría llamarse tisis del alma, que acaba por contaminar el cuerpo, produciendo la tisis material por esa relación misteriosa é inevitable que existe entre el espíritu y la materia.

Estrella era profundamente desgraciada; pero aun no era todo lo desgraciada que podía ser—

lo: porque la desgracia es infinita, y lo infinito no tiene límites.

El día en que se cuenta nuestro relato, la madre Berta supo que el mayordomo de Filiberta Stoplen, su amigo, la esperaba en el locutorio.

Fué allá, y Gaspar la dió la carta de su señora que llevaba para ella, en la que la prevenía detuviere y encerrase á Guillermina, teniendo por no escrita la carta de Filiberta que Guillermina la presentaría.

Gaspar se fué, y poco después llegó Guillermina al convento, y pidió hablar á la superiora en nombre de Filiberta.

La monja la recibió con suma afabilidad, leyó la carta, é invitó á Guillermina á que penetrase en la clausura, en la cual, apenas estuvo dentro, fué reducida á un encierro.

La madre Berta dió por terminado aquel incidente que se refería á la marquesa de Marana, cuando una hora después la anunciaron que una joven que venía de Alemania con un gran donativo para el convento, estaba en el locutorio.

Aquella joven era Dolores.

Cuando se presentó la priora, Dolores la dijo:

—Madre: mi señora, la burgravesa Ludgarda de Van-Deosten, muerta hace un mes, me encargo en su agonía buscarse á una dama que residía en Gante, y me entregó una fuerte cantidad para que me procurase los medios de encontrar á aquella dama, que según las noticias que mi señora tenía de ella, debía haberse perdido.

La priora se puso en guardia.

—Ignoro — dijo — por qué venís á mí con esa historia.

—Vais á saberlo, señora—dijo con una serenidad imperturbable Dolores—: yo tenía un cabo á que asirme: la persona que se encargó de hacer que desapareciese de su casa la marquesa de Marana, era un bandido que se llamaba Vanloo.

Vanloo debía haberse valido de alguien para robar á la marquesa.

Fuí á la casa del marqués, y pagué á peso de oro á los criados, sólo para que me dijese si habían visto algo extraño antes del robo de la marquesa.

Resultó en que se había reparado en que una de las doncellas de la marquesa, su doncella de confianza, se dejaba galantear por el señor Franz Stoplen.

No tuve duda: comprendí que el señor Franz Stoplen había tomado parte en el robo.

Averigüé y supe que el señor Franz tenía dos hermanos y una hermana que vivía cerca de

Gante, sobre el camino del Escalda, en el Castillo Negro.

Hice observar el castillo, y supe que iba á él secretamente, al mediar la noche y de quince días á esta parte, como va un amante, el marqués de Marana.

—Os estoy oyendo no sé por qué—dijo la madre Berta—: vuestro relato es una sucesión de calumnias.

—Esperad, esperad, mi buena señora—dijo Dolores—: veremos si son calumnias ó verdades lo que digo.

Al ver yo que el marqués de Marana era amante de la señora Filiberta Stoplen, dije para mí: es muy difícil creer que una noble y hermosa dama sea, sabiéndolo, amante de un hombre casado, y todo el mundo sabe en Gante que el marqués de Marana lo es: ¿será que hayan hecho viudo al marqués de Marana? ¿lo sabrá Filiberta? su hermano Franz galanteó á una de las doncellas de la marquesa, y poco después la doncella y la marquesa desaparecieron.

Recurrí, pues, al criado más próximo de Filiberta, á su mayordomo Gaspar, y conocí que le enamoraba; me vali de la seducción, del oro, y me convencí de que Gaspar no sabía nada.

La marquesa de Marana no estaba, pues, en el castillo de Filiberta.

Seguí inquiriendo.

Ninguna noticia se tenía de la marquesa, ni de que fuese muerta ó viva.

Debía, pues, estar oculta en algún lugar donde tuvieran un gran dominio Filiberta ó sus tres hermanos, y supe que eran muy amigos vuestros; que ellos protegen vuestros amores con un tal Herman; que unas veces solo y otras con ellos viene al convento, donde suceden escándalos, como que vosotras, madres, que os llamáis católicas, sois luteranas por vuestra conducta, y por consecuencia no sois monjas, sino unas mujeres que vivís reunidas y hacéis lo que queréis.

—No puedo seguir escuchándoos — dijo Berta —: estáis loca; idos, ó haré que os arrojen.

—Bien: os estoy observando desde que empezamos á hablar, y ya no me queda duda de que la marquesa de Marana está aquí, muerta ó viva: al oír su nombre os habéis turbado, estáis pálida, inquieta...

—De indignación.

—Si no tuvierais nada que temer, vuestra indignación me hubiera respondido de otro modo y no hubiera sufrido tanto: en ese caso yo os hubiera pedido perdón por mis suposiciones, y me hubiera retirado para buscar en otra parte á la marquesa, segura de que no estaba aquí.

—Pues podéis hacerlo porque no está.

—Traigo para vos mil florines de oro.

—Añadís á la calumnia y á la insolencia el insulto: idos.

—Pues bien—dijo Dolores—: vos lo queréis:

desde aquí me voy al burgomaestre del pueblo á revelarles que aquí está viva ó muerta la perdidita marquesa de Marana.

—Esperad, esperad!—dijo desconcertada la madre Berta—: evitemos un escándalo inútil; en el vos, y yo misma os llevaré hasta los lugares más reservados del monasterio; así os convenceréis.

—Os advierto que antes de venir aquí, como debía temerlo todo de vos, he dejado en manos de un buen burgomaestre, en Gante, una carta cerrada, que el burgomaestre abrirá si yo no se la pido mañana; en esa carta dice:

«La marquesa de Marana, que ha sido robada á su esposo, está contra su voluntad en el convento del Corazón de María de Watemburgo; voy á reclamarla, y temo que se me tienda un lazo y se me haga desaparecer. Si la municipalidad de Gante lee esta carta, porque yo no haya podido recogerla, nos encontrará á la marquesa de Marana y á mí en el convento del Corazón de María de Watemburgo.»

Ya veis, señora, que os conviene tratarme con lealtad, y dejarme ver á la marquesa de Marana. No vengo por ella; no quiero devolverla á su esposo, ni que el marqués sepa dónde su esposa está; sólo quiero decirle estas palabras:

—Señora, debéis dar gracias á Dios de veros apartada de don Juan Tenorio, porque don Juan Tenorio mató á vuestro padre el capitán Fernán Pérez.

—¡Ah!—dijo con alegría Berta—: ¿no venís más que á eso?

—No más que á eso: á cumplir la venganza de mi señora, muerta por el amor de don Juan.

—Esperad!—dijo la superiora.

Y salió rápidamente del locutorio.

La infame Dolores se quedó esperando con ansia.

—Juré á mi señora moribunda, por la salvación del alma de mi madre, vengarla de don Juan, y la vengaré!—dijo con acento ronco—. Cuando la marquesa sepa que don Juan fué el matador de su padre, le aborrecerá; y si no le aborrece, será maldita de Dios, perderá su alma.

Y Dolores sonrió de una manera terrible.

Poco después volvió la priora trayendo de la mano á Estrella, que venía pálida, triste, vestida con un hábito de San Francisco, que no era, sin embargo, un hábito de novicia, porque aun no había tomado el velo.

Al verla Dolores tan joven, tan bella y tan triste se conmovió.

Pero se acordó del juramento que había hecho á Ludgarda moribunda, y se rehizo.

—Esta mujer os busca, señora!—la dijo la madre Berta.

—¿Qué me busca esa mujer?—dijo Estrella, levantando hacia Dolores sus hermosos ojos negros, y mirándola tranquilamente—: no la conozco.

—¿Sois la marquesa de Marana?—la preguntó Dolores.

—Sí, la marquesa viuda de Marana!—dijo con amargura Estrella.

—¡Viuda!—dijo Dolores—: podrá ser, si hoy han matado á vuestro esposo.

—Murió en Alemania!—dijo Estrella, con los ojos arrasados en lágrimas.

—Ni aun siquiera estuvo en peligro!—contestó Dolores—: vuestro esposo vive, señora.

—¡Qué decís!— exclamó Estrella con una conmoción infinita.

—Vive, sí; preguntadlo sino á su amante Filiberta Stoplen, á quien debéis conocer, y á quien va á visitar todas las noches.

—¡Qué dice esa mujer!—exclamó con acento amenazador Estrella.

—Digo la verdad, y ciertamente no debéis sentirlo, porque debéis aborrecer á don Juan Tenorio.

—¿Qué debo yo aborrecer á mi esposo?

—¡Y luego dicen que la sangre habla!—exclamó Dolores—: ¡mentira! si la sangre hablase, sabríais que don Juan había vertido la vuestra.

—¡Que don Juan ha vertido sangre mía!—exclamó rugiente Estrella, fijando una mirada de fuego en Dolores.

—¡Sí!—dijo ésta con energía—; porque don Juan... mató á vuestro padre, el capitán Fernán Pérez.

—¡Mentira!—exclamó Estrella, haciendo un movimiento enérgico, como si hubiese partido de todo su ser una explosión de cólera, de indignación, de rabia, y abalanzándose á las llaves de la reja—; ¡mentira! ¡infame! haced que castiguen á esa mujer, señora, ó creeré que sois tan miserable como ella—añadió, volviéndose á la priora, que presenciaba, dominada de una manera cobarde, aquella escena.

—Le mató!—dijo Dolores, insistiendo en su dicho con una terrible energía—; le mató cuando vuestro padre iba á buscarle de orden del emperador al convento de San Jerónimo de Yuste; le mató, y ha tenido las malas entrañas de casarse con la hija de un hombre muerto por él.

—¡No! no puede ser!—dijo Estrella, cuya mirada se extraviaba.

—Don Juan lo dijo á mi señora la burgraveza de Van-Deosten, de quien era amante: de otro modo, ¿cómo podía haberse sabido en Alemania, cuando nadie lo sabe en España, que don Juan había matado allá, hace dos años, á vuestro padre? Mi señora ha muerto por el amor de don Juan, y al morir, no quiso que siguieseis siendo una víctima, y me encargó os

avisase: para eso sólo he venido á Flandes; para eso sólo os he buscado.

Estrella quiso hablar y no pudo; su palidez creció, creció el extravío de su mirada, dió un grito y cayó sin sentido.

La priora se apresuró á socorrerla.

Entretanto Dolores decía:

—Sí, sí, es ella, la marquesa de Marana, no tengo duda; gracias, señora; ahí os quedan en una maleta mil florines de oro que habéis ganado bien: adiós.

Y Dolores salió del locutorio, atravesó la portería, salió del convento y se dirigió al cercano Watemburgo y se metió en su hostería, sin que nadie la detuviese.

Aun no habían llegado al convento don Juan y Toannokt.

Poco después llegó al convento la carroza en que iban Magdalena y Filiberta con su escolta de criados y hombres de las milicias de Gante.

Filiberta dijo á Magdalena:

—Dejadme que yo hable primero con la abadesa para evitar todo entorpecimiento y hacer inútil una escena que os sería desagradable.

—Sí, sí, id—dijo Magdalena.

Filiberta salió de la carroza, entró en el convento y se dirigió al locutorio.

Allí estaba todavía la madre Berta con Estrella, que aun no había vuelto en sí.

Peró la priora no estaba sola.

La acompañaban algunas otras monjas, que se afanaban por hacer volver en sí á Estrella.

—¡Qué es esto! — dijo Filiberta, como si hubiera sido la verdadera superiora del convento—. ¿Por qué está aquí, en el locutorio, y en ese estado la marquesa de Marana?

—¡Ah! no es mía la culpa—dijo la priora—; no sabéis lo que ha sucedido aquí: ha venido una funesta mujer que sabía que estaba en el convento la marquesa: para evitar la intervención de la ley me he visto obligada á traer aquí á la marquesa: ya os contaré más despacio: esa mujer ha dicho á la marquesa que su marido mató á su padre, que su marido vive, y la marquesa al recibir este golpe terrible, se ha desmayado.

—Ya vuelve en sí—dijo una de las monjas que socorrian á Estrella.

Entretanto Filiberta callaba aterrada, dominada por la situación.

Apenas volvió en sí Estrella, se levantó de una manera nerviosa, lanzó su mirada de loca al otro lado de la doble reja del locutorio, y exclamó de una manera indefinible al ver á Filiberta.

—¡Aun está ahí esa maldita mujer!

E instantáneamente, reconociendo á Filiberta, añadió:

—No, no es ella; eres tú, Filiberta Stoplen, que te decías mi protectora, mi amiga; tú, que me mantenías en la creencia de que don Juan había muerto, y don Juan vive, y es tu amante.

Y pretendía forzar la reja, como si la hubiera sido posible.

Filiberta acabó de aterrarse.

La esposa injuriada la lanzaba á la cara la acusación de la injuria.

Peró aborrecía á Estrella, Estrella se la escapaba, y los celos y la rabia la rehucieron.

—Y bien, sí, suceda lo que quiera—exclamó cediendo al delirio de sus pasiones irritadas—: mi amante: ¿y qué te importa? ¿no ha sido él el mataador de tu padre?

Estrella miraba, muda de cólera, extraviada por el dolor, á Filiberta, con una mirada de muerte.

—¡Estrella!—dijo á la puerta del locutorio una voz que hizo estremecer á la joven.

Era Magdalena, que viendo que Filiberta tardaba, había sobrevenido.

Estrella se estremeció al escuchar la voz de Magdalena.

—¿Me conocéis?—dijo ésta—: ¿conocéis á la camarera mayor de la emperatriz doña Isabel?

—¡Oh! ¡sí!—exclamó Estrella—: Dios os envía, señora; sacadme de entre estos demonios, de entre estas infames con tocas, porque si estoy mucho tiempo entre ellas, azabará de volverme loca.

—Vengo por vos, hija mía—exclamó Magdalena—, y voy á llevaros á casa de vuestro esposo.

—¡No! ¡no!—dijo Estrella—; yo no quiero ir dónde él esté; yo no quiero verle; mató á mi padre: llevadme á la corte del emperador para que yo le pida justicia.

—¿Qué infamia se ha cometido aquí?—dijo Magdalena, volviéndose terrible, imponente, á Filiberta.

—Ninguna parte tengo en ello; yo no conozco á la mujer que ha traído esa terrible noticia.

—Entregadme, entregadme al momento á esa señora—dijo Magdalena dirigiéndose á la madre Berta—, si no queréis que me valga de los medios de que dispongo: ni una palabra más: voy á esperar en la puerta de la clausura.

Y Magdalena salió del locutorio, y esperó junto á la segunda puerta del convento.

Poco después sonaron los cerrojos y los candados de la puerta, y se abrió ésta, salió Estrella, y se arrojó llorando en los brazos de Magdalena, entre los cuales se volvió á desmayar.

La puerta del convento se cerró.

—¡A mí! ¡a mí! — gritó Magdalena.

Sus criados acudieron presurosos.

—Ayudadme, ayudadme á ponerla en la carroza, donde entró también Magdalena, dejando en el convento á Filiberta.

—Al pueblo, á una hostería, á una casa donde se la pueda socorrer — dijo Magdalena.

Poco después el carruaje paraba á la puerta de la hostería de Watemburgo, de la cual acababa de salir una mujer sobre un caballo, acompañada de un mozo.

Aquella mujer, que tomó el camino de Gante, era Dolores.

Alrededor del convento no había quedado nadie.

Estrella fué conducida desmayada á una de las habitaciones de la hostería.

Sigamos á Dolores.

XXIV

A poca distancia de Watemburgo, y cuando Dolores marchaba por un trozo del camino, perfectamente descubierto, la joven se puso pálida y dijo al mozo que llevaba de la mano el caballo:

—Volveos, volveos cuanto de prisa podáis al pueblo.

—¿Pero por qué?—dijo flemáticamente el flamenco.

—Porque me he puesto mala, muy mala—dijo Dolores.

Y ciertamente no mentía, porque se había puesto mala de miedo.

Había visto ya cerca, y avanzando rápidamente, dos jinetes, en uno de los cuales había reconocido á don Juan.

El flamenco revolvió el caballo, y empezó á andar cuanto de prisa podía.

Pero los jinetes, no solamente se echaban encima, sino que habían avivado la rapidez de sus caballos.

—¡Por mi alma!—dijo don Juan—: ¿será aquella mujer que se ha vuelto al verme, la infame doncella de la burgravessa de Van-Deosten?

Y castigó á «Relámpago» para que corriese más.

Dolores se había cubierto el rostro con su pañuelo.

Don Juan la alcanzó en algunos segundos.

—¡Vive Dios, bribona!—dijo—, ¿¡o! qué huyes de mí?

Y se acercó á ella, y la apartó la mano que con el pañuelo cubría su rostro.

—¡Ah!—dijo con una audacia infinita Dolores—: ¿sois vos, don Juan? me alegro, por-

que al ver dos jinetes que venían á rienda suelta, temí tener algún tropiezo con dos libertinos, y me volvía.

—Me parece—dijo don Juan—, que mejor hubieras tú querido encontrarte con el diablo que conmigo.

—¿Y por qué, don Juan, siendo vos tan galante y tan caballero?

—¿De dónde vienes?

—Del pueblo cercano; que lo diga siro este mozo con quien acabo de salir de la hostería.

—Tú vienes del convento.

—¿Y qué tenía yo que hacer en el convento?

—Tú sabes que está allí mi esposa.

—Yo no conozco á vuestra esposa, don Juan.

—Tú, tú gozabas con la confianza de Ludgarda; tú estuviste encerrada con ella durante un largo espacio, poco antes de que Ludgarda muriese; Vanloo robó á mi esposa vendiéndola á Ludgarda; tú lo sabes todo; ¿has venido acaso á cometer alguna traición contra doña Estrella.

—No la conozco—exclamó ataraxa Dolores.

—Ven, ven conmigo al convento—exclamó don Juan.

—¡No! ¡no!—dijo Dolores—; ningún derecho tenéis á violentarme.

En aquel momento aparecieron al galope y cerca sobre el camino cuatro guates: tres de ellos eran los hermanos Stoplen; el otro un hombre como de cuarenta años, de fisonomía desvergonzada, pálido y gastado, que, sin embargo, conservaba vestigios de haber sido bello en su juventud.

Aquel hombre era el pintor Hermán, el amante de la priora del convento del Corazón de María.

—Pues no hay juda—dijo Franz—, aquel caballero que estaba disputando con aquella mujer, es el marqués de Marana; Dios nos le pone en nuestro camino; aguijad, y á él, nuestra infame hermana está sin duda en el convento esperándole: pasa tú de largo, Guillermo, y ve á entenderte con ella; nosotros nos quedamos con don Juan.

Guillermo espoleó su caballo y pasó como un relámpago junto á don Juan que estaba distraído, obligando á Dolores á que le siguiese.

De repente, Toannokt, le dijo.

—¡Defendedos, don Juan, que se os echan encima espada en mano Juan y Franz Stoplen!

Don Juan se volvió y apenas tuvo tiempo para revolver su caballo y tirar de su espada.

—¡Corred! ¡corred!—dijo Dolores al mozo aprovechando la separación precisa de don Juan, de ella.

El mozo emprendió la marcha; pero Toannokt le echó el caballo encima, y el mozo soltó el caballo en que conducía á Dolores, y dió á correr á campo traviesa.

Toannokt se apoderó de las bridas del caballo.

—No hay escape, buena moza—dijo á Dolores—, ya que por venir sin armas no puedo ayudar al marqués de Marana. Le ayudo prendiéndote.

Entretanto don Juan se había quedado con un solo hermano Stolpen. A la primera embestida había tirado del caballo afajo de una estocada á Franz, que se le había ido encima, y que se había quedado inmóvil sobre el polvo del camino.

El pintor Hermán se había retirado prudentemente á una larga distancia.

Don Juan, luego de furor, aconetia á Juan Stolpen que no podía hacer otra cosa que defenderse con bastante destreza, de la lluvia de estocadas de don Juan.

Explicuémonos por qué los hermanos Stolpen querían matar á don Juan Tenorio.

La explicación es muy sencilla.

Edmunda, cya de Filiberta, había sorprendido sus amores con don Juan Tenorio; había amonestado á Filiberta; ésta la había maltratado y en un momento de cólera, había revelado el secreto á los tres gigantes.

Siempre sucede así: los domésticos son los que generalmente descubren estas contravenciones al honor y á las costumbres.

Los Stolpen, que como han podido juzgar nuestros lectores, eran unos grandes bribones, por un fenómeno muy común, tratándose de su hermana, eran unos verdaderos hombres de honor; no esperaron á la noche para sorprender á los amantes: tenían la seguridad del crimen y se fueron sedientos de venganza, al Castillo Negro en busca de su hermana; no la encontraron, supieron que había salido con una dama hacia Watemburgo; supusieron que su hermana estaría en el convento, y al ir á él se encontraron á don Juan; se habían llevado consigo, para que fuese testigo de cómo vengaban su honor ultrajado, á su grande compañero de desórdenes, Hermán.

Por una coincidencia que parecía fatal, sucedía esto el mismo día en que habían sucedido otras tantas cosas terribles.

Volvamos á don Juan y á Juan Stolpen que combatían á caballo, irritado el primero por la injuria que había recibido por el robo de su esposa, de los hermanos Stolpen, y dolorido el segundo por su honor manchado por su hermana y por don Juan, y por la reciente muerte de Franz, á quien don Juan había atravesado de parte á parte.

—Ha llegado la hora—decía don Juan á vuelta de sus estocadas—, de que me paguéis con vuestra sangre, miserable, infame, el robo de mi esposa.

—¡Honra por honra, y vida por vida!—gritaba Juan Stolpen—; tú no has deshonrado por la infancia de nuestra hermana.

Juan Stolpen se detuvo, y vaciló.

Había recibido una estocada en el cuello; sin embargo, se rehizo, y parando una estocada al pocho, logró que no profundizase.

Pero había recibido una grave herida.

Juan Stolpen era tan bravo, que aunque gravemente herido, resistió todavía á don Juan.

Pero al fin se sintió débil; vaciló y bajó la espada.

Don Juan, ciego de furor, se tiró sobre él, y no le hirió porque sin quererlo, Juan Stolpen hizo inútil la estocada cayendo del caballo al suelo.

Don Juan le echó el caballo encima.

—¡No me rematéis, no me rematéis, por Dios!—gritó Juan Stolpen—, ¡dejadme que muera á lo menos con los auxilios de la religión!

Don Juan se detuvo; miró un momento, sombriamente, á Juan Stolpen, revolió su caballo, y á rienda suelta, se dirigió al convento del Corazón de María, olvidándose de Dolores y de Toannokt, que hablaban de una manera muy viva.

Apenas se perdió á lo lejos don Juan, entre las primeras casas de Watemburgo, Hermán se atrevió á acercarse á Juan Stolpen.

—¡Hermán! ¡Hermán!—dijo el gigante de cuya garganta salía la sangre á borbotones—; pruébame por la última vez que eres mi amigo; vete á buscar á un sacerdote á Watemburgo... espera, espera, oye; por si el sacerdote llega tarde, quiero llevar una culpa menos ante el Señor: el marqués de Marana tenía razón para matarme... para matar á Franz; si ha deshonrado á mi hermana, nosotros quisimos deshonrar á su esposa; que no sepan en la universidad que él nos ha muerto, le matarían y yo le perdono por la salvación de mi alma: guarda este secreto, Hermán, y di á mi hermano Guillermo, si don Juan no le mata, que le guarde también; ahora corre, corre en busca de un sacerdote.

Hermán lanzó su caballo á escape hacia Watemburgo.

Quando hubo desaparecido, como don Juan, Toannokt, á quien por lo visto había seducido Dolores, la dijo:

—Aprovechemos esta ocasión; á caballo conmigo, y á Gante: recogeremos el dinero y las alhajas que tenéis en la hostería del «Ratón Negro», y luego, yo te juro que nos perderemos de tal modo, que ni con podencos nos han de encontrar.

Y subiendo los dos en «Cul-bra», se alejaron hacia Gante á todo lo que podía correr el caballo con aquella doble carga.

Y la verdad es que, desde este momento se

perdieron de tal modo que el auto: no ha podido saber lo que fué de aquellos dos bribones.

No sabemos quién de ellos sacrificaría al otro, ó si se sacrificarían mutuamente, ó si serían sacrificados por la justicia.

XXV

Guillermo llegó como un relámpago al convento, entró en el locutorio, y encontró á Berta empuñada en una agria disputa con su hermana. Guillermo la asió brutalmente una mano.

—No mientas—la dijo—, no te disculpes, no pretendas engañarme, lo sé todo.

—No ha estado en nuestra mano si se la han llevado; si esto se sabe estamos comprometidos—dijo la priora—; Filiberta no tiene la culpa.

—Pero ¿qué estáis diciendo vos?—dijo Guillermo cuya palidez era cada vez más densa—, ¿qué me importa á mí nada más que el honor de los Stopen, manchado por esta infame?

—¡Ah!—exclamó Filiberta en un momento de sorpresa, y cayendo de rodillas.

Aquella exclamación y aquel caer de rodillas venían á ser una confesión terminante.

—¿Qué has hecho de nuestra honra?—dijo Guillermo.

—¡Mátame!—contestó Filiberta—: ¿qué me importa morir si le he perdido?

—Y ¿ni una disculpa?...

—¡No!—gritó Filiberta y se levantó—: ¡no; he arrodillado á tus pies, no para pedirte perdón, sino para morir rezando, y no me has muerto: eres un miserable y un cobarde!

—¡Filiberta!—exclamó Guillermo asiendo convulsivamente el pomo de su puñal.

—¡Pero esto es terrible!—dijo Berta—, no me atrevo á separarme de aquí y no puedo soportarla: ¡ah! ¡socorro!—añadió lanzándose á la puerta del locutorio—; ¡tomad las llaves!—arrojándolas fuera—, ¡abrid la puerta! ¡venid al locutorio! ¡Guillermo Stopen va á matar á su hermana!

Entretanto, los dos hermanos se contemplaban mudos, sombríos, pálidos.

—¡Paso!—dijo al fin Filiberta—, ¡paso! quien vacila como tú, no tiene honra; no merece el poder decir al mundo: mi hermana fué impura, y la maté.

—¡Filiberta!—gritó Guillermo desnudando su puñal.

—¡Paso!—dijo Filiberta—, el puñal en tu mano es inofensivo; estás pensando en que el cadalso se levantará para ti si me exterminas: no, no, más cerca aún... estás temblando de que don Juan, á quien temes, don Juan, á quien no te atreverías á acometer sino acompañado de nuestros otros dos miserables hermanos, te haga pedazos para vengar mi muerte; porque don

Juan, aunque no me ame, ha sido la causa de la situación en que me encuentro, y es demasiado caballero, demasiado valiente para no vengar á una mujer que le ha amado y le ama tanto: él lo sabe, sí; él lo sabe, y por que él es quien es, tú no te atreves; hiere ó apártate; yo te desprecio.

Y adelantó hacia Guillermo, que retrocedía á medida que Filiberta adelantaba.

—¡Ah!—dijo Filiberta—, oye: las puertas del convento se abren; no tardes, no pierdas la ocasión, mira que una vez dentro del convento no volveré á salir más.

Guillermo retrocedió aún.

Temblaba: la verdad es que estaba dominado por la terrible energía de su hermana.

Había también en la indecisión de Guillermo mucho de miedo al terrible marqués de Marana; le había dejado allá con sus hermanos.

¿Le habrían muerto ó no?

Esta duda enfrenaba la cólera de Guillermo, y contenía su mal.

De repente, un aluvión de monjas penetró en el locutorio, y Filiberta fué rodeada por ellas, sacada de allí y metida en el claustro.

Filiberta al pasar junto á su hermano, le lanzó á la cara una insolente carcajada.

En aquel momento estaba loca.

Guillermo envainó su puñal, y cabizbajo, sombrero, avergonzado, salió del convento, montó á caballo, atravesó como una exhalación el pueblo y se lanzó en el camino.

Otro jinete venía en sentido contrario.

Era don Juan.

Debían encontrarse pasado un momento.

Don Juan tiró de la espada; Guillermo la vió con terror, ensangrentada hasta la cruz; tuvo miedo, y revolvió su caballo para huir.

—¡Ah, infame cobarde!—gritó don Juan—, ¡vuélvete y defiéndete, ó te mato por la espalda!

Guillermo descargó un pistolete que llevaba á la cintura, revolvió su caballo, y disparó casi á quema ropa sobre don Juan.

Este se creyó necesariamente herido, y ciego de furor dió una estocada en el pecho á Guillermo, que cayó muerto del caballo.

Don Juan contuvo el aliento, tosió fuertemente y comprendió que no había sido herido. Tan fascinado por el miedo había disparado Guillermo, que había errado el tiro.

Don Juan sintió el espasmo del homicidio, siempre que había matado á un hombre.

Sintió algo terrible en su cabeza; el vértigo de la sangre; sintió miedo, no de los hombres, sino de un poder misterioso. Y de una manera instintiva, envainó su espada, revolvió su caballo, y se lanzó á escape en dirección á Gante.

Hermán había llegado á Watemburgo, á su parroquia, había preguntado por el cura, le había visto y había salido con él del pueblo, no solo, sino en compañía del burgomaestre y de algunos vecinos á causa de que Hermán había dicho que se trataba de un hombre que moría á causa de heridas.

—Pero ¿quién le ha herido?—le preguntaba el burgomaestre.

—Un hombre á quien no conozco—decía Hermán.

—Pero ¿qué señas tenía ese hombre?—replicaba el burgomaestre.

—Las de un hombre cualquiera—decía Hermán.

—Pero ¿qué traje llevaba?

—Un traje como el que lleva todo el mundo.

Y de estas y de otras contestaciones semejantes, no sacaba nadie á Hermán.

Esta contestación tenía lugar sobre la marcha y la marcha era bastante apresurada.

Muy pronto tropezaron con el cadáver de Guillermo.

Lo reconocieron, quedáronse algunos hombres guardándole y siguieron adelante.

A un cuarto de legua del pueblo encontraron el cadáver de Franz Stoplen, y un poco más allí á su hermano Juan, que agonizaba y que apenas pudo responder al burgomaestre.

—¿Quién ha matado á vuestros hermanos, y os ha puesto á vos en el estado en que os encontráis, señor Juan Stoplen?—le preguntó el burgomaestre.

—Un extranjero—contestó Juan.

—¿De qué nación?—dijo el burgomaestre.

—Lo ignoro—contestó el herido, ó más bien el moribundo.

—¿Lo conocáis?

—No.

—¿Por qué causa ha sido vuestra riña con él?

—Se burló de nosotros.

—¿Juráis que el autor de estos delitos no era conocido vuestro ni de vuestros hermanos?

—Sí.

—¿No acusáis, pues, á nadie?

—No.

—¿Por qué no conocéis al homicida, ó por qué le perdonáis?

—Por ambas cosas; no le conozco, y le perdono... porque nosotros le provocamos.

—¿No tenéis nada que decir?

—Sí, tengo que decir mucho á ese sacerdote que os acompaña; acercaos, padre mío, acercaos.

El párroco de Watemburgo se acercó, pero no pudo oír su confesión: un vómito de sangre apagó el último resto de vida que quedaba á Juan Stoplen.

El secreto de don Juan quedaba guardado por tres cadáveres.

Herman callaba, y debía callar siempre por miedo.

Dolores y Toannokt no podían decir respecto de aquello ni una palabra.

Dolores y Toannokt se habían ido y estaban interesados en callar.

Nadie había visto el lance.

Nadie pues, podía reclamar justicia contra don Juan, como no fuera Filiberta ó Magdalena, que cada cual, aunque por distintos conceptos estaban interesadas en callar.

Quedó, pues, impune la muerte de los tres hermanos gigantes, que causó una gran sensación en la ciudad.

Los estudiantes tocaban el cielo con las manos, porque no podían vengar la muerte de sus ilustres compañeros.

XXVI

Pasaron dos días.

Don Juan, durante ellos, no salió de su quinta.

Estaba gravemente preocupado.

Le extrañaba que nadie fuese á preguntarle acerca de la muerte de los tres gigantes.

Sin embargo, don Juan no permanecía en la quinta por ocultarse.

Estaba enfermo de una manera extraña.

Parecía como que su voluntad se había enervado, como si no le hubiese quedado libertad de obrar.

Y era que la sangre empezaba á reposar en la copa de don Juan, y su vapor nauseabundo le embriagaba.

Al tercer día, Gabilán le dijo:

—Señor, ya debe haber guelto de su expedición Dolores, ¿me permitis que vaya á buscarla?

—Sí—contestó maquinalmente don Juan.

Antón montó á caballo, y estimulado por el deseo de ver á Dolores, aguijó su caballo de modo que llegó en muy poco tiempo á la hostería del «Ratón Negro».

Preguntó en ella por la huéspeda del número cinco, y le contestaron que había vuelto el mismo día de su partida; que se había llevado dos maletas que tenía allí, y que no había dicho adonde iba.

Gabilán se quedó como quien ve visiones; comprendió que Dolores prescindía de él; se puso malo de sentimiento, y se fué á refrigerarse á la hostería de la «Rosa Blanca», porque según su juicio, donde tanto querían á su amo, debían tratarle á él mejor que en ninguna otra parte.

Cuando llegó á la plaza del Mercado y vió la hostería despojada de su muestra y cerrada se le apretó más y más el corazón, y dijo para sí:

—Ella y yo la hubiéramos abierto; la hubiéramos llenado de parroquianos; nos hubiéramos puesto muy ricos; hubiéramos vivido muy bien: ¡cómo ha de ser!

Y llegó á la puerta y llamó.

Poco después se abrió el ventanillo y apareció el chato semblante de María, que por aquella vez, sin decir ni una palabra á Gabilán, abrió la puerta.

Gabilán entró y María permaneció teniendo la puerta franca.

—¿Por qué no cerráis?—la dijo Gabilán.

—Espéro á que llegue vuestro amo—dijo María.

—Mi amo no viene—dijo Gabilán—, vengo yo solo y enfermo.

—¡Ah! ¿traéis algún mensaje de vuestro amo para mi señora?

—Tampoco—dijo Gabilán—, mi amo se ha quedado allá enfermo, en su casa de campo.

—Entrad, entrad—dijo María cerrando la puerta—; mi señora se alegrará de veros.

—Más me alegraría yo de que me diérais una taza de flores cordiales bien caliente, y un lecho para arroparme y sudar; se me ha resfriado el alma y tengo el cuerpo dado á los diablos: me ha sucedido una gran desgracia: pero vamos, vamos, puesto que vuestra señora, sin duda, porque le dé noticias de don Juan, se alegrará de verme: después pensaremos en mí.

María introdujo á Gabilán en la habitación de su señora.

Guillermina estaba muy pálida y muy triste.

Al ver á Gabilán lanzó un grito de alegría.

—¿Venís sin duda delante de vuestro amo, no es verdad?—dijo.

—No, no señora—contestó Gabilán—, vengo delante de mi mala suerte.

—¿Pues qué sucede á vuestro señor, que no viene?—dijo entristeciéndose de una manera más grave Guillermina.

—Qué sé yo lo que sucede á mi señor—dijo Gabilán—, nunca le he visto tan metido en sí, tan triste, tan disgustado y tan intratable, ni yo me he visto nunca como me veo ahora.

—¿Decís que vuestro señor está enfermo?

—Sí, si señora, enfermo del alma, á lo que yo creo.

—¿Y está solo, allí, entre criados?—exclamó Guillermina levantándose con impetu—¡Kristoff! ¡Kristoff!—añadió llamando—: mi caballo al momento.

—¿Pero sabéis, señora, dónde está mi amo?

—Vos me guiaréis.

—Yo no puedo guiar á nadie: estoy muriéndome: se me ha ido el alma del cuerpo: yo necesito quedarme aquí: no puedo dar un paso.

—Pero me diréis al menos donde vive vuestro amo.

—Eso sí: por el camino de Bruselas, en la Cruz de los dos caminos, se toma á la izquierda, se sigue un caminejo, y la primera casa de campo que se halla, aquella es.

—Gracias—dijo Guillermina—: cuidale bien, María; dame un manto.

Y Guillermina salió para avisar á Kristoff.

Gabilán se sentó abatido en un sillón.

Cinco minutos después Guillermina subía en su caballo, y salía de su casa.

—¡Ah, bribón!—dijo María entrando en la habitación donde se había quedado Gabilán—: al fin habéis logrado quedaros solo conmigo.

Gabilán lanzó una mirada colérica á María, pero instantáneamente aquella mirada se tranquilizó.

Había reparado en que María, aunque fea de cara, era muy blanca y muy bien formada.

Parecía además una muchacha decente.

—Nos conformaremos con esta—dijo al fin Gabilán—: la misma dote dará á esta mi amo que el que daba á la otra, y esta á lo menos debe entender el negocio de la hostería.

Y se dejó conducir para que le cuidase, y ya más aliviado, por la maritornes flamenca.

Guillermina entretanto, caminaba cuanto de prisa podía, en dirección á la casa de campo de don Juan.

Tardó sin embargo, dos horas largas.

Cuando llegó y se hizo anunciar á don Juan, fué introducida al momento.

Encontró á don Juan triste, pálido, abatido. Al verla se levantó y se reanimó.

—Buenos días, Guillermina—la dijo—¿por qué venís á verme?

—Porque vuestro criado, que se ha quedado en mi casa enfermo, me ha dicho que vos estabais enfermo aquí: ¿acaso os ha sucedido alguna desgracia?

—¿Una desgracia?—dijo don Juan como quien despierta de un sueño—: sí, una desgracia á que debía estar acostumbrado, y á que sin embargo no he podido acostumbrarme: ¡los tres!

—¡Callad!—dijo Guillermina adivinando á don Juan.

—¿Por qué me decís que calle?—dijo éste.

—Habéis dicho de una manera tal los tres—contestó en voz baja Guillermina—, que me ha parecido comprender...

—¿Qué habéis comprendido?—dijo naturalmente don Juan.

—Los tres hermanos Stopen; los tres gigantes han sido encontrados muertos, hace dos días, en el camino de Escalda, antes de llegar á Watemburgo: vos erais amante de Filiberta Stopen: estabais además enemistado con los tres hermanos por mi causa. ¿Habéis sido vos?...

—Sí, yo he sido.

—Pues bien, callad, no lo digáis: nadie sabe que habéis sido vos: Juan Stopen al expirar dijo que quien había muerto á sus hermanos, era un extranjero, al parecer alemán, á quien no conocía.

—¿Eso ha dicho Juan Stoplen?

—Sí; y puesto que todo el mundo lo ha creído, no hagáis vos que dejen de creerlo.

—Tanto me da, porque estoy desesperado.

—Cuando os encontrasteis con los hermanos Stoplen, ¿ibais acaso al convento del Corazón de María á buscar á vuestra esposa?

—¡Mi esposa!—exclamó don Juan como despertando de un largo sueño—¡ah! ¡sí! ¡mi esposa! ya me había olvidado de ella.

Y luego añadió mirando fijamente á Guillermina.

—¿Cómo sabéis vos que mi esposa estaba en el convento de Watemburgo?

—El día que ostropeasteis en mi casa á Franz Stoplen, vine su hermana Filiberta á verle; cuando me dijisteis que queriais cerrarse mi hosteria, subí para despedir á los huéspedes, y al llegar al aposento donde estaban Filiberta y sus tres hermanos, sorprendí algunas palabras que me demostraron que Filiberta sabía el paradero de vuestra esposa: nada os dije, porque lo que yo quería era presentaros á vuestra esposa rescatada por mí; quería que por este medio conocieseis cuanto os amo: salió al día siguiente de mi casa: fui al castillo Negro, aterré á Filiberta y logré que me diera una carta para que la priora del convento del Corazón de María me entregase vuestra esposa.

—¡Oh, Guillermina!—exclamó conmovido don Juan—¡cuán noble y cuán buena sois!

—Os amo; comprendo que quien tiene derecho á amaros y á ser amada por vos en vuestra esposa, que la amáis con toda vuestra alma, y quise devolvéroslo; pero fui envuelta en una traición: me engañaron, me hicieron entrar en el convento, y cuando estuve dentro de él, me encerraron; al día siguiente me sacaron del encierro, abrieron la puerta del claustro y encontré fuera á Kristoff con mi caballo; Kristoff había sido también sorprendido y encerrado en el Castillo Negro.

—Callad acerca de lo que sabéis—me dijeron al dejarme libre—; si habláis, podéis comprometer á don Juan; su esposa ya no está aquí; está libre, y antes de mucho será llevada á don Juan.

—¡Oh, Guillermina, Guillermina! ¿cómo podré pagaros lo que habéis hecho por mí?—dijo don Juan.

—Amándome como á una hermana.

—¡Oh! sí; yo os pagaré devolviéndoos á vuestro padre; yo no os olvidaré nunca; pero mi esposa, la muerte de esos tres hombres han influido en mí de tal manera, que lo he olvidado todo; permitidme, pues, que yo vaya á averiguar quien la ha sacado del convento y por qué no está ya en mi casa.

—¡Ah, no!—dijo Guillermina—; iré yo; vos estáis enfermo.

—No, Guillermina, no; gracias; el recuerdo de mi esposa me ha reanimado; he recobrado

todo mi vigor, toma mi energía.

—¡Ah! creo que sí—dijo dolorosamente Guillermina—; vuestros ojos resplandecen, vuestra palidez es menos densa; cuando entré aquí estabais abatido, doblegado; ahora sois el mismo hombre fuerte que yo conocí, sí, sí: id á buscar á vuestra esposa; yo me vuelvo á mi casa consolada, porque veo que vuestra enfermedad ha desaparecido.

—Os acompañarán algunos de mis criados—dijo don Juan.

—No—contestó Guillermina—; dejad en paz á vuestra servidumbre, y sobre todo, no demos un escándalo innecesario: los criados son muy maliciosos.

—Como queráis; pero me permitiréis que os vaya acompañando hasta la puerta.

Y asiendo de la mano á Guillermina, la sacó fuera.

Al llegar Guillermina y don Juan al vestíbulo, de una carroza que acababa de detenerse delante de él, salían dos damas.

Eran Magdalena y Estrella.

Don Juan estaba en el peristilo del vestíbulo con Guillermina de la mano.

Magdalena se puso pálida de irritación al ver aquella contrariedad, y Estrella retrocedió, exclamando con acento opaco:

—¡Lo veis, señora! ¿queréis convencerme aún? ni me ama, ni me ha amado, ni me amará; sólo se ha casado conmigo por escarnecer la memoria de mi padre: ¡vámonos de aquí!

Y se volvió hacia el carruaje.

Magdalena la detuvo.

—Esperad—la dijo—; y vos, don Juan, despedid á esa mujer y no permanecáis ni un momento más junto á ella delante de vuestra esposa.

—¡Ah!—exclamó Guillermina—: este insulto...

Y miró ansiosa á don Juan.

—Adiós—le dijo—; vos veréis lo que debéis hacer.

Y huyó á buscar á Kristoff, que estaba un poco más allá con su caballo esperándola.

Don Juan se había quedado inmóvil; no por lo que había sucedido, sino dominado, sorprendido por una inmensa alegría.

Al ver á Estrella lo había olvidado todo; todo lo que no era ella, y ni aun había oído sus palabras, ni tampoco había oído las de Guillermina.

Al fin descendió al vestíbulo, se precipitó sobre Estrella, á quien contenía Magdalena, la abrazó, la levantó en sus brazos, y como si temiese que se la robasen de nuevo, entró rápidamente en la quinta, y no se detuvo hasta que llegó á su aposento.

Allí la dejó en tierra.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó—: ahora que te recobro comprendo cuanto te amo.

Estrella miró sombríamente á don Juan.

—¿Sabéis con quien habláis, marqués de Marana?—dijo con acento duro y acre.

—¡Qué es esto!—dijo don Juan mirando de una manera vaga á Estrella—¿quién es quien me habla así?

—La hija del capitán Fernan-Pérez—dijo Estrella.

—¡Ah!—exclamó don Juan retrocediendo y dejando ver por la primera vez en su semblante la expresión del terror.

—¿Sabéis vos quién fué el matador de mi padre?—preguntó Estrella con acento terrible.

—Estrella! ¡Estrella!—dijo don Juan, que no sabía mentir—¡la fatalidad lo quiso! Tu padre me insultó, me deshonró cruzándose en rostro. Yo no te conocía, ni aunque te hubiera conocido podía haber dejado sin castigo aquella acción que me hubiera infamado si no hubiera lavado mi mancha con la sangre de quien me había inferido la ofensa.

—Nada existe entre nosotros—dijo Estrella—afortunadamente no he sido vuestra; la sangre del matador de mi padre no se ha unido con la suya, en vuestra descendencia, por mí.

—Se unirá—dijo don Juan, yendo á la puerta y cerrándola—, se unirá, Estrella: cuando tú me decías:—No quiero ser tuya porque temo que dejes de amarme y me olvides.—Yo sufría y gozaba con mi sufrimiento; pero hoy te me niegas á título de odio; hoy me provocas, y no sabes tú lo que es provocar á don Juan; no sabes tú hasta qué punto estoy desesperado, hasta qué punto te adoro, hasta qué punto enloquezco por tí, hasta qué punto estoy decidido á todo; ahora que me dices que me aborreces, ahora que comprendo que al decírmelo no mientes, ahora que veo que la maldición de Dios me cierra todos los caminos.

—¡Apartad, don Juan, apartad!—dijo Estrella aterrada—: no me obliguéis á horrorizarme de mí misma; tened compasión de mí, don Juan: si para que seáis á lo menos generoso conmigo necesitáis... necesitáis saber que te amo, sábelo, don Juan; yo te amo, te amo ahora más que nunca; ahora que me es imposible mi felicidad contigo; ahora que entre los dos estoy viendo la sombra ensangrentada de mi padre: ¡oh, don Juan, don Juan! déjame partir, déjame que viva apartada de ti, si no quieres que muera, si no quieres matar la hija, como mataste al padre.

Don Juan, por única respuesta, lanzó una mirada de amenaza al cielo, tan clara, tan elocuente, tan terrible, que Estrella se aterró, se abalanzó al cuello de don Juan, y le dijo, con el rostro casi unido al suyo y mirándole de una manera inmensa, á través de un velo de lágrimas.

—¡No, Juan, no! no desafíes á Dios, no blasfemes, no te rebelas contra él.

—¿Qué voz del cielo ó del infierno es la que me habla?—dijo don Juan, que temblaba de furor, de dolor, de desesperación, y en cuyos ojos se veía la locura.

—Soy yo; tu esposa, tu amante, tu hermana, tu alma—dijo Estrella.

—¡Mi esposa! ¡mi amante!—dijo don Juan—. Yo no he nacido para gozar la felicidad del amor, la dulzura de la familia; yo soy un árbol maldito, que envenena todo lo que se pone bajo su sombra mortal.

—No, no—dijo Estrella pálida de espanto al ver el estado de delirio en que se encontraba don Juan—: no, no me creas; no es que yo te aborrezca por la muerte de mi padre, no; á mi pesar te amo; no; es que al verte salir de tu casa con aquella mujer me he vuelto loco; oye, Juan, oye: ¿no ha dicho Dios que la mujer dejará por su marido á su padre y á su madre? yo lo oí leer en el convento de Santa Clara, de donde tú me sacaste; y eso debe ser verdad, eso es verdad, porque para mí nada existe más que tú, nada ha existido, nada existirá más que tú: oye; cuando recibí la noticia de la muerte de mi padre, lloré mucho, me desesperé, me puse mala; pero aquello fué pasando; mis lágrimas se enjugaron, recobré la salud, el dolor fué siendo cada día menos agudo, hasta que se convirtió en un dulce, triste y amante recuerdo; si tú murieras no sucedería lo mismo, no se secarían mis ojos, no se mitigaría mi dolor; crecería, crecería hasta matarme: sé que has muerto á mi padre, y cuando has levantado al cielo tu mirada blasfema, me he aterrado por ti, no he pensado más que en ti, lo he olvidado todo; yo no quiero que pierdas tu alma, yo te perdono, y si es necesario que yo sea tuya en alma y vida, que lo sea con toda mi voluntad, con todo mi amor, para que tú no blasfemes, para que no estés desesperado, tuya soy.

—Tu amor, tranquilo y dichoso, se convierte en la caridad que se resigna al martirio—dijo tristemente don Juan.

—No; oye; óyeme de rodillas, porque te voy á inundar el alma de felicidad.

Don Juan se arrojó dominado por el acento, por la expresión, por la mirada de Estrella, y ésta continuó, inclinándose sobre él con sus labios en su oído y en acento apenas perceptible:

—Estamos malditos de Dios, esta es la verdad: yo debía ver sobre tu frente la sangre de mi padre y no veo más que la hermosa frente que me vuelve loca de amor; comprendo que faltó á mi deber y no sé renunciar á ti, no puedo, no quiero; te adoro, y te adoro tanto más, cuanto más terrible, cuanto más horroroso es nuestro amor; me has envenenado el alma, y yo adoro el tósigo que me mata; yo me quemo en él dulcemente; yo no quiero que me

curen de él; he tenido un momento unos celos moriales al verte junto á una mujer; pero tú me amas á mi sola, tú no puedes amar á nadie; esa mujer no ha podido ser tu amante, ni lo será; estaba aquí por cualquier cosa, no por tu amor, estoy segura de ello; mis celos eran los que hablaban, no mi corazón; y al desvanecerse mis celos, mi corazón vuelve á hablar, mi corazón vuelve á decirte: yo te amo... yo te adoro, yo soy tuya, y te amaría del mismo modo si te convirtieses en Satanás.

—¡Ah! — exclamó don Juan irguiéndose y abrazando por la cintura á Estrella, pero siempre de rodillas: ¿tú no sabes, Estrella... yo te había guardado este secreto; tú no sabes que al unirme á ti he pagado una deuda á tu padre? ¿tú no sabes que la sombra de tu padre nos sonríe al vernos unidos? oye—añadió don Juan levantándose—: obscurecía; un novicio que ocultaba bajo su hábito un corazón desgarrado por el sufrimiento y la desesperación, estaba sentado al lado de una fuente, bajo unos árboles. Sonó el galope de un caballo, llegó, se asombró el bruto, descompuso al jinete; el novicio corrió al caballo, llevado por un impulso de caridad, se lanzó á su freno, le asió, le sujetó, y al mismo tiempo el novicio sintió en su cara el látigo del hombre á quien acababa de salvar. ¿Qué crees tú que debía hacer aquel novicio?

—Perdonar.

—Bajo el hábito del novicio latía el corazón de un caballero; no era un caballero arrepentido, no; tenía los pies en el claustro, y la mirada y el corazón en el mundo; el claustro le rechazaba, y él se ahogaba dentro del claustro; ¿qué debía hacer el caballero al verse afrontado?

—Matar al causante de la afrenta—dijo con voz insegura Estrella, que tenía los ojos inclinados al suelo.

—El caballero mató espada contra espada, con igual peligro, en combate leal: luego, después de la venganza, vino la piedad. El caballero se inclinó sobre el moribundo:—Don Juan—dijo tu padre—, sois terrible, pero nadie puede dudar de que sois hidalgo y caballero: tengo una hija que se llama doña Estrella Fernán Pérez, que es menina de la emperatriz, que se queda huérfana y desamparada; amparadla.—Yo os lo juro—dijo á tu padre—. Y tu padre murió tranquilo, confiando en mi juramento. Recuerda en la situación en que te encontré, sacrificada á los celos de la emperatriz, sentenciada á abrazar una vida para la que no habías nacido; el convento hubiera sido para ti una tumba: ¿cómo podía yo protegerte cumpliendo el juramento que había hecho para que tu padre muriese tranquilo? dejarte en el convento, era sacrificarte; te saqué de él: mientras creí que amabas al emperador, sólo pensé ponerte bajo el amparo del emperador; y si hubieras seguido amándole, si el emperador te hubiera abandonado, en mi

hubieras encontrado un hermano; pero tú no estabas enamorada, Estrella, sino deslumbrada; yo te encontré virgen de cuerpo y alma, me amaste, y además, sucesos de mi vida, desesperado, calenturiento, loco, importándome ya nada sobre la tierra, me dije: Ya que yo no pueda ser venturoso, y puesto que este ángel me ama, hagámosla venturosa; démosla un buen esposo por el buen padre que la hemos quitado. Y sin esperar á más, me casé contigo: después, muy pronto, te amé; te amé con toda mi alma.

Si don Juan y Estrella no hubiesen estado tan preocupados, hubieran oído, viniendo de detrás de la cerrada puerta de la cámara, un gemido ahogado.

—Oye—dijo don Juan—: la mujer á quien yo amaba antes de conocerte, la mujer con quien yo debía casarme, era mi hermana.

—¡Tu hermana!—exclamó Estrella—¡ibas á casarte con tu hermana!

—Ignoraba yo que lo era; ella lo ignoraba también; y aunque ese terrible secreto le ha sido revelado, no lo cree.

—Espera, espera—dijo Estrella—: ¿es tu hermana esa noble señora que ha ido á sacarme del convento donde me tenían recluida, que me ha traído aquí...?

—¡Oh! ¿ha sido ella quien te ha salvado para mi amor? ¡Oh, adorada y generosa hermana mía!

—Sí; y ella ha sido la que durante dos días ha estado velando junto á mi lecho, porque... antes de que ella llegase al convento, llegó una infame mujer y me dijo:—Vuestro marido es el matador de vuestro padre.—Yo perdí el sentido: cuando volví en mí, me creía loca; ella me sacó del convento, ella me ha cuidado como pudiera haberme cuidado mi madre... yo la amo.

—¡Oh, Magdalena, Magdalena! — exclamó don Juan.

Y un fuego voraz hizo arder el amor de Magdalena, indómito, avasallador, en la terrible alma de don Juan.

—Escucha, Estrella—exclamó—: yo amo con toda mi alma á mi hermana; vosotras sois mis dos únicos amores: ella mi amor puro; tú mi amor entero: ella no cree que es mi hermana, pero me ama como yo la amo: no tengas celos de su amor, Estrella, porque su amor para mí es un amor del alma, puro, como la sonrisa de un niño.

—Amala, sí, ámala; yo la amaré más porque la amas tú; pero ella, ella que ignora que eres su hermana... ¿cómo puede ignorarlo?

—Esa es una historia larga, triste, dolorosa—dijo don Juan—, y no es ésta la ocasión en que nos ocupemos de esa historia: cuando tú te bayas tranquilizado, cuando se hayan calmado las terribles impresiones que nos agitan, yo te referiré esa historia; mirarás por ella que la suerte ha sido para mí una madrastra cruel; conocerás, estremeciéndote, que una in-

exorable maldición pesa sobre mi cabeza; que yo no puedo ni aun soñar en ser feliz.

—¡Pero ella!... ¡ella!... — exclamó con afán la joven, obedeciendo á una idea fija—: ¿cómo te ama ella?

—Con un amor tan puro como si supiera que es mi hermana, como si no pudiera dudar de ello: de otro modo, si su amor no fuera puro, ¿cómo te hubiera sacado del convento para traerte á mis brazos?

—¡Oh! es verdad—dijo Estrella—: mi cabeza está débil, vacila: ¡he sufrido tanto desde que, engañándome, diciéndome que morías, me sacaron de Gante y se apoderaron de mí! Luego me dijeron que habías muerto; he llorado por ti todas mis lágrimas; he enfermado; tengo dentro de mí algo mortal, algo que tal vez no tenga remedio.

—¡Estrella! ¡Estrella! — exclamó con terror don Juan.

—Sí; ¿no ves que mis mejillas han empalidecido?

—¡Oh! estás más hermosa que nunca.

—Si te parezco más hermosa, bendito sea mi sufrimiento: ¿ves, ves cuánto te amo? ni aun recuerdo que mi padre ha caído bajo tu espada.

—¡Oh! Estrella, me espantas—dijo don Juan—, me pareces loca.

—Pues si no estuviera loca de amor por ti, ¿no huiría de ti?—dijo Estrella sonriendo de una manera triste y profundamente dolorosa—: ¿no te maldeciría? ¿no pediría justicia contra ti al cielo y á la tierra? pero no, no; mi mundo entero eres tú; tú eres mi padre, mi hermano, mi espíritu; todo cuanto puede ser, y más de lo que puede ser una criatura para otra: no, Juan: te he llorado muerto; he sabido cuánto te amaba al creerte perdido para siempre; y al encontrarte vivo, amante, tan loco por mí como yo lo estoy por ti, ¿qué me importa todo?

—¡Oh! nuestra felicidad será muy amarga—dijo don Juan—; nuestra felicidad nos matará.

—¿Y qué importa? aunque sólo nos quede una

hora de vida, habremos apurado una felicidad desconocida en la tierra.

—¡Ah, sí! — exclamó don Juan—; por un momento de ventura infinita, un martirio eterno.

En aquel momento, de detrás de la puerta de la cámara se retiró una mujer que lloraba en silencio.

Era Magdalena.

Antes de salir de la antecámara se detuvo y escuchó: se puso pálida, apresuró el paso y salió á la galería.

Allí se apoyó desfallecida en la balaustrada.

El viento frío y pesado agitaba sus cabellos y se calentaba al tocar su frente.

—¡Oh! se han olvidado de mí, del mundo entero: ¡oh, y cómo la ama! Y bien, ¿por qué tengo yo celos? yo no he ambicionado nunca esa felicidad en que se anegan; yo no quería crearlo, y él lo ha dicho con el acento de la verdad; él ha dicho: es mi hermana: esta duda es horrible:—Mírate á ese espejo—me dijo.—Y al mirarme vi que él tenía dos cabezas, ó que las tenía yo; yo no había reparado nunca en esto: ¡ah! pues bien, ¡gracias, señor, gracias! Tú quieres que mi conversión sea completa; tú no quieres que yo vuelva á ser la horrible amante de don Juan; me sentencias al martirio; pues bien: yo le acepto como la expiación de mi pecado involuntario, como la expiación del pecado de mis padres.

Magdalena calló por un momento.

—Yo aclararé esto: yo viviré con ellos, velaré por ellos, guardaré el honor y la felicidad de mi hermano: seré feliz contemplándole feliz; pero ¡Dios mío, Dios mío! él me ama y yo le amo... ¡desdichados de ellos...! ¡desdichada de mí...!

Y Magdalena, con el corazón ensangrentado, pálida, trémula, salió de la casa, entró en su carroza, y con su escolta de criados y hombres de las milicias de Gante, tomó el camino de la ciudad.